WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ

FANTASMAS

Una visión de los primeros años del siglo XX a través de los ojos de tres fantasmas, que se sienten desplazados debido a avances tecnológicos como los aviones y las ondas de radio.

Wenceslao Fernández Flórez

Fantasmas

ePub r1.0
Titivillus 02.09.2022

Título original: *Fantasmas*
Wenceslao Fernández Flórez, 1930
Cubierta de la edición de Librería General (1950)
En esta edición digital, falta el relato «Lo que piensan los muertos»

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Siglo XX

I

No estaban más que los tres, allá arriba, sobre el alto pico. El ejército de los abetos, cargado de nieve, no se había atrevido a subir, y sitiaba la cumbre a media ladera, esperando con paciencia de siglos a que las erosiones del agua la rindiesen.

Una nube había caído en la cañada y yacía allí desde el anochecer, levantando unos bracitos de niebla hacia la luna, como si pidiese su auxilio o intentara asirse a ella para remontarse. El viento del Norte alisaba sus barbas blancas en el peine de la cordillera. Ni una luz, ni una voz. La Humanidad, ausente, como si hiciese ya muchos años que se hubiese enfriado el planeta. Sentados en la desolada sumidad, los tres espectros hablaban abatidamente. Uno de ellos presentaba un aspecto fantasmal que pudiéramos llamar clásico: era tan alto y lúgubre como le es dado ser a un aparecido, e iba envuelto desde la cabeza hasta los pies en un blanco sudario. Al través del lienzo irreal brotaban de sus ojos dos haces de luz vívida, que recordaban vagamente los faros de un automóvil.

Cada una de sus palabras era un gemido escalofriante. Se llamaba Flapp, y cualquiera que fuese capaz de observarlo durante diez minutos adquiriría el convencimiento de que era un fantasma de normas tradicionales, orgulloso de su condición y saturado del carácter que ella debe imprimir: algo, en fin, como esos militares o esos marinos de comedia que sin cesar adoquinan su charla con metáforas profesionales.

El segundo espectro era nombrado Tur. Poseía una apariencia ingrávida y sutil, como si estuviese hecho de un jirón de bruma, y en todo él había cierta luminosidad imponente y bella. Mirándole, se pensaba en esos fantasmas, más increíbles que los otros, que se alzan dentro de nuestra propia alma en la vaguedad de un sueño para traernos un aviso misterioso. La Vía Láctea brilla en las noches oscuras como brillaba Tur sobre el fondo de aquella noche.

El tercer espectro conservaba su forma mortal, levemente corregida por el sobrecogedor matiz de lo ultraterreno. Su nombre era Gip. Estatura media, traza de un burgués que hubiese cumplido ya cuarenta y cinco años una ancha palidez en los carrillos abundantes, el vientre en curva notoria bajo una americana de corte un poco antiguo; sus cabellos estaban en esa bajamar de la edad madura que hace playa de los parietales. Podía afirmarse que Gip pertenecía a la legión de fantasmas condenados a pasear su expiación por el mundo en la misma apariencia que tenían al morir en pecado mortal o al cometer el hecho nefando.

Flapp había dicho:

—¿De dónde venís?

Tur contestó:

—Me he dejado llevar por las ráfagas sobre todos los cielos que cobijan el mundo. He sido como una débil nubecilla en aquellos que son siempre azules, y he sido como una insinuación del sol en aquellos que siempre están nublados.

Y Gip expuso:

—Yo he recorrido todos los caminos de la áspera Tierra.

Flapp preguntó entonces:

—¿Adónde vais?

—No lo sé —dijo—. Aún no estoy purificado de mis culpas, y he de vagar sobre el planeta largo tiempo; pero ignoro dónde hallar un refugio de suficiente austeridad. Hasta hoy he morado en el aire, a muchos pies sobre las ciudades, sin que de los hombres llegase a mí un leve rumor indistinto. Mi existencia tenía un encanto singular. Meditaba, en la quietud del espacio, sobre los grandes problemas, y de ello recibía mi espíritu perfección. La vida era varia. En el aire hay seres más extraños de lo que pudiera creerse. Los sábados presenciaba el desfile de las brujas hacia el aquelarre. Asomaban todas a un mismo tiempo por las bocas de las chimeneas, como si una batería de breves cañones de ladrillo disparase contra el cielo monstruosos proyectiles, y pasaban con la amarilla piel brillante de untos, en péndulo los pechos caprinos, apretadas las piernas huesudas contra la escoba. Los vampiros de labios rojos y rostro lívido se cruzaban conmigo en la negrura de las noches, y también los viejos nigromantes que cabalgan en gatos enfurecidos. Pero no todo era horror en los espacios. Hablaba a veces con los fantasmas candorosos que ven los niños en sueños, y cuando la luna llena iluminaba los campos dormidos, mis compañeros y yo, asidos en corro,

volábamos tan rápidamente en torno de su fría hoguera, que los hombres nos veían como un halo enorme, transparente y magnífico. Pero todo acabó.

El armonioso acento de Tur tembló de tristeza.

—Todo acabó —dijo—. El cielo tiene ahora otros moradores. Las brujas no vuelan por temor a los aeroplanos, ya que las han atropellado alguna vez en sus pruebas nocturnas. Sobre el ancho mar y sobre el calcinado desierto, los aviones turban nuestra paz, nos avientan con el huracán de sus hélices y desgarran los refugios que cavamos en el algodón de las nubes. El aire es un camino más para los hombres.

—No creo —observó Flapp— que los intrusos sean tan numerosos que triunfen en el espacio sobre el tesón de un fantasma que ame sus deberes.

—Seguramente, no —apresuróse a replicar el espectro de gasa, un poco excitado—, y si solo de ellos se tratase, nuestra vida podía continuar como anteriormente. Al fin, no todas las noches ni en todos los parajes se encuentra un aviador en las alturas. Pero hay algo peor: las estaciones de radiotelefonía. De esas sí que no es posible librarse. A cualquier hora y en cualquier lugar del mundo, nuestro espíritu ultrasensibilizado, capaz de oír un llamamiento mental hecho en los antípodas, recoge los torrentes de sonidos, de ruidos, de voces, que los aparatos de transmisión lanzan al infinito. El espacio está encharcado en ondas plebeyas que nos saturan, que se infiltran en nuestra atención, que nos penetran irremediablemente. Se hace imposible meditar y hasta permanecer dueños de nuestra dignidad de fantasmas. Yo conozco los cuplés en boga, me he sorprendido balanceándome al compás de los charlestones que toca la orquesta del hotel Savoy, de Londres, y he repetido obsesionantemente más de treinta veces el fácil minueto de Tchaikovski, que se me prendió en la memoria. Los anuncios temáticamente repetidos se acumulan en montones inútiles dentro del alma, que debiera ocuparse únicamente en la expiación. Yo sé dónde se venden las mejores camas doradas, cuál es la marca del más excelente café y qué laboratorio produce los analgésicos de mayor eficacia. El aire está inhabitable, camaradas, y es fuerza buscar otro medio donde nuestro decoro no sufra humillación y no sean desviados nuestros fines.

—¿Y en qué lugar de la Tierra existe? —exclamó Gip, cruzando sus manos hoyosas sobre el orondo vientre inmaterial—. Me gustaría saberlo. Yo he sido un pobre pecador, el más pobre de los pecadores. Podía justificarme ante vosotros diciendo, sin mentir, que ignoraba que en mi conducta hubiese algo de execrable; pero esto, al cabo, a nadie importa. Lo cierto es que mis almacenes de cereales eran los más importantes del reino, y que especulé tan

hábilmente, que pude reunir una gran fortuna. No he creído nunca hacer mal a mis semejantes; sin embargo, más de una vez se me culpó de haberme enriquecido a costa del hambre del pueblo. Mi conciencia me decía que todo comerciante especula con alguna necesidad del prójimo, y el que figurase la que yo explotaba entre las fundamentales no era razón para que hubiese de renunciar a la fortuna. Mas por si algo había de verdad en las diatribas, dispuse, para completa tranquilidad de mi ánima, que la parte de libre disposición de mi hacienda, y aun algo más, fuese destinada, después de mi muerte, a fundar y sostener unos comedores de caridad, que así resultaron espléndidamente dotados. Yo mismo redacté los reglamentos, con el auxilio de algunos hombres de leyes, y cuando me sentí morir, en esos instantes en que los hombres repasan con temor el balance de su existencia, pensé que si en ella había cometido algunas faltas, también dejaba asegurado un duradero beneficio, y que si gran parte de mi dinero provenía del hambre de los desgraciados, gran parte de él iría después a remediarla. Y así pensaba aún cuando comparecí ante mis juzgadores. Entonces, camaradas, supe todo lo que realmente había habido de egoísta y cruel en mis acciones y cuánto me apartara del camino de los justos, que era mucho más de lo que yo pudiera suponer. Terminaron los cargos, y se me dio permiso para alegar mis merecimientos. Busqué, un poco azarado, los méritos que pudiesen atraer a mí la divina clemencia. «He dado —recordé— un permiso de diez días a José, mi dependiente, cuando tuvieron que cortarle una pierna.» «¿Qué más?» «Ayudé veinte veces a atravesar la calle a aquel ciego que tocaba el acordeón junto a mi oficina.» «¿No fue para colocarlo bajo la ventana del abogado Zabulón, a quien tú aborrecías?» «En algún lado había de dejar al viejo.» «¿Qué más?» «Cuando mi sobrino Manuel, al volver del servicio, se encontró huérfano y sin dinero, tan pobre que no tenía techo que le cobijase, le permití albergarse todas las noches en mi almacén, durante diez años.» «¿No es verdad que eso te ahorraba el sueldo de un guarda?» «¡Oh! —gruñí—. ¡Si hemos de interpretar así las cosas!… Pero aún hay más.» «¿Qué es lo que hay?» «Soy el fundador de los comedores Gip. Dejé un cuantioso legado para ellos.» «Los comedores Gip —repitió mi Juzgador—. ¿Qué es eso? ¡Eh! —ordenó a sus ayudantes—. Buscad en el archivo de Obras de Caridad la ficha de los comedores Gip. ¿Cómo no está ya en el expediente?»

En el acto llegó una respuesta extraña: «En Obras de Caridad no consta la menor noticia de los comedores Gip.» «Se llaman también —aclaré— comedores de Santa Nemesia, porque los he puesto bajo su advocación.»

«No, no… Tampoco sabemos nada de los comedores de Santa Nemesia.» «Bien; la culpa no es mía. En el mundo están funcionando.»

Se miraron unos a otros, sin saber qué decir. El Juzgador dispuso entonces: «Que uno de vosotros baje a la Tierra con él y lo compruebe.» «No deseo nada mejor», exclamé.

Y aún no había acabado de decirlo, cuando el ángel y yo nos encontramos frente al amplio edificio construido a mis expensas en los arrabales de la ciudad para dar de comer a los hambrientos. En los pulimentados mármoles del zócalo, la luz tenía el mismo suave reflejo que un agua dormida; el conserje presentaba una confortable opulencia dentro de su uniforme magnífico; una máxima evangélica campeaba en letras de oro sobre el frontis. Todo aquello parecía tan amable y cuidado, que me sentí lleno de orgullosa esperanza. Una larga hilera de famélicos entraba en los comedores y salía ordenadamente. Eran mujeres y hombres, niños y ancianos, pero todos semejaban formar una sola familia, porque la miseria de su vivir les amargaba los rasgos. Un poder misterioso me permitía ver sus corazones llenos de amargura y sus estómagos vacíos de alimento. Y —cosa extraña—, al salir, la amargura era mayor aún y el vacío tan grande como cuando entraban. Aunque yo creí que no llevaríamos más de dos horas en nuestro puesto de observación, la verdad es, según supe más tarde, que permanecimos en él veinte años. Al fin, dijo el ángel que me acompañaba: «No comprendo lo que sucede ahí dentro. Parece que no dan de comer a nadie.» «Eso es imposible», rechacé. «Vamos a saberlo.»

En aquel momento entraba un vagabundo de mejillas hundidas, de traje en harapos y ojos febriles. Invisiblemente, el ángel y yo penetramos con él, y vimos y oímos. «Hermano —murmuró el infeliz, dirigiéndose al decorativo portero—, desde hace tres días solo he comido unas mazorcas de maíz que me ha dado una vieja aldeana. ¿Es esta la casa caritativa donde se acoge al hambriento?» «Esta es —le contestaron—; ahora mismo podrá usted ver al director, que está en su oficina.»

Y un ordenanza le guió por lustrosos pasillos. Por las puertas entornadas era posible admirar los comedores amplios y limpios, con su vajilla reluciente dispuesta como si no se esperase más que la llegada de los necesitados. El director era un hombre de aspecto bondadoso, pálido y enlutado, al que yo conocía porque era el sucesor de otros directores que habían pasado en aquellos cuatro lustros. Contempló amablemente al recién llegado y le saludó: «Bien venido sea usted entre nosotros. Nuestro más vivo deseo es atenderle, pero será preciso que responda antes a algunas preguntas: ¿Es usted soltero?»

«Soy viudo, señor.» «¿Sin cuentas con la Justicia?» «Nunca he tenido que tropezarme con ella.»

El director se volvió hacia un joven que estaba sentado ante un pequeño pupitre. «Estoy muy contento, Blas —afirmó—. ¿Se ha fijado usted en este hombre? Parece reunir todos los requisitos que determina el Reglamento de la fundación. Es viudo, no sufrió procesamientos, tiene el pelo rubio y más de cinco pies de estatura. Creo que al fin, ¡gracias sean dadas a Dios!, podemos inaugurar los comedores Gip. Vaya usted a avisar al doctor. Acaso este sea un día feliz para nosotros.» «¡Así sea!», deseó el joven, saliendo.

Entonces el ángel me interrogó: «¿Qué significa esto?» «¡Oh! —expliqué —. Pequeñas formalidades… Dejé bien atados los cabos en el Reglamento para evitar abusos. A estas comidas no tienen derecho los solteros, porque les supuse menos necesidad que a los que no lo son. Naturalmente, excluí también a los hombres de mala conducta, y a los muy pequeños, porque…, claro…, más precisa de alimentos un grandullón. En cuanto al detalle del pelo rubio, lo exigí porque yo fui así mismo rubio.»

En este momento reapareció el joven acompañado de un señor de lentes. «Querido doctor —rogó el caballero pálido—, tenga la bondad de reconocer el cráneo de este solicitante.»

El doctor obedeció. «Es dolicocéfalo», anunció al cabo de unos segundos. «Me da usted una gran alegría, doctor —aseguró el caballero, con el rostro iluminado por el placer—. Sin duda hemos encontrado ya lo que deseábamos, y este será el primer hombre con quien podamos ejercer la caridad que deseaba el excelente Gip. Falta apenas un fácil detalle. Dígame usted, buen amigo —continuó, dirigiéndose al vagabundo—: usted será devoto de Santa Nemesia, ¿verdad?» «¿De Santa qué…?» «De Santa Nemesia.» «No…» «Piénselo —rogó el director—, sin duda usted experimenta o experimentó alguna vez cierta simpatía hacia esa santa…» «No…, no recuerdo… ¿Santa Nemesia…? No…» «Bien, no recuerda usted ahora; pero eso no quiere decir —insinuó el director— que cualquier día, hace años quizá…» «No; estoy seguro… Ni siquiera se me había ocurrido pensar que existiese… Ahora caigo por primera vez que es muy natural que haya una Santa Nemesia. Esta es la verdad.»

El director inclinó la frente y dejó caer los brazos a lo largo de la levita. «Entonces, hermano —habló tristemente—, nada podemos hacer por ti. El Reglamento nos lo impide. Quien no sea devoto de Santa Nemesia no puede comer el pan de esta casa. Vete, y que el Señor atienda tus cuitas.»

El ángel ordenó hoscamente: «Regresemos.»

Durante todo el viaje solo volvió a hablarme para preguntar: «¿Qué has pretendido al exigir que fuesen dolicocéfalos precisamente aquellos que recibiesen los beneficios de tu obra? Procuro explicármelo y no puedo.» «Lo cierto es —balbucí, un poco azarado— que… bueno…, nunca supe exactamente lo que era un dolicocéfalo. Me sonaba bien y esto fue todo… Debo confesar que escribí esta cláusula por vanidad… para causar impresión…, por presumir de culto… ¡Bah, una chiquillada!… Pero confío en que lo de Santa Nemesia le habrá parecido plausible, ¿no? —el ángel continuó callado—. En definitiva, no hice más que seguir las prácticas corrientes en estos asuntos; todos los ricos que crean instituciones benéficas condicionan sus mercedes. Es la costumbre.»

Mi guardián perseveró en su mutismo, que no era de buen presagio. Poco después oí la voz del Juzgador que anatematizaba la falsía de mi caridad y el caprichoso tamiz por el que los poderosos hacemos pisar los dolores de nuestros hermanos para decidirnos a procurar su alivio. Fui condenado a morar en los comedores Gip hasta que entrase en ellos un ser humano que pudiese ser socorrido con sujeción a mis previsiones. Pero esto no ocurrió nunca. Transcurrieron cincuenta años; el edificio quedó incluido en el crecimiento de la ciudad. Lo compró una adinerada Empresa para instalar en él un cinematógrafo. Yo no podía abandonar este mundo. ¿Adónde ir? Estaba habituado a aquella casona. Me quedé. He asistido, día por día, tarde y noche, a todas las sesiones de «cine». Poco a poco me fui aficionando. Cuando la gente era escasa, me sentaba en las últimas filas, allí donde las gradas casi se juntan con el techo. Si no había localidades disponibles, me asomaba entre las cortinas de cualquier palco. Me distraía mucho. Hace una semana, el antiguo palacio de los comedores Gip ardió. Desde entonces ando sin rumbo… No sé en dónde quedarme ni adónde ir… Soy el más desventurado de todos los espectros.

—¡Uf! —gruñó, malhumoradamente, el lúgubre Flapp—. ¡Qué abominable historia! Tiene toda la ordinariez del siglo diecinueve. Creí que no acababas nunca tu relato. A mí me sería imposible trabajar en unos comedores de caridad, y mucho menos en un «cine». Durante siete siglos he desempeñado el cargo de fantasma del castillo de Onclers, y muchas generaciones han hablado de mí con el respeto que siempre he merecido. Cuando el castillo de Onclers estaba habitado, palidecían sus señores al oír mis aullidos o al vislumbrar mi silueta en cualquiera de las penumbrosas galerías. Al desmoronarse, los villanos que habitaban en torno no se atrevían a pisar las ruinas por temor de verme surgir. Conocían bien mi trágica

historia. Yo fui el que emparedé vivos a mis cinco amigos íntimos: Renato, Alberto, Guido, Raúl y Godofredo, en unión de los cinco hijos de mi mujer, cuando ella me enteró en su lecho de muerte de que no eran míos, sino de los traidores camaradas. Hombre o fantasma, todos han temblado siempre ante mí. Pero mi solar ha sido arrasado. Intrusos sin educación ni creencias han instalado en el que fue mi castillo una gran serrería mecánica. Ya no hay nada que hacer allí. Ni siquiera quise dispensar a aquellos obreros irreverentes el honor de mostrarme. Mi venganza es irme. Yo era lo único importante que quedaba en Onclers, y espero que ahora jamás volverá a oírse hablar de ese villorrio. Sin embargo, mi indecisión iguala a la vuestra. ¿Adónde iré? No quedan ya muchos viejos castillos sobre el mundo, y los que aún existen poseen ya su fantasma, que en ningún caso me vería aparecer con gusto. Siempre hay celos y competencias y choques… Hace ya quince días que medito en este lugar inasequible para los humanos: «¿Qué haré?» Y no he acertado aún a darme respuesta.

Callaron los tres espectros. Debajo del rostro lívido de la luna, una nube fingía un sudario también espectral. El enorme lobo que había gustado siete veces la carne humana, y que se escondía en el bosque de abetos, aulló largamente sobre una roca, con el hocico asestado al astro de nieve.

Flapp declaró, gemebundo:

—Tengo entendido que en España nos aprecian aún. Quizá vaya allí. Elegiré un pueblecito castellano para seguir gozando de ese ambiente de temor y de respeto que tan necesario es a un fantasma digno.

Tur confesó:

—Yo intentaré vivir en Inglaterra. He concebido un proyecto… Algo sé de ese país que me atrae.

Gip murmuró, cohibido:

—Acaso me dirija a América…

—¿América? —despreció Flapp—. ¿Ese continente de ayer por la tarde?… Jamás he oído que hubiese un solo fantasma en esa tierra advenediza. Pero no todos tenemos iguales preferencias, y estoy bien lejos de intentar discutirlas. Sigamos nuestro trabajoso destino. Adiós. Os deseo la piedad de nuestros juzgadores.

Alzáronse y quedaron como suspendidos en el aire. Después, cada cual marchó raudamente para un punto distinto del horizonte.

—¡Adiós! —gritó, allá, al Sur, muy lejos, la voz estremecedora de Flapp.

—¡Adiós! —respondió, entre las nubes negras del Norte, la dulce voz de Tur.

Y la sombra de Gip, deslizándose, por el Oeste, hacia el mar lejano, carraspeó antes de clamar poderosamente:

—¡Adiós!

En el Norte, en el Sur y en el Oeste, muchas madres que dormían con el ligero sueño de las madres, despertaron entonces, apretaron contra su pecho al hijo de tierna y tibia carne y miraron con inquietud en la oscuridad de la alcoba.

II

He aquí lo que vio el lúgubre Flapp: la destacada torre de una iglesia, casitas y casonas en altibajos, unos canalitos tortuosos mediados de amarilla claridad —que eran las calles— y una plaza irregular donde se estancaba, más difusa todavía, la misma luz. Alrededor, la llanura castellana, silenciosa y negra. Sueño en las casas, polvo en los tejados, quietud en toda la rodaja de la tierra que limitaba el horizonte. Y en el balcón de ladrillo de la torre, brillantes y quietos, los ojos del gato del sacristán, que todas las noches subía a aquel lugar y pensaba todas las noches, al ver pasar los murciélagos: «¡No me explico cómo pueden volar los ratones!»

En aquel momento, don Alvaro Salazar echaba una banda de su capa sobre el hombro izquierdo, en el portal del casino, y ocultaba en el embozo su barba blanca, después de saludar al conserje, tan maduro de sueño, que se abría en largos bostezos. Aunque eran las tres de la madrugada, el viejo hidalgo dedicóse a pasear su insomnio por las calles del pueblo. Desde muchos años atrás complacíase en este peregrinaje, que a veces le deparaba pequeñitas sorpresas y siempre le evitaba una lucha demasiado prolongada, en la soledad de su casona, con el sueño, que le negaba su dulzor. Recorrió lentamente algunas vías, se detuvo a charlar en la plaza con el vigilante nocturno —un recio garrote, una zamarra, una bufanda, un grueso bigote lleno de gotitas de agua— y conjeturaron los dos acerca de las causas probables de que hubiese una ventana iluminada en la vivienda del recaudador de contribuciones. Luego, el anciano continuó su ronda. Casi rozaba su sombrero con la clave de los arcos en los soportales de la plaza. Caminaba erguido y fuerte, como si sus trece lustros estuviesen distantes. En el tortuoso callejón de San Andrés, donde los muros de un corral extendían su lienzo mellado, vio venir hacia él un fantasma temible, todo blancura, todo altura, trágicamente notorio en la media luz de la calleja.

Don Alvaro no alteró el ritmo de sus pasos, pero antes que el fantasma y él se encontrasen se detuvo.

—¿Qué hay, galopín? —preguntó—. ¿Nos hemos divertido?

El fantasma, inmóvil también, rebulló un poco debajo de su alba envoltura.

—Buenas noches, don Alvaro —saludó humildemente.

—¿No eres tú el que rondas a la hija del Cojo?

—No, don Alvaro. Yo soy Matías, para servir a usted.

—Pues la sábana de él tiene un remiendo tan grande como el de la tuya.

—Me avergüenza el que lo haya visto usted, don Alvaro; pero mi mujer no me quiere dar las sábanas nuevas para estos trotes. A pesar de todo, yo estoy más propio que Manuel —reclamó el fantasma con cierto orgullo—. ¿No le parece, don Alvaro?

—Por ahí os vais. No tenéis inventiva. Y ¿se puede saber qué haces por aquí en esta facha?

—Como usted no lo ha de decir… Pues donde me ve, he andado ya mis buenas dos leguas, entre ir y volver, porque… traigo dos jamones que compré en Aldehuela del Río, y… si uno va a pagar los consumos…

El fantasma tenía ahora un aspecto vulgar. El palo que alzaba el lienzo sobre su cabeza se había inclinado sin gallardía, y el viento jugaba con los pliegues de la sábana y dejaba ver unos gruesos zapatos y la pana de un acartonado pantalón. Continuó el matutero:

—La noche en que está de guardia el Segoviano todo va bien, porque las apariciones le acoquinan, y nunca ocurrió que nos diese el alto. Pero otras veces, sobre todo si uno se tropieza con el Puños, no hay otro recurso que abandonar el género y darse a correr. Todo está muy mal, don Alvaro. Ya ve usted: para que un hombre serio tenga que ir por ahí haciendo de fantasma… En fin: ¿quiere usted algo, señor Salazar?

—Nada, Matías.

—Si desea ver mañana un jamón, por si le conviene…

—Trátalo con Dominga.

—Buenas noches, entonces.

El hidalgo siguió su camino. Cincuenta metros más allá, en otra calleja, se cruzó con un segundo fantasma que se diría gemelo del anterior.

—Tú sí que eres Manuel —le dijo.

—El mismo, don Alvaro —respondió debajo de la sábana, con voz recia, el seductor de la hija del Cojo—. De retirada ya, si usted no manda algo.

—Acabo de confundir contigo a otra alma en pena.

—Es una competencia ruinosa —gruñó la máscara—; concluirán por no hacernos caso, y todos perderemos. Hoy se me ha acercado un sujeto a pedirme lumbre para su cigarrillo. Pero yo no dejaré que los otros me ganen. He ensayado un aullido que a mí mismo me pone los pelos de punta. ¿Quiere oírlo, don Alvaro?

—Gracias, Manuel. Basta tu palabra. Y vete a acostar, que quizá no te resten más de tres horas de sueño.

Aún tuvo otro encuentro el señor Salazar. Cuando estaba próximo a su casona vio un tercer fantasma con un pie sobre el poyo que protegía la puerta, atándose los cordones de unos borceguíes disformes y enlodados. Al divisar al caballero huyó, recogiendo la sábana. Era un honrado zapatero, padre de seis hijos, que se había propuesto convencer a un primo suyo de que el alma de un pariente le rondaba la calle para obligarle a hacer el reparto más equitativo de una herencia. Don Alvaro entró en el zaguán. Y pensó, sonriente: «En el fondo, son unas buenas personas… Y aún hay que agradecerles que amenicen la vida nocturna del pueblo. ¡Si tuviesen un poco más de fantasía…!»

El viejo noctámbulo no podía sospechar entonces que en su misma casa, a cuatro metros por encima de su cabeza, se albergaba un fantasma auténtico y temible. Pero era así. El lúgubre Flapp, después de contemplar con experta mirada el aspecto de la vivienda —las calles tortuosas, las viejas casas, las luces amarillas y temblonas, como de reverberos—, creyó haber hallado el refugio que buscaba. Descendió sobre el pueblo sin que nadie le viese. Solo el gato del sacristán, en lo alto de la torre, estiró el pescuezo y las orejas, movido por una indisimulable curiosidad, y fue siguiendo la blanca aparición con sus ojos, que a veces eran verdes, a veces amarillos, y siempre hacían recordar el papel de estaño que envolvía los bombones en el escaparate de La Caña de Azúcar. La flotante túnica del espectro rozó algunos tejados, y al fin se abatió sobre el de la casona de los Salazar. Blasón en el frontis y patio con porche de elevadas columnas. El lúgubre Flapp, con su certero instinto de morador de un castillo, adivinó bien pronto que era aquella la mansión más aristocrática del pueblo. Entró por los rotos cristales de una buhardilla y se acurrucó en un rincón, sobre un arca vieja y entre olor a vejez.

«No sé lo que habrán hecho mis dos camaradas —pensó—; pero estoy seguro de que ninguno de ellos encontrará algo más conveniente. Si un fantasma digno puede sentirse a su gusto en cualquier parte que no sea un ruinoso castillo, es, sin duda, en uno de estos pueblos inmóviles en el tiempo, donde se nos teme, se nos respeta y hasta se nos echa de menos cuando

dejamos de aparecer. Espero que aquí pasaré muy contento los dos siglos que aún faltan para terminar mi destierro en el mundo.»

Y como al llegar a este punto en sus meditaciones el primer verdoso resplandor de la alborada cambiase el color de la noche, Flapp, arrebujado en su túnica, fue palideciendo, palideciendo, y se borró. Ese rayo de oro nuevo que manda el sol naciente a ras de tierra para raer a los endriagos nocturnos ya no lo encontró al penetrar en la buhardilla súbito, hiriente y afilado aún más por los rotos vidrios de la ventana.

Fue a la noche siguiente, al sonar las doce, cuando Flapp hizo su primera salida. Imponente bajo su envoltura, alto y terrible, deslizóse por las callejuelas que existían a la espalda de la casona, un poco desorientado aún por su desconocimiento del terreno en que había de operar, pero disimulando con su vieja altivez de fantasma aristocrático.

Le agradó la traza vetusta del pueblecito, que la noche dignificaba. Algunas casas parecían estar muertas y no ser nada más que fantasmas de casas, torcidos en su estrabismo agónico los marcos de sus ventanas, el tejado caído como un gorro de dormir, silenciosas, polvorientas, comidas por los gusanos que en los cadáveres de las casas son las arañas y los ratones. Flapp apreciaba sabiamente estos detalles y otros muchos que se revelaban a su larga experiencia, y ante los que cualquiera de nosotros pasaría sin reparar. La vaporosa aparición avanzaba pausadamente, rígida y callada. A nadie encontró en los diez primeros minutos de su paseo; pero esto es más bien motivo de agrado para un espectro, que no dejaría de sentirse incómodo si tuviese que recorrer la calle de Alcalá a la hora de la salida de los teatros.

Al fin, cuando embocó un callejón penumbroso, vio aparecer y aproximarse con una rigidez tan igual a la suya, que pensó estarse mirando en un espejo, otro blanco fantasma.

«¡Hum! —gruñó Flapp—. He aquí un contratiempo inesperado. No me gustaría tener un competidor. Veamos cómo me recibe.»

Continuó su marcha. En el otro extremo de la calle, Manuel cavilaba, bajo su envoltura, atisbando a Flapp por un agujero del lienzo: «¡Otro en campaña! Me van a estropear mis planes. Aquí, ya se sabe, en cuanto a uno se le ocurre una buena idea, todo el mundo es a copiarla.»

Y avanzó también.

Detuviéronse cuando ya estaban frente a frente, casi tocándose. El silencio se hizo más hondo, y hasta se diría que las sombras se pegaban más a los muros de las casas, en espera de algo terrible. Entonces, Manuel lanzó el aullido pavoroso que había ensayado para ahuyentar a sus competidores, un

«¡uuuh!» prolongado y triste, indudablemente copiado del repertorio de los canes del pueblo. Cuando se le acabó el aliento, calló y esperó las consecuencias. El otro fantasma se había estremecido ligeramente al sonar el grito inesperado: pero después lo escuchó hasta el final con atención respetuosa o acaso con delectación crítica. Y apenas Manuel enmudeció, Flapp lanzó hacia el cielo aquel clamor horripilante que, un siglo tras otro, había estremecido a los aldeanos de Onclers en sus casitas humildes. El seductor de la hija del Cojo sintió como si un trocito de hielo recorriese su espina dorsal. Su primer impulso fue subirse a la reja de la casa más próxima. Pero se dominó. A nadie tenía miedo en el mundo; si se exceptúa al padre de su novia. Pensó, sencillamente, que había que luchar con una garganta más fuerte que la suya, y esperó su turno correctamente. Cuando Flapp terminó, el mozo produjo un alarido sensacional, mezcla de silbido de un tren, del estertor de un agonizante y del llanto de un niño; pasaba de los graves a los agudos a través de trémolos increíbles, y cuando ya no sabía qué inflexiones dar a sus gritos, ladraba rabiosamente dos o tres segundos. Flapp hizo un gran esfuerzo para dominar sus impresiones.

Durante media hora ambos espectros remedaron en tono mayor esas largas querellas que sostienen los gatos antes de acometerse. Pocas laringes resistirían aquel terrible empeño, y Flapp llegó a experimentar en la suya el cosquilleo precursor de la tos. Al fin, dignamente abandonó la partida y continuó su marcha impresionante, erguido y grave. «Aúlla mucho, pero sin escuela —iba pensando—. Es un pobre fantasma de pueblo. Y ordinario. Ladra. ¡Qué asco!»

Siguió retador, por las calles oscuras, entre tapias que parecían resguardar cementerios y recortaban una tortuosa faja de cielo en el que las pálidas estrellas temblaban. Salió a la llanura polvorienta y sin término, por la que un soplo de aire vagaba, perdido entre las sombras, y Flapp pareció ser como un blanco remolino de polvo de los que se alzaban para saludar a la ráfaga y se extinguían después. La noche pesaba sobre el llano como si se afianzase en él para sostener el peso de la inmensa bóveda negra, a horcajadas sobre el suave resplandor del pueblo. Y en un pliegue de la noche, a medio kilómetro del arrabal, sentado al pie del molino —en ansia de hacer más impenetrable la sombra en que se escondía—, el matutero Matías rumiaba la reciente tristeza de un descubrimiento amenazador. A unos pasos de él blanqueaba la carretera, que sugería la vaga ilusión de un río silencioso.

Flapp se entregó en la soledad a algunos ejercicios extravagantes: saltó como el tapón de una botella para alcanzar una lechuza que pasaba, y después

corrió con los brazos abiertos, en línea recta, a medio palmo de la tierra, y luego, como encontrase en el camino una débil columnita de polvo que giraba graciosamente, se imprimió a sí mismo un rápido movimiento rotatorio, en alegre competencia. Pero tales transportes no duraban mucho en Flapp, y el triste personaje, después de tan insólitos excesos, recuperó su terrible arrogancia y regresó a la villa, verde la mirada de sus cuencas (con ese verdor con que fosforece lo pútrido), erguida la funeraria silueta y un extremo del blanco sudario rozando sin huella la carretera real.

—¡Chis! ¡Chis!

Primero creyó que la lechuza cruzaba otra vez el campo.

—¡Chis! ¡Chis!

Miró en torno, y vio a su derecha, bajo un olivo, una figura blanca que le hacía sigilosas señales.

—¡Eh, camarada! —oyó—. Hará usted mejor en volverse. El Segoviano se ha retirado de la guardia porque está dando a luz su mujer, y le ha sustituido el Puños. Es una noche perdida. No se puede hacer nada.

Flapp se detuvo.

—Le digo a usted —siguió la figura blanca— que lo he visto yo. Y no me atrevo a pasar ni sé cómo esconder dos jamones que llevo.

Acercóse Flapp solemnemente, y no hizo más que fijar en el hombre la luz espectral de su mirada y envolverle en el frío de tumba que movía al pasar. Luego siguió hacia el pueblo.

—¡Ave María Purísima! —balbució persignándose, el aterrado Matías—. He visto en mi vida demasiados fantasmas falsos para no comprender que uno auténtico acaba de pasar junto a mí.

Y rezó una Salve; pero, apenas la hubo terminado, un sentimiento de curiosidad o cierto anhelo que brotó confusamente aún en su espíritu le impelieron a marchar tras el aparecido, que se alejaba en dirección a la villa. Recogió presuroso los jamones, embozóse ligeramente en la sábana y se lanzó con rápidos pasos a la carretera.

Sentado a la puerta de una especie de garita de tablas sin cepillar, a la entrada del pueblo, un hombre fumaba un grueso cigarrillo; en un farol colocado a sus pies ardía una débil luz amarillenta. Cuando el lúgubre Flapp llegó a unos quince metros de distancia, el hombre lo vio, frunció el ceño debajo de la visera de su gorra sebácea y estiró lentamente el brazo hacia un garrote que se apoyaba cerca de él, contra la garita. El espectro aproximóse. Confiando una interjección al estambre de la bufanda que abrigaba su boca, el consumero salió a la mitad del camino.

—¡Alto! —gritó—. ¿Adónde va usted con esa facha, compadre?

Es probable que fuese el estupor lo que inmovilizó ante aquella audacia al terrible Flapp, que había visto caer desmayados, ante su simple aparición, a tantos aguerridos centinelas del castillo de Onclers, antes que la industria lo hubiese desahuciado.

—No crea usted que basta venir hecho una birria para asustarme, amigo. ¿Qué? Traemos carne de cerdo debajo de la sábana, ¿no es eso? ¡Suéltela usted, o cambio de tono!

Y agitó significativamente el garrote.

Flapp permanecía erguido, silencioso, imponente.

—¡Vaya! —gruñó el Puños—. Se hace usted el somnámbulo, ¿eh? Le registraremos, entonces.

Avanzó los dos pasos que le separaban del espectro e intentó palpar sus vestiduras inmateriales, y antes que el infeliz guardián pudiese dar a la noche el grito de horror en que se hinchó su pecho, una fuerza irresistible lo alzó para lanzarlo después contra el suelo. Rodó, magullado, rebatido sobre sí mismo; se alzó polvoriento, sin gorra, flotante la bufanda, y huyó con una ligereza que hacía pensar en las velocidades de que hablan los astrónomos. El ancho cigarrillo se repartió en una docena de chispas carmesí sobre el camino. Y Flapp, irritado y soberbio, entró en la ciudad.

Dos minutos después de esta escena espeluznante, Matías pasaba ante la desierta garita con una tranquilidad que no le había asistido en ninguna de sus azarosas excursiones. Ganó la primera calleja y se escurrió hacia su casa, pensando en los grandes beneficios que podían deducirse para él de aquel encuentro del guardián con un fantasma indubitable. Al doblar una esquina encontró a Bastián, el zapatero, que, sentado en un poyo, tomaba fuerzas para seguir aullando en la rendija de la puerta de su primo, el detentador de los bienes del pariente difunto. Detúvose Matías un momento y le contó lo sucedido con la alegría de salir tan bien librado cuando ya daba por perdida su labor de aquella noche. Bastián se dolió:

—¡Grande suerte la tuya! Mientras, yo pierdo las horas de descanso en el imposible empeño de ablandar la conciencia de ese buitre.

Quedó caviloso el infeliz bajo la fláccida cobertura de la sábana vieja, y Matías marchóse y se acostó, calculando la posibilidad de volver de Aldehuela del Río a la noche siguiente con un pollino bien cargado de embutidos y de jamones; el quid estaba en poder dar al asno un aspecto también espectral.

Mientras tanto, Manuel, que había recorrido ya dos o tres veces la calle en que vivía su novia, extrañado de que tardase tanto en abrirse aquella noche la puertecilla de la tapia, se sintió llamado al fin por un siseo cauteloso, y cuando ya buscaba los dulces labios de la muchacha, le previno ella con sobresalto, desde la sombra en que su rostro era una leve mancha pálida:

—¡Vete, por Dios! Mi padre sospecha nuestros ardides, y esta noche ha cargado su escopeta de dos cañones.

Fanfarroneó algo el mozo, aunque la noticia le inquietaba demasiado y solo esperaba que insistiese la joven para dar a su huida matices de obediencia. Y en esto estaban cuando atronó la calle un disparo. Manuel salió a tiempo de ver lo que ocurría.

Y lo que ocurría era que Flapp, siguiendo su ronda, había acertado a embocar la rúa en el instante en que el desconfiado padre acababa de instalarse en lo alto de una escala, entre las ramas de una higuera que desbordaban sobre el muro, para aguardar el paso del seductor con su atavío fantástico. Cuando divisó a Flapp dio por seguro que era el osado mozo quien se acercaba, y lo enfiló con la complacida calma de su viejo rencor; a menos de doce pies hizo fuego. Los perdigones atravesaron la alba aparición para hundirse en la tierra. Y el Cojo vio, con horror indecible, que el espectro al que esperaba ver caído, gemebundo o en cobarde fuga, se ahilaba, se hacía tan grande como el muro, mayor aún que el muro, y extendía hacia él dos manos esqueléticas, mientras la verde luz de la mirada se hacía más lívida y un clamor inhumano estremecía de horror la noche entera.

No escapó el hombre; cayó de lo alto de la escalera, casi inconsciente de horror, y no se sabe cómo —él mismo no logró explicarlo nunca— atravesó el corral y entró en su casa, mientras Flapp surmontaba las tapias y un grupo de chozas, para descender más allá, doblemente irritado y terrible.

—Convendría que vieses si está vivo tu padre —aconsejó pensativamente Manuel cuando volvió a acercarse a la joven.

Y la joven entró. Cinco minutos después regresó, y dijo:

—Mi padre está debajo de la cama, y jura que no saldrá de allí hasta que amanezca, aunque se lo ordene el alcalde.

—En ese caso —opinó Manuel—, creo que bien podemos hablar un poco de nuestros asuntos.

La puertecilla de la tapia se cerró, y el enamorado tardó en salir una hora; pero como esta es una historia veraz, debe admitirse que si todas las palabras que cambiaron en ese tiempo los novios se escribiesen en un telegrama, no habría que pagar por su transmisión muchos céntimos más de dos pesetas.

Camino de su morada, Manuel encontró a Bastián, que descansaba fumando un cigarrillo bajo el dintel de una puerta, y le narró la escena que había presenciado, muy contento de tener segura, gracias a la aparición del fantasma, la inhibición del Cojo, y, por tanto, la tranquilidad de sus entrevistas con la joven.

—¡Ay! —gimió Bastián—. ¡Cómo envidio tu suerte! Yo amenazo todas las noches al alma de cántaro de mi primo con las penas del infierno, y cuando ceso en mis imprecaciones oigo al través de la puerta sus ronquidos.

Manuel despidióse, egoístamente feliz, y Bastián volvió a quedarse caviloso bajo la fláccida cobertura de la sábana vieja.

No había pasado mucho tiempo cuando la espantable silueta de Flapp, en su recorrido inaugural, surgió a escasa distancia del atribulado zapatero. Transido de horror, apretóse el cuitado contra el quicio, y Flapp transcurrió sin verle, porque iba sobradamente preocupado con las desagradables incidencias de aquella noche. Pero apenas se alejó a una distancia igual a la lanza de un carro, Bastián, sacando fuerzas de su propia desesperación, recogió la sábana entorpecedora, se la echó por los hombros, como el embozo de una capa, y corrió tras el espectro.

—¡Señor fantasma! —balbució, tembloroso—. ¡Señor fantasma, sígame, por caridad, un segundo tan solo!

Flapp siguió en silencio.

—¡Señor fantasma, aquí cerca, en el número diez, vive mi primo Jenaro Cotovías, que se quedó con dos mulas y el trocito de secano de nuestro tío y me despachó con una miseria! ¡Fue un robo, señor fantasma, fue un robo! ¡Por la salvación de mi alma le juro que nos engañó miserablemente!

Flapp siguió lúgubremente callado.

—¡Señor, tengo seis hijos; pasan hambre; mi mujer está más arrugada por las penas que la piel del zueco de un campesino, y nuestro hogar permanece apagado muchos días! Si ese canalla nos da lo que nos pertenece, aún podremos defendernos, señor.

Flapp siguió inconmovible, lento, alto y frío.

—Señor fantasma, yo le pido con todo fervor que se acerque al lecho del infame y le repita lo que vengo gritándole yo por el ojo de la cerradura desde hace un mes: «Jenaro, vengo del otro mundo a mandarte que des a Bastián lo que es de Bastián y de sus hijos.» Nada más, señor.

Flapp no respondió.

—Total, un minuto —insistió el zapatero—; ¡un minuto, y despacha usted este asunto sin más trabajo! ¡Hágalo por el perdón de sus culpas, señor

fantasma!

Entonces Flapp se detuvo.

—¡Desdichado! —exclamó, con su experimentada voz cavernosa—. ¿Cómo te atreves a dirigirte a mí? ¿Qué puede importarme tu mezquino empeño?

—¿Mezquino? —protestó Bastián, malhumorado—. No sé por qué lo juzga usted así; pero, desde luego, es más importante y más digno que pasar un jamón de matute o poner al Cojo, contra su voluntad, en el trance de ser abuelo.

—¿Y qué tengo que ver yo con tales miserias? —rugió el terrible Flapp, excitada ya su fácil cólera.

Las piernas de Bastián flaquearon, y en su espíritu el miedo y la desesperanza se extendieron como una niebla fría.

—¡Es mi sino! —gimió—. Nadie ha de ampararme en mis cuitas. He ahí al astuto Matías; nada tengo que decir contra él; pero son muchas las noches en que se disfraza de fantasma para asustar al Segoviano, y así defrauda al Municipio. Y cuando una casualidad le pone en riesgo, aparece usted, hace huir a su enemigo y le facilita el negocio. Al amparo de usted logrará enriquecerse.

—¿A mi amparo? —murmuró Flapp, atónito.

—He ahí el jactancioso Manuel. Se asegura la impunidad de sus visitas a una moza fingiéndose alma en pena; descubre el padre la superchería, y cuando va a vengarse, surge usted y le hace creer para siempre en la realidad de lo que fue un engaño. Ahora Manuel podrá gustar tranquilamente hasta el alba, todas las noches, el amor de su novia. Gracias a usted.

—No. ¿Cómo gracias a mí? —rechazó Flapp.

—En cambio, yo he estropeado dos de nuestras cuatro sábanas, ando muerto de sueño, me resfrío en estas madrugadas crueles, y es inútil que pida con lágrimas en los ojos, por el amor de mis pequeñuelos… Porque yo no quiero nada para mí…

Pero calló, porque se encontró solo en la penumbrosa callejuela. El fantasma había desaparecido. Unos trocitos de papel se alzaron del suelo; algunos pasos más allá giraron y volvieron a caer, como si por un momento los hubiese movido un soplo de aire.

Flapp se había remontado sobre las tejas de las casas. Las revelaciones de aquel pobre diablo le aturdían. Entonces, ¿dónde se había metido? ¿Qué hacía él en un pueblo donde el intrusismo espectral estaba tan desarrollado que con él se amparaban todas las concupiscencias? Bien claro se veía el mal de que

cada villa no contase con un fantasma auténtico. Si siempre hubiese existido uno real en aquel lugarejo, no se atreverían los humanos a escarnecerlo con una parodia. Pero ya era tarde; los intereses creados no podían ser más abominables, y Flapp los protegería contra su voluntad —ya los había protegido una vez— al presentarse. Temió que le fuesen pedidas cuentas de su conducta, porque la responsabilidad de un fantasma es muy estrecha. Y…, por otra parte…, ser confundido con un matutero, con un seductor…, con un padre de familia que interrumpía para toser las amenazas de ultratumba que hacía pasar al través de la rendija de una puerta… No; aquello era menos grato y más comprometedor que lo de Onclers. ¡Uf, estos pueblecillos que él creía tan propicios para su solemne condición fantasmal…!

Remontóse más. La villa apareció bajo él, en vuelta en luz turbia, soñolienta. Alejóse, desolado, fracasado, incierto… Desde la barandilla de la torre, en la iglesia sombría, el gato del sacristán alargó la cabeza para mirarle con ojos que parecían hechos con el papel de estaño coloreado de los viejos bombones de la confitería del pueblo. Pero como pasase un murciélago, el desvelado animalito desentendióse de aquella forma blanca y extraña que se iba, para continuar meditando en el difícil contrasentido que alarmaba todas sus vigilias: «Pero ¿cómo es posible que puedan volar los ratones?»

III

Hacía calor, y aquel hombre estaba ante su bureau en mangas de camisa. Durante diez minutos, Gip le vio leer atentamente, con gesto preocupado, rascando al mismo tiempo la copiosa cabellera con un lápiz largo como una batuta.

Gip se encontraba un poco cohibido. Había llegado a Hollywood hacía ya una semana, y en aquellos siete días recorrió, invisible y feliz, los estudios donde se preparaban las grandes películas, asistió al trabajo de los artistas más famosos, presenció la magia de las galerías, los esfuerzos de los directores en las cintas donde era preciso mover muchedumbres, se deslizó en la intimidad de los actores y las actrices que le habían cautivado cuando vagaba por el palacio, convertido en «cinema» de los Comedores Gip.

Sobre todo, había admirado a Hopkins, el gran Hopkins, el célebre director de la Hopkins Film, del que hablaban todos los públicos del mundo, arrebatados por la novedad de sus procedimientos, por el interés de los asuntos que llevaba a la pantalla, por la calidad de los artistas que había

conseguido reunir en su empresa. Cuando la proyección luminosa anunciaba a los espectadores que iba a serles ofrecida una película Hopkins, aplausos de júbilo estallaban anticipadamente, acogiendo aquel nombre colmado de prestigio. Y el propio Gip hubiese querido aplaudir muchas veces. Su devoción por Hopkins era exaltada y férvida. La primera vez que lo vio en persona, encaramado en una escala, con la enorme bocina en la mano, rigiendo un ejército de comparsas, lo reconoció, y quedóse mirándole enternecidamente.

Al fin, el fantasma había tomado una decisión. En verdad, esta decisión estaba ya formulada cuando se separó de sus compañeros; únicamente era preciso acumular el coraje necesario para realizarla. Gip era un poco tímido. Más de una vez había irrumpido en el gabinete de Hopkins resuelto a mostrarse, y una vacilación invencible se lo impidiera. Pero ahora no ocurriría así.

«Ha llegado el momento —se dijo, animándose—. Vamos allá.»

Y comenzó a bocetarse.

En aquel instante, Hopkins, que seguramente había descubierto alguna torpeza en el escenario que leía, dio un fuerte puñetazo en el buró y profirió un juramento.

«¡Asnos! —se le oyó exclamar—. ¡Acabarán con toda mi paciencia!»

Tachó algunas líneas con el lápiz monstruoso; escarbó con él su cabellera áspera, lo chupó, abstraído, y después escribió con ligereza varias palabras.

Gip se había borrado a sí mismo, asustado. Volvió la calma: y Gip también a hacerse visible con acobardada lentitud. Dos minutos después, su pequeña calva, sus abultados carrillos, su vientre redondo, su traje a la moda de cincuenta años antes, se mostraron claramente en la viva luz del estudio. Permaneció inmóvil mucho tiempo, en espera de que Hopkins levantase su mirada del papel y le viese. Pero esto tardaba en ocurrir, y Gip temía que alguien llegase a estorbar sus propósitos.

Llamó a media voz:

—¡Señor Hopkins!

El director levantó la cabeza y lo abarcó en una rápida mirada.

—¿Qué ocurre?

—Deseo hablar unos segundos con usted.

Hopkins tornó a golpear la mesa.

—¡Al diablo los importunos! ¡He dicho que no dejasen pasar a nadie!

Algo extraño, inhabitual, que descubrió en el aspecto del intruso le movió a inquirir malhumoradamente:

—¿Quién es usted?

—Perdón… Soy…; pero no se asuste… Soy un fantasma.

La amable recomendación de Gip resultó perfectamente inútil.

Hopkins cruzó sus brazos con un aire muy distinto al de una persona asustada.

—Y ¿cómo le han dejado entrar? ¡Es terrible esto! Voy a llamar a mi secretario…

Extendió su mano hacia el timbre; pero un ademán de Gip le contuvo.

—¡Un momento! He venido desde muy lejos solo para conversar con usted… Le ruego que me oiga.

—Mucha gente viene de muchos sitios para hablarme —gritó Hopkins—, pero yo no puedo oír a todos. Cada minuto mío vale cien dólares. Usted no tiene trazas de poseer un centavo…

—Pero puedo hacerle ganar muchos millones.

—¿Cómo? —preguntó el famoso director, entre resignado a oír una estupidez y aburrido por aquella pertinancia.

—Señor Hopkins, escúcheme usted —dijo el espectro, aproximándose—: he visto incontables películas en un «cine» europeo; adoro ese arte; estoy verdaderamente apasionado por él. Conozco su labor de usted y la de todos los grandes actores del mundo. Y he adoptado una resolución: estoy decidido a dedicarme al cinematógrafo.

—¡Oh! —rugió Hopkins.

Gip no se detuvo a interpretar el verdadero sentido de la exclamación. Continuó explicando efusivamente, entusiasmándose con sus propias ideas.

—Lo he resuelto porque creo, después de haber meditado mucho, que el «cine» es el único refugio que le queda a un fantasma. En todas partes nos niegan; de todas partes nos expulsan… Pero yo he admirado películas en las que figuran fantasmas; puedo decir que un cinco por ciento de todas las películas que se han producido en el mundo presentan un fantasma, lo que revela que el nuevo arte nos concede la importancia que merecemos y cuenta con nosotros como un recurso abundante en interés y en prestigio. Imagínese usted el éxito que lograría una casa que dispusiese entre sus artistas de un fantasma de verdad, de un fantasma auténtico…

Hopkins le interrumpió acremente:

—Basta, señor; su proposición no me conviene por ahora. Tenemos más artistas sensacionales de los que podremos utilizar nunca, y diariamente aparecen en Hollywood los personajes más destacados del mundo. Millares de príncipes rusos, docenas de condes italianos, varias reinas, toreros españoles,

toda cuanta mujer cree que es guapa o está descontenta de su sueldo de mecanógrafa, quisieran trabajar ante nuestros operadores. Es imposible. Compréndalo.

—Pero comprenda usted también que no todos los días se encuentra un fantasma…

—¡Oh! ¡Le ruego…! ¡Tengo tanto trabajo…! No hablemos más… Ayer he arrojado por esa ventana a un general vencedor de la guerra europea que deseaba lo mismo que usted y me molestó menos tiempo que usted. Váyase. Es un buen consejo.

Gip se entristeció.

—¿Sin una esperanza?… ¿Sin la menor promesa…?

—Quizá más adelante…; no sé… Inscríbase… Vea a mi secretario. Deje su dirección. En todo caso, se le avisaría… Pero ahora, márchese.

—Si usted lo permite —insinuó tímidamente Gip, esfumándose—, apareceré de cuando en cuando…

—Bien; sí… Ya veremos… —respondió el director, encorvado otra vez sobre sus papeles.

Desde entonces un par de veces cada semana, el fundador de los Comedores de Caridad surgía ante Hopkins, en el despacho, a la puerta de sucasa, en un corredor. Hopkins le miraba apenas con la mirada distraída con que se suele acoger a un pedigüeño, y mientras encendía un cigarro o buscaba las llaves en el bolsillo o se afeitaba ante el cristal de aumento de un espejo colgado cerca de la ventana, respondía al saludo de Gip:

—Hola… No, no hay nada aún…

Y contestaba a su despedida, ya sin mirarle, en un murmullo:

Un día llegó Gip cuando el director de la Hopkins Film estaba entregado a la más sombría desesperación. Su primer actor, Adams, la más rutilante de las estrellas de aquel cielo, había sufrido un accidente de automóvil. Después de una alegre noche en que el champaña, servido en la pila de baño de miss Evans, enloqueció a todos los invitados de la bella artista, el arrogante joven tuvo la desgracia de embestir un muro estúpidamente colocado a la orilla de una carretera, y de este pequeñito suceso resultó un grave quebranto para las facultades artísticas de Adams. Las facultades artísticas de Adams residían en su correcta nariz y en sus grandes ojos. Cuando esta nariz aparecía en la pantalla, todas las espectadoras del mundo murmuraban que no podía verse otro perfil tan perfecto como el de aquel hombre; y cuando, en algún primer plano, los negros ojos del famoso actor miraban, entre el cerco de las pestañas rimeladas, la oscura profundidad de la sala, dando a cada mujer la sensación

de ser hipnotizada por ellos, una suave delicia hacía brotar mil suspiros estrangulados por el disimulo. La nariz de Adams había sido reconocida entre cuarenta narices célebres, en las páginas de grabados de una gran revista neoyorquina, y en un plebiscito abierto por otro periódico mereció, por una mayoría formidable, ser proclamada como el ideal humano hecho realidad.

Después del choque, apenas servía para figurar en una película cómica.

Adams estaba inconsolable. Había roto con iracundia femenina varios espejos que le habían revelado la desfiguración de su rostro. Había llorado histéricamente. Había suplicado y amenazado al médico que le hiciera las curas, y solo halló algún alivio a sus padecimientos morales leyendo las cuatrocientas cartas que el correo de aquel día puso en sus manos. Cartas en las que, desde todos los países del mundo, jovencitas impacientes y solteronas de imaginación alocada le declaraban su amor y le pedían un retrato.

El percance imponía una larga pausa en el trabajo de Adams. Y por si esto era poco para contrariar los intereses de la Hopkins Film, la encantadora Amy Reynard había denunciado su contrato aquella misma mañana para casarse con un marqués montenegrino. Y lo grave estaba en que Adams y la Reynard habían de ser los protagonistas de la grandiosa película La tierra de nadie, evocación de las escenas de la guerra, en la que un deportista norteamericano derrotaba, utilizando, sucesivamente, un tanque, un aeroplano y una canoa automóvil, un Cuerpo de ejército alemán.

—¡Mil metros de cinta rodada ya, y Amy bordándose coronas en las camisas y Adams con la nariz exuberante y tumefacta! —Hopkins tenía razón para maldecir el Destino.

Cuando vio a Gip perfilarse en un rincón, disimuladamente ansioso, con la débil sonrisa de los tímidos rayándole los carnosos mofletes, el famoso director pensó en arrojar contra él un pesado cenicero de cobre que había sobre la mesa. Pero una súbita idea le contuvo. Hundió las manos en los bolsillos del pantalón y contempló largamente al espectro, mientras revolvía el puro entre sus dientes.

—Parker —dijo al fin, dirigiéndose a su secretario—, ¿qué te parece este tipo?

No se había dado nunca el caso de que Parker se atreviese a exponer una opinión sin conocer antes la de su jefe. Así, balbució, entornando los ojos como si estuviese examinando a Gip con atención concentrada:

—Tiene algo que…, algo así de…

—Algo de tendero.

—Justamente. Iba a decirlo. Es un tendero inconfundible.

Hopkins escupió dos centímetros de puro mascado.

—Y, sin embargo, Parker, en estas circunstancias, ¿no sería recomendable utilizarlo?

—Sería, quizá, lo más recomendable, señor Hopkins —apoyó Parker.

El director sentóse en el borde de la mesa y ordenó al fantasma con un gesto que se aproximase.

—¿Ha trabajado usted en Europa? —preguntó.

—¡Oh, no!…

—¿Qué sabe usted hacer?

—Aparezco y desaparezco cuando se me antoja, me sostengo en el aire, salvo en un abrir y cerrar los ojos distancias enormes…

—Todo eso se consigue fácilmente en el «cine». ¿Qué más?

—Paso a través de los muros más fuertes; puedo iluminarme como si llevase dentro un foco potentísimo…

Hopkins curvó las comisuras de sus labios.

—En fin…, vamos a intentar… Telefonea a Mallet para que venga a hablarme, Parker. Es preciso que escriba rápidamente un argumento. Trae un contrato en blanco. ¿Cuánto quiere usted ganar?

—¿Ganar?… Nada.

—No; es imposible. Si se divulga la noticia de que usted no cobra, la cinta no tendría importancia. La Hopkins Film paga bien a sus artistas. Es una forma de reclamo. Tendrá usted dos mil dólares semanales.

—Pero un fantasma…

Hopkins cortó severamente:

—Esto no es Europa, señor. Aquí, el que trabaja cobra; somos gente que sabe llevar un negocio.

Dos mil dólares. Ya está dicho. Puede marcharse y no volver hasta pasados cinco días.

Gip, radiante de júbilo, dio las gracias y desapareció.

—Bien, Parker —decidió Hopkins—; ahora es preciso hacer unos cuantos anuncios sensacionales para lanzar a este tipo. Que los periódicos y el público comiencen a preocuparse de él. Encárgate tú mismo de eso. Yo llamaré a Mallet para decirle lo que necesitamos.

Salió. Parker sentóse ante su máquina de escribir y media hora después había urdido un proyecto de reclamo para concitar sobre Gip la atención de la gente. En conjunto, no carecía de sugestión. Se afirmaba que la Hopkins Film, deseosa de acrecentar su ya inmensa fama y de llevar a la cinta las más atrevidas novedades, había contratado a Gip el Terrible, el fantasma más

interesante de la vieja Europa, que estaba haciendo furor en Londres y en París. Gip el Terrible se había avenido por, una suma fabulosa a interpretar un papel de acuerdo con sus asombrosas facultades en una película que causaría una verdadera revolución en los procedimientos del séptimo arte. La pericia del afamado director…, etc., etc.

En menos de un mes estuvo escrito el asunto y el guión de la película. Figuraban en ella una hermosa muchacha enamorada de un joven arrogante y un encubierto malvado que aspiraba a la mano y a las riquezas de la bella, a cuyo padre había asesinado misteriosamente. Pasaba el novio por estremecedores peligros, aunque siempre lograba verse a salvo por esa tendencia a las complicaciones que tienen todos los bandidos de película, ninguno de los cuales parece haberse enterado de lo fácil que es matar a un hombre rápidamente. Así, en una ocasión, el amable joven era colocado sobre un barril de explosivos cuya mecha tenía veinte metros de largo; en una segunda tentativa lo dejaban atado a la vía de un tren que debía tardar hora y media en pasar por aquel sitio; otra vez lo encerraban en un subterráneo que se iba inundando gota a gota… El fantasma del padre, que velaba por los enamorados tenía siempre tiempo de llevarles auxilio. Pero los bandidos no escarmentaban y volvían a incurrir en las mismas torpezas.

En Hollywood, el anuncio de la película había despertado cierta curiosidad. El señor Hopkins negóse a autorizar las pretensiones de los periodistas que deseaban celebrar una interview con Gip el Terrible; pero se avino a conferenciar personalmente con ellos para darles algunos detalles acerca de su nuevo colaborador. Como en su vida se había ocupado de los espectros, no acertó a decir sino vulgaridades, y cuando los reporteros se enteraron de que el fantasmal artista no tenía en proyecto matrimonio, ni divorcio alguno, retiráronse un poco defraudados.

Comenzó a impresionarse la película. Escudados en poderosos reflectores, los carbones ardían chirriando y las ruedecillas de las máquinas subrayaban las escenas con su rumor. Hopkins, en mangas de camisa, blandía el megáfono y vigilaba todos los movimientos. Cuando Gip presentóse para trabajar, el famoso director le examinó consternado.

—¡Oh! ¡Alto, alto! ¿Cómo es eso? ¿No se ha caracterizado usted?

—¿De qué debo caracterizarme? —balbució Gip.

—¡Toma! ¡De qué!… De fantasma.

—Pero… ya estoy…

—No; perdone… Esa chaqueta, todo ese traje que usted lleva carece de carácter. No podemos presentar un fantasma así. Envuélvase en un lienzo

blanco.

—Es imposible —protestó Gip—. Yo debo estar siempre así con esta presencia, y carezco de facultades para corregirla.

—¡Maquíllese, al menos! —rugió Hopkins—. ¿Cómo quiere aparecer con esos carrillos redondos? Ensombrézcalos. Si se presenta como está, ¿habrá alguien que crea que es un fantasma?

—¿Por qué no? —dijo Gip, ofendido.

—¡No lo habrá, se lo juro! Haga el favor de obedecerme.

—Le repito que es imposible, Hopkins —afirmó el espectro, terriblemente lívido—. Ningún lápiz, ninguna crema podría alterar uno solo de mis rasgos. Piense usted que soy inmaterial.

Hopkins bramó, sinceramente disgustado; pero no había más remedio que someterse.

La primera aparición de Gip en la farsa debía ser terrorífica. Antes que nada, surgiría su mano de entre los pliegues de un cortinón para extenderse acusadoramente hacia el bandido. Esta labor fue trabajosa. Gip deslizó una mano cuadrada y vulgar con una naturalidad encantadora; pero Hopkins vociferó:

—¡No es eso, no es eso! No se trata de imitar una mano indicadora, de las que hay pintadas en los muros, sino la mano de un fantasma. Engarabite usted los dedos, encórvelos como si fuesen garras terribles. Así…

Gip asomó la cabeza para recoger la enseñanza del director, que recogía sus dedos epilépticamente, y procuró imitarle.

—¡Pero —clamó Hopkins, desesperado— yo no le he dicho que arañe el aire!

—¿Araño el aire? —indagó el espectro.

—Parece que araña usted el aire o que rasca una cabeza. Mueva usted los dedos como yo. ¡Es increíble su conducta! Cualquier niño de Hollywood sabe cómo mueve los dedos un fantasma.

—Señor Hopkins, le aseguro que nunca los he movido así. No; llevo más de cincuenta años de fantasma, y…

—Haga el favor, Gip; perdemos tiempo.

Obedeció. Después debía separar el cortinón y aparecer, sombrío e imponente. Y así lo hizo. Pero Hopkins tiró el megáfono al suelo, como si renunciase para siempre a luchar con tanta torpeza.

—¡Es imposible! —se dolió—. Escúcheme, Gip: ¿se ha dado usted cuenta de la situación? ¿Sí? Entonces, ¿por qué aparece de ese modo? No viene usted a anunciar que la cena está servida, sino a provocar el espanto del hombre que

le mató. Revuelva los ojos en las órbitas, contraiga la boca… Recuerde que es un fantasma… ¡Un fantasma!… ¿Sabe?

—Sí; un fantasma —repitió, desconcertado, el espectro.

—Bien. Comience.

Gip consiguió llevar sus pupilas a un estrabismo convergente y dejó caer el maxilar inferior. Permaneció así unos segundos, como si contemplase en la punta de su propia nariz un espectáculo pavoroso. Los electricistas, inmovilizados junto a los focos, se rieron.

—¡Al menos, Gip —rogó el director—, no cruce las manos sobre la barriga!

—No me fijaba… —se disculpó el actor, apresurándose a dejar caer los brazos a lo largo.

—Avance…; más… Acérquese al sillón donde está su asesino…

El actor que desempeñaba el papel de asesino se entregaba, mientras tanto, a la mímica del terror. Ya se había alborotado el pelo profuso, y ahora, apoyándose en los brazos del sillón, se iba dejando caer sobre el asiento, con la cabeza en rudo escorzo hacia la visión y la boca abierta por el pasmo.

—Extienda sus manos, casi hasta tocarle el rostro.

Gip lo hizo así. Hopkins aulló:

—¡Alto, alto! ¡No es eso! Todo el mundo creerá que le está usted sacando una muela. Volvamos a empezar.

El espectro se situó nuevamente junto a la cortina y avanzó con un brazo extendido, a pasos menudos y solemnes. Hopkins irrumpió en la escena.

—Oiga, Gip: aún me queda la paciencia necesaria para rogarle que se fije. Ahora parece que va usted a coger una mariposa sobre la cabeza de ese hombre. Y eso no puede ser. Compréndalo…

Todos los presentes se rieron burlonamente.

—Observe lo que voy a hacer yo ahora, para imitarme.

Y el famoso Hopkins dio a su rostro una expresión fúnebre, acercóse, un poco encorvado, al actor del sillón, y, ya cerca de él, hizo maravillosas crispaduras de manos en las inmediaciones de la garganta.

Los espectadores murmuraron:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Ese es un fantasma!

—Estremece mirarlo —declaró en voz bastante alta una joven que aspiraba a merecer la atención de Hopkins.

—¡Ea, repita usted la escena! —ordenó el director.

Pero Gip, azarado ya por la desaprobación general, se condujo todavía más torpemente.

—Nada se puede hacer —suspiró Hopkins con desaliento profundo—. No tiene ni una leve idea de sus deberes.

Gip se irguió, más pálido que nunca. La mirada le fosforecía.

—¡Pero yo soy un fantasma! —dijo.

Hopkins se encogió de hombros.

—¡Y usted, no! —le gritó aún el espectro—. ¡Y soy yo el que asegura, con toda mi autoridad, que jamás he incurrido en esas extravagancias! ¡Creo saber perfectamente cuáles son mis obligaciones!

El director le volvió la espalda y buscó a su secretario entre los grupos.

—Parker —ordenó—, avisa a Brown para interpretar el aparecido. Lo hará muy bien. Que venga mañana mismo, si es posible.

Cerca de la puerta, en el extremo de la galería, se volvió para decretar, ya sin cólera, como hombre habituado a tan pequeños percances:

—Y dile a este tipo que se puede marchar. No sirve para nada.

IV

Se detuvo un momento sobre la enorme extensión de la niebla, que era bajo él como un cielo volcado. Después descendió lentamente y se sumergió en los densos vapores. El sol, que declinaba, ponía un leve matiz amarillo en las crestas inmóviles de la bruma, pero pasaba al través del jirón neblinoso que era Tur, sin teñirlo. Y Tur se hundió gozosamente, como un niño que jugase entre la nieve amontonada. La más leve nubecilla era millares de veces más densa que él; tenue, como el vaho que un cristal retiene fugitivamente, suave como la figura de un ensueño luminoso, con esa luz plateada y débil que suele vagar en los ocasos invernales sobre las aguas de un lago… Así el dulce Tur fue descendiendo sobre los tejados de Londres.

No vaciló porque él sabía de antemano dónde estaba lo que se proponía encontrar. Las ondas de la «radio» le habían hecho conocer una conferencia de Conan Doyle acerca de investigaciones metapsíquicas; referencias de algunos compañeros le ilustraron vagamente a propósito de los esfuerzos del hombre por comunicar con las almas encarnadas. Días atrás se había enterado de que el sabio matemático sir George Cullingham se propusiera comprobar personalmente fenómenos acusados por otros investigadores del mundo suprasensible, y que varias eminencias londinenses se habían agrupado con decisión conmovedora en torno al hombre ilustre que salía al encuentro de lo sobrenatural, con momentáneo abandono de su ciencia, en la misma traza

displicente, pero decidida, con que un general que medita una batalla próxima enciende un fósforo y se inclina a mirar debajo de su cama, donde ha creído oír un rumor.

Y Tur había pensado que para un fantasma verdaderamente sensible, expulsado de su habitual elemento por la injerencia de la vulgaridad, ningún otro sitio del globo podía ofrecer más delicado refugio que el gabinete donde varios hombres ilustres, almas escogidas, se apercibían al trato con los espíritus errantes. Lo más puro y lo mejor de aquellos sabios aguardaban la aparición prodigiosa, para humillar primero ante ella las frentes cargadas de preocupación y para ensayar después un cambio de ideas elevadas y de sugestiones exquisitas. Aquello era mejor que un desfile de nigromantes cabalgando en gatos enfurecidos. El ánimo sentiría la proximidad de los otros ánimos como el roce suave de un terciopelo en esa caricia que es la comparación de las almas selectas.

«Permaneceré entre ellos —se había dicho Tur— como un buen amigo; dialogaremos reposadamente acerca de la verdad y la belleza en el gran salón de maderas oscuras. Gustarán, acaso, de sentarse junto a la chimenea, y yo me alzaré entonces, vago y brillante, en el fondo de la estancia, ante un tapiz verdinegro o azul, para resaltar con esa misma indecisa presencia de la medusa entre las aguas marinas. Y ellos me contemplarán, embebecidos, un poco borrada la profunda arruga vertical que la meditación y el estudio fue cavando entre sus cejas canosas. A veces me harán esas preguntas pueriles con que los hombres quieren aclarar el misterio del más allá…, y yo callaré. Entonces suspirarán y hablarán de otra cosa, por temor de que su pecadora curiosidad me aleje. Flapp procura el miedo; a mí me atrae la blanda atmósfera del amor. Este siglo no es el que Flapp conoció en su viejo castillo, cuando la violencia triunfaba en el mundo. Es difícil que consiga hacerse respetar entre los hombres por el terror. En cambio, es seguro que estos sabios que buscan la verdad por amor a la verdad, cuando reciban la respuesta a esa llamada que hacen a lo ignoto, nos acojan con enternecida gratitud. Tal como están las cosas, no conozco mejor asilo para un espectro refinado que la morada de un investigador metapsíquico.»

Había llegado ya a la casa de Cullingham, y se filtró en el interior. Tuvo que atravesar dos pisos para encontrar la habitación donde el sabio se hallaba entregado a sus experimentos. Y cuando estuvo allí, se detuvo, invisible, en un ángulo, y observó.

La estancia no era grande, pero la oscuridad la prolongaba hasta donde pluguiese a la imaginación; paredes y suelo estaban tapizados de paños

negros; y no había más luz que la de una bombilla roja colocada en la pared más lejana al grupo de los experimentadores. Porque sir Cullingham no estaba solo; los hombres ilustres que se habían ofrecido a colaborar en sus trabajos le acompañaban. Durante media hora bebieron el buen té y devoraron las tostadas con mantequilla y la mermelada de naranja de sir Cullingham, y ahora se inmovilizaban desde hacía veinte minutos en el gabinete oscuro y comenzaban a sufrir los primeros síntomas del tedio. Vagamente destacados en la tenue luz roja, cambiaban de vez en vez algunas breves frases, con el mismo tono que, en una iglesia o en la alcoba de un enfermo. Es muy difícil resolver en qué orden debe escribirse la relación de aquellas insignes personas, porque si a mistress Currant se le deben todas las consideraciones que en una sociedad distinguida suelen otorgarse al sexo débil y al dinero abundante, no es posible tampoco regatear a mister Winthrop el renombre universal que le han procurado sus estudios de biología: en cuanto al profesor Hôrn, cuyo cráneo pelado parecía sudar sangre, inundado por el resplandor de la bombilla, cuanto se dijese no sería más que un insulto a su fama, porque dentro y fuera de Alemania, su país, ningún ser medianamente culto ha dejado de oír o de leer su nombre tres o cuatro veces cada mes. Sin duda alguna, miss Elinor Philipson, la joven sentada cerca de la pared, con los ojos cerrados, desvaídamente rubia y pálidamente blanca, como si su piel y sus cabellos hubiesen sido lavados muchas veces con fuertes lejías, era, socialmente, la menos notoria entre los colaboradores de sir Cullingham; pero su papel en la reunión le asignaba un relieve insuperable, porque la desteñida miss Philipson era el médium laboriosamente buscado para los experimentos. Sir Cullingham la había preferido entre otros médiums sospechosos de profesionalismo porque Elinor era comprobadamente una muchacha incapaz de ficciones. Su historia era breve aún. Tan solo había intervenido en dos sesiones de aficionados al espiritismo en el condado de Kent. En una de ellas cayó misteriosamente al suelo, sin que ningún ser visible la tocase, una magnífica porcelana de Delft que estaba sobre una repisa. En la segunda sesión fue toda la vajilla de la casa la que se hizo pedazos con inexplicable espontaneidad. A pesar de tales éxitos, la gente rehusó a Elinor nuevas ocasiones de probar sus sobrenaturales aptitudes. Y ahora estaba allí la pálida joven, hipnóticamente dormida, inmóvil y disimulada en la penumbra, como un cebo arteramente dispuesto para que picasen los espíritus.

—Creo que le aprovecharían mucho unos cuantos pases magnéticos más, sir —opinó el profesor Hôrn, que había examinado ya varias veces, con ayuda de su encendedor, el blanco de los ojos de la muchacha.

Mistress Currant rebulló en su asiento.

—Déle usted todos los pases que hagan falta —apoyó nerviosamente—; no hay que escatimar. Cuenten conmigo.

Sir Cullingham manipuló sobre el rostro de la médium, con copiosas aspersiones de fluido que recogía él mismo de sus propias sienes. Transcurrieron así algunos minutos. Míster Winthrop preguntó en voz baja si podría fumar un cigarrillo. Un siseo enérgico pronunciado en la sombra por cualquiera de los presentes le cohibió; sacó bruscamente los dedos del bolsillo donde guardaba el tabaco y los refugió, después de algunas vacilaciones, en la sisa del chaleco.

Tur contemplaba enternecido la escena.

—Debiéramos hacer venir un médium de Alemania —aventuró Hôrn—. Los hay magníficos.

—Sí, sí —aceptó mistress Currant—; que vengan. Pida usted una docena de los mejores, doctor Hôrn. Todo a mi cuenta.

—La verdad es —susurró Winthrop— que va transcurrida una semana y no hemos podido registrar ningún fenómeno…

—No; eso no es cierto —rechazó mistress Currant—; se le ha roto a usted su pipa de barro.

—Sí —reconoció tristemente el biólogo—; se me ha roto mi pipa de barro, no sé cómo; pero eso no está…, no está bastante claro…

Y lanzó una mirada hostilmente recelosa hacia el lugar, donde se dibujaba la mole del profesor.

—¡Atención! —exigió con nerviosa brusquedad sir Cullingham—. ¡Miren ustedes!

A la izquierda del confuso bulto de Elinor Philipson se delineaba lentamente en el aire una figura blanquecina. Hízose un profundo silencio, como si todos temiesen impedir de algún modo la consumación de aquel milagro; y unos segundos después, el leve Tur mostróse, destacado en la penumbra, inmóvil, fosforescente y amable, como hecho con polvo de luz.

Sir Cullingham pudo recordar al fin que era un hombre de ciencia, y se impuso un violento esfuerzo para arrancarse de su estupor.

—Bien, señores míos —exclamó—; como ustedes ven…, aquí está esto…

Y se frotó ligeramente los dedos, como solía hacer al abandonar la tiza después de haber resuelto en el encerado un problema aritmético.

—Sí —murmuró míster Winthrop, que había ido separando prudentemente su silla—; ahora, logrado ya lo que nos proponíamos, creo que nos debiéramos marchar.

—¡Cómo marchar! —protestó mistress Currant—. ¡De ninguna manera! Todos ustedes saben que yo estoy aquí para conocer noticias de Fop. Es necesario que yo hable con este espíritu.

El profesor asintió:

—En efecto, sir; nuestro deber es interrogarle. Se hace siempre así.

Cullingham frotó con más fuerza sus manos. Evidentemente, estaba desconcertado por el hecho nuevo, y no sabía cómo abocar el trato del fantasma.

—Perfectamente —susurró—, perfectamente… En este caso…, si usted lo permite, sir, o quizá míster… —continuó, dirigiéndose a Tur, sin acertar con el tratamiento que debía darle—, vamos a dirigirle algunas preguntas. Antes me atrevo a presentar a usted a mis amigos… Mistress Currant, el profesor Hôrn, míster Winthrop. Y yo soy George Cullingham, de la Academia de Ciencias Tenemos mucho gusto de verle entre nosotros.

Se inclinó lentamente y calló, en la esperanza de que Tur se presentase a su vez. El fantasma continuó mudo. Mistress Currant quebrantó el silencio para encararse con el aparecido.

—Deseo hacerle a usted algunas preguntas acerca del espíritu de Fop. El pobre Fop murió hace cuatro meses…

Pero el profesor Hôrn le interrumpió:

—Perdón, mistress. Espero que tendremos ocasión de satisfacer su legítima ansiedad; antes debiéramos, en mi opinión, tratar algunas cuestiones preliminares, de una curiosidad más elevada y más útil. Primeramente es preciso clasificar este fantasma. Mi opinión es que se trata de un ser que mora todavía en el Kâmalôka o Plano Astral, y que se nos presenta con ese cuerpo al que los teólogos llaman Kâmarûpa, compuesto por la materia del aura Kâmica.

—Yo he leído algo acerca de los Kâmarûpas —aseguró mistress Currant —, y ese horrible nombre me hacía temer que fuesen mucho más feos. Declaro que este Kâmarûpa me parece muy interesante.

—El Kâmarûpa —explicó Hôrn— es una especie de cascarón del espíritu. Después de la muerte del cuerpo físico con forma humana, el Kâmarûpa se forma con relativa rapidez, para desintegrarse más tarde, cuando el alma alcanza mayores perfecciones…

Winthrop intervino:

—Quizá sea así; pero el profesor Hôrn no puede tener la arrogancia de creerse un espectro, y es a un espectro al que deseamos oír.

—Eso es verdad —reconoció mistress Currant—. Cuando Fop se murió tuvo un sueño…

—Perdón, mistress; organicemos un poco… ¿Quiere usted comenzar, sir Cullingham?

—Muy bien —respondió el ilustre matemático, acariciando su frente preocupada—. Primeramente, ¿puedo saber a quién tenemos el honor de hablar?

—Me llamo Tur —contestó la aparición con su voz musical dulce.

—¿Tur? Muy bien. Entonces… míster Tur… para mí sería gratísimo departir un poco tiempo con usted acerca de cualquier cuestión interesante; por ejemplo… el concepto pitagórico de los números, ¿eh?

Y miró al profesor; el profesor hizo pendular aprobatoriamente su desnuda cabeza.

—¿Por qué acerca de eso? —preguntó Tur desconcertado.

—¡Oh! —rectificó amablemente Cullingham—. No importa que sea a propósito de una cuestión cualquiera; podemos tratar, si más le place, de las figuras isoperimétricas.

Tur guardó silencio, abochornado. No sabía qué pudiesen ser las tales figuras ni conocía el concepto que los números habían merecido a Pitágoras. Balbució recelosamente:

—Lo de isoperimétricos…, ¿es por mí?

—¡Cómo!… No…, no; se lo aseguro. ¿Le molesta ese tema?

—Sí —declaró con hosquedad el fantasma.

Sir Cullingham meditó un instante.

—Verdaderamente, reconozco que he propuesto asuntos demasiado vulgares, de escasa importancia para un alma del otro mundo. Pido a usted perdón. Me encantaría contrastar con las de usted mis opiniones acerca de las matemáticas euclidianas, en parangón con las nuevas teorías de Einstein. ¿Qué piensa usted de Einstein?

—No…; pero…, ¿por qué me habla usted así? —gimió Tur, acongojado.

—¿Por qué?… No entiendo…

—Sí… Usted me trata con tal sequedad…, con tal dureza…

—Perdón… Me limito a proponerle a usted temas dignos. ¿De qué pueden, entonces, hablar con un fantasma unos hombres de ciencia? ¿Es que usted no conoce a Euclides?

—Conozco a Euclides… —mintió Tur.

—¿Es que usted no conoce a Einstein?

—Claro que conozco a Einstein —gritó.

Hôrn tuvo un arrebato de franqueza.

—Sir —dijo—, temo que este fantasma no sabe una sola palabra de matemáticas.

—Es preciso estar en guardia contra las supercherías de los médiums —aconsejó Winthrop—. Interróguele usted concretamente acerca de algo que no pueda conocer miss Philipson.

Cullingham volvió a interpelar al espectro:

—Como usted ve, mis amigos dudan… La ciencia vacila prudentemente antes de sentenciar. Un espíritu del otro mundo debe saber mucho más que unos simples humanos. Tenga usted la bondad de probarnos su condición sobrenatural.

—Con mucho gusto —otorgó Tur—; ahora voy a hacer…

—¡No…; un momento, un momento! —interrumpió el biólogo—. Si le dejamos producirse a su antojo, puede alucinarnos con cualquier truco preparado ya…

—Míster Tur —habló Cullingham—, no se moleste. Nos bastará con una pequeñita cosa… ¿Quiere usted decirnos cuál es y en qué consiste el método exhaustivo preparado por Eudoxo para calcular el volumen del cono y de la pirámide?

—¡Oh, es demasiado!

—Esto nada más, y creeremos.

—¿Por quién ha dicho usted?

—Por Eudoxo.

Tur se rebullía, azaradísimo; algunas veces llevaba la mano sutil al trocito de niebla de su frente, como si experimentase la sensación de sudar. Comenzó a justificarse:

—Yo soy un fantasma, realmente…; un fantasma… completo…

—¡Pruebas, pruebas! —gruñó Hôrn.

—Eso de Eudoxo… no veo qué interés pueda tener en este momento… ni qué congruencia…

—¡Uuuh! —empezó a hacer míster Winthrop.

—Pero yo no puedo contar a ustedes…

—¡Al grano, al grano! —exigió Hôrn.

Y batió varias veces el suelo con sus tacones, en franca manifestación de repulsa.

—Déjenme hablar de Fop —chilló mistress Currant.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Esto es un truco, un simple truco!

—¡Calma, calma! No podemos desconfiar aún de miss Philipson.

Tur extendió sus tenues bracitos para dominar el alboroto.

—Hablaré de míster Eudoxo —ofreció— y de su condenado sistema, aunque podía hacer ver a ustedes algo más bonito. Pero ahora es imposible. Tengo que hacer en otro lugar…; es muy tarde… Volveré otro día… Palabra.

Todos se pusieron en pie, y cada cual exteriorizaba su parecer a gritos. Entonces Tur debilitóse rápidamente y desapareció.

«¡Bueno! —iba diciéndose mientras salía al exterior, al través de los muros—. En mi vida he pasado mayor vergüenza. Francamente, yo no esperaba que me acogiesen así. Y, sin embargo, parecen buenas personas y, una vez desvanecidos sus recelos, debe de ser muy agradable conversar con hombres de tan elevada mentalidad en aquel gabinetito templado, bajo la suavísima luz roja que tanto nos gusta a los espíritus. ¡Qué bochorno! Nunca supe nada de matemáticas, y ahora… Es preciso borrar esta mala impresión. Me prepararé un poco.»

Buscó entre todos los edificios la Biblioteca Nacional, penetró en ella, eligió varios tratados de matemáticas, los llevó a un desván y estuvo siete días y siete noches estudiando ansiosamente. Sufrió mucho, pero logró prepararse hasta el punto de dar contestaciones discretas. Entonces volvió.

Mistress Currant y los tres sabios se dedicaban con heroica tenacidad a arrojar sobre miss Philipson puñados y puñados de fluido magnético, que iban apañando de sus frentes, de sus parietales, y mistress Currant de todo su cuerpo, porque cuando le pareció que había agotado el que pudiese rezumarle de la cabeza, cogía puñados de aire junto al pecho, cabe el vientre hundido y a lo largo de las piernas, por si había allí algún fluido, y se lo tiraba al rostro a la señorita Elinor con tanta furia como si la apedrease.

Cuando Tur comenzó a siluetarse en la penumbra le acogieron con ahogadas voces de júbilo, y ocuparon ordenadamente sus sillones, como para dar solemne comienzo a una sesión. Sir Cullingham anunció en seguida:

—Míster Winthrop tiene la palabra.

Míster Winthrop avanzó el busto.

—Buenas noches, míster Tur.

—Buenas noches, estimables amigos —contestó con voz alegre—. ¿Qué? ¿Charlamos un poquito acerca del sabio Einstein?

—No se trata ahora de eso —declaró el biólogo—. A mí, singularmente, me sería mucho más agradable cambiar con usted algunas impresiones a propósito del origen de las especies. Usted sabe perfectamente el descrédito

en que ha caído la mayor parte de las afirmaciones de Darwin y la cautela con que es preciso examinar las de Lamarck…

—Bien —propuso, desolado, el espectro—; pero yo preferiría que tratásemos de matemáticas.

—Dejemos hoy las matemáticas…

Tur iba a formular una enérgica negativa, pero le cohibió oír a mistress Currant:

—Me parece que tenemos que habérnoslas con un espíritu burlón.

El biólogo dijo:

—Le confiaré francamente mi pensamiento: creo que el Sol es el que mantiene la vida en la superficie de la Tierra y el que, indudablemente, la ha hecho nacer.

Silencio. Tur había caído en la desesperación.

—Aguardo su respuesta, míster —anunció Winthrop con la misma jactancia que cuando se lanzaba en una discusión con sus colegas.

Tur murmuró:

—Desde luego…, el Sol es una gran cosa…

—Me agradaría mucho que hablásemos sin eufemismos. Para dar ejemplo, proclamaré ahora mismo que yo acepto la hipótesis de Oken, que supone que todos los animales y las plantas han salido de una gelatina primitiva. ¿Qué dice usted a esto?

—Gelatina… —vaciló Tur—. Bueno…; pero ¿gelatina de qué?

—Quiero decir que sin duda las primeras masas vivientes han sido totalmente amorfas y sin límites en sus dimensiones.

—No, no; tenían límites…

—Explíquese usted.

—Pero… ¿Qué es lo que quiere usted saber? Verbigracia, ¿cómo nació la gallina?

—Sea la gallina. Me sería igual que tratase usted de la mosca.

—Es que hay un problema muy interesante. Se suele inquirir: «¿Qué fue primeramente: la gallina o el huevo?»

—Eso es una tontería.

—¿Por qué? Se presta a hacer ingeniosas disquisiciones. Mi opinión, en este caso…

Hôrn bostezó fuertemente.

—¡Qué frivolidad! —exclamó, cuando hubo terminado—. Esta conversación es una vergüenza.

La señora Currant se puso en pie, braceando con ímpetu.

—Déjeme hablar a mí. Fop estará quizá, sufriendo…

—Estoy seguro —bramó el profesor tudesco— de que somos víctimas de un engaño. Este fantasma lo ignora todo.

—Verdaderamente —opinó Winthrop—, esa puerilidad del huevo y la gallina solo puede anidar en el cerebro de una señorita recién llegada de una aldea de Kent.

Sir Cullingham se alzó.

—Míster Tur —dijo—, estamos en la casa de una señora que me ha alquilado unas habitaciones a precios irrisorios para favorecer mis estudios. Por nuestra parte, somos hombres formales que no tenemos tiempo que perder. Si usted no es un fantasma, tenga un rasgo de gentleman y declárelo…

—¡Soy un fantasma! ¡Soy un fantasma! ¡Lo juro, caballeros!

—Entonces —clamó Winthrop—, ¿cómo no contesta usted a mis preguntas? Muchos sabios del mundo entero afirmaban haber tenido conversaciones interesantes con los espectros, y usted no nos ha dicho más que bagatelas.

—Es que yo…

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó Hôrn, indignado.

E introduciendo dos dedos en la boca, prorrumpió en estridentes silbidos.

—Perfectamente —balbució Tur, sintiendo por primera vez en su existencia de fantasma la impresión de que iba a desmayarse—, perfectamente… Ahora tengo otras ocupaciones. Debo marcharme… Pero volveré…, volveré…

Huyó, descompuesto. Corrió a la Biblioteca Nacional, buscó las obras de Lamarck y de Darwin y se ocultó con ellas dentro de un armario cuya llave se había perdido hacía mucho tiempo. Estudió siete días y siete noches. Y volvió al gabinete oscuro de la casa de Currant.

En aquel momento los cuatro espiritistas arrojaban sobre miss Philipson tanto fluido magnético, que, si tuviese densidad, formaría un montón sobre la joven. La señora Currant había ido acumulando magnetismo durante el día en una regadera, y lo vertía lentamente sobre la rubia cabeza de Elinor, a pesar del escepticismo que Hôrn había manifestado acerca de tal procedimiento.

—¡Heme aquí, señores! —anunció alegremente Tur—. ¿Cómo van los ánimos, míster Winthrop? Me complacería mucho charlar media hora con usted acerca de la evolución de las especies.

Winthrop se envolvió en un despectivo silencio.

—Dejemos en paz las especies, míster Tur —habló la vieja dama—. Hemos convenido que sea yo quien me dirija a usted en esta sesión. Quiero

hacerle unas preguntas relacionadas con Fop, al que yo amé tanto. Fop murió hace cuatro meses. Usted es un Kâmarûpa, habita como él en el Plano Astral; seguramente lo conoce. He soñado hace cuarenta días que el espíritu de Fop encarnó en el niño que ha dado a luz la vecina del cuarto piso. Y esta inquietud no me deja vivir. Necesito absolutamente saber si mi sueño fue un aviso certero. ¿Qué puede usted decirme?

—Nada; no sé nada de eso.

—Pero, entonces —protestó mistress Currant—, ¿qué especie de Kâmarûpa es usted? Otros espíritus hablan de todo y facilitan cualquier detalle que se les pida. Indague, al menos. Sea amable. ¿Qué hace ahora Fop? Esto es lo que deseo saber. ¿Se acuerda de mí? ¿Me echa de menos en su nueva existencia? Durante muchos años no nos hemos separado; conservo de su fidelidad el más dulce recuerdo y de su inteligencia una nostalgia inextinguible. En el Plano Astral todos ustedes se conocen. Sin duda, se verán, se hablarán… Es imposible que Fop no llame la atención con su magnífica presencia.

—No lo conozco… No lo he visto…

—¿Quiere usted preguntar?

Tur meditó. Sentía quedarse con su ciencia inédita; pero tuvo deseo de mostrarse servicial.

—¿Cómo es Fop? ¿Quién es Fop? —dijo.

Y mistress Currant contestó dulcemente:

—Un San Bernardo de pura raza.

—¿Un perro?

—El más extraordinario de los perros.

Tur inclinó la cabeza.

—Procuraré complacer a usted, señora.

Dijo, y desapareció nuevamente.

Siete días y siete noches dedicó a recorrer todo el reino. Habló con todos los fantasmas de Londres, bastante desagradables por regla general; especuladores que purgaban sus robos, bebedores de whisky muertos sin confesión y damas fastidiosas que habían consagrado su existencia a escribir novelas blancas. Visitó Escocia, donde moran los espectros más importantes del mundo, lo que pudiéramos llamar la aristocracia de los espectros, y a todos hizo la misma pregunta. Le mostraron algunos canes fantásticos: uno que atravesaba una aldea del País de Gales, con un farol en la boca, todas las noches, a las doce y diez; otro que, aullaba el día tres de enero de cada año, a la misma hora en que había sido asesinada la dueña de un castillo, en tiempos

de María Estuardo, y una jauría demoníaca que seguía al fantasma de un señor irlandés que había incendiado una iglesia. Ninguno era Fop. Cuando Tur volvió a la reunión con la noticia de que se había perdido completamente el rastro del perro de San Bernardo, mistress Currant hizo un mohín de fastidio.

—Este Kâmarûpa —decretó— es una verdadera calamidad. Debiéramos despedir a miss Philipson.

—Señores —declaró entonces sir Cullingham—, ya que es imposible sostener con el espíritu llamado Tur una conversación elevada o simplemente interesante, procedamos a someterle a las pruebas que son de rigor en estos casos.

Acercaron una mesita sobre la que habían preparado masas de escayola y recipientes de parafina, y Tur condescendió a hacer impresiones de sus dedos y de sus manos y a meter un pie en un tubo de parafina en fusión para sacarlo después, dejar que se enfriase la sustancia adherida y escamotear el pie dejando incólume el molde. Esto los entretuvo una hora. Luego decidieron fotografiarle, y le obligaron a colocarse en diversas actitudes. Cuando le dejaron en paz, estaba verdaderamente extenuado.

—No deje usted de venir mañana —ordenó sir Cullingham.

—Lo prometo —contestó Tur.

—Un poco más temprano que hoy, si puede ser. Nos ha hecho usted esperar demasiado.

Al siguiente día Tur fue puntual. Apenas se colocó al lado de miss Philipson, el profesor Hôrn hizo saber a sus compañeros que después de haber leído atentamente varias obras de espiritismo, encontrara en ellas noticias de experimentos bastante curiosos que se proponía intentar en aquella sesión. Uno de ellos, muy conocido en esta clase de pruebas, era el aporte de flores.

—Mister Tur, deseamos que nos traiga usted un puñado de flores.

—Encantado —respondió Tur galantemente, deseando ganar la estimación de sus ilustres amigos—. Perdonen un momento. Vuelvo en seguida.

Con la velocidad que solo puede tener un espíritu voló, vaciló un poco, entró en la primera tienda de flores que encontró en la ciudad y regresó con un brazado de orquídeas. Mistress Currant dio un grito de júbilo y se apoderó de ellas para colmar todos los búcaros de la casa. Hôrn recibió con bastante modestia las felicitaciones de sus compañeros.

—Ensayemos ahora —propuso— algunos fenómenos de levitación. Míster Tur, ¿quiere usted hacer el favor de levantar este mueble?

Se trataba de una pequeña mesa de bambú. El fantasma la alzó ligeramente a un palmo del suelo.

—¿Puede usted suspender en el aire este sillón?

Tur levantó el pesadísimo sillón; y tan satisfechos quedaron todos, que se prestó después a volverlo a levantar estando sentada mistress Currant, y luego con sir Cullingham y, finalmente, con los ciento veinte kilos del profesor tudesco.

La señora Currant exclamó de pronto:

—¿Podría nuestro espíritu mover un peso mayor?

—Podría mover un edificio, mistress —respondió el profesor gravemente.

—¿Quizá trasladar el piano desde mi gabinete a la salita? Hace tiempo que he pensado hacerlo llevar allí.

—¿Ha oído usted, míster Tur? —preguntó Hôrn—. Tenga la bondad de atender a nuestra buena amiga.

Tur fue, seguido por los cuatro investigadores, a la habitación donde estaba el piano. Deslizóse bajo de él, achatándose; hizo un esfuerzo; jadeó, sufrió, empujó… Por un momento temió que la abrumadora mole se le cayese… Al fin, con extrahumanas congojas, logró hacer victoriosamente el traslado.

—¿Dónde lo coloco? —jadeó al llegar a la sala.

—Ahí, en ese rincón… Muy bien… Un poquito más a la derecha… Muchas gracias.

En los días que siguieron a este, los tres sabios y la señora de la casa sometieron a Tur a pruebas de carácter análogo a estas últimas. Le obligaron a tocar los timbres, a buscar objetos escondidos y a levantar pesos. Miss Philipson fue despedida cuando Tur dijo que no hacía falta, y la bombilla roja desapareció. Poco a poco fueron aburriéndose todos. El profesor Hôrn regresó a Berlín, míster Winthrop dejó de visitarlos, sir Cullingham volvió a sus estudios, encerrado en las habitaciones que había alquilado a mistress Currant. El lírico Tur concluyó por quedarse a vivir en aquel modesto piso, esperando hallar un ambiente de espiritualidad entre sus ilustres amigos. La primera persona que abandonaba el lecho lo hallaba ya vagando por los pasillos o contemplando la casa de enfrente por la ventana de la cocina.

Mistress Currant comenzó a pedirle pequeños favores el día en que tuvo que poner en la calle a su criada. Tur vigilaba las cacerolas, llevaba las fuentes a la mesa y manejaba el aparato aspirador del polvo. Mistress Currant no sustituyó a la fámula. Cierta vez rogó a Tur que hiciese otro aporte de flores. Tur obedeció. Desde aquella ocasión tenía el deber de surtir los

búcaros. Los periódicos de Londres comentaron por aquella época los frecuentes hurtos misteriosos que se realizaban todos los días en las casas destinadas a la venta de flores, y excitaron vanamente el celo de la Policía. En una tarde de helada niebla negruzca, sir Cullingham, al que se le había acabado el tabaco y no podía trabajar sin tener su pipa encendida, mandó al fantasma que saliese en busca de un paquete de Navy-Cut. Sin duda, por una distracción propia del sabio, se olvidó de darle el dinero. Tur llegó a la tabaquería, buscó el paquete y voló con él. Iba por el aire pensando:

—Mi situación es realmente triste. Esta gente me trata a veces como un esclavo, a veces como un producto de su laboratorio. Ni me respetan ni me aman. Me acogieron por fría curiosidad científica y me toleran porque se sirven de mí. Estos aportes…, estos aportes… No sé; pero quizá un policía les diese otra denominación.

Siguió subiendo.

—He estudiado un curso de matemáticas superiores, otro curso de biología; me dejé retratar como una cupletista; trabajé como un mozo de cuerda… Y no me estiman…, no se dan cuenta de nada… Creen que he tomado para presentarme no sé qué materia de la señorita Philipson, a la que han dado dos libras por su asistencia; y en el fondo de su alma suponen que con parte de ese dinero me han comprado a mí. Estoy desencantado…, fatigado…, vencido…

Siguió subiendo. Se hallaba ya sobre la niebla que envolvía a la gran ciudad. Alejóse más aún. De pronto advirtió que conservaba en su poder el tabaco. Lo arrojó con un leve mohín de repugnancia.

El paquete cayó sobre el hombro izquierdo del guardia Strong, que velaba por el orden.

El guardia Strong se volvió majestuosamente, detuvo al primer transeúnte que encontró a su espalda y le impuso una multa de cinco chelines.

La carretera

Aquella aparición extraordinaria causó profunda impresión entre los humanos. No obstante, si se pudiese conservar la serenidad suficiente para juzgarla con frío criterio nada tendría de particular dentro del orden de las apariencias.

La verdad es que cuando César Vidal atropelló y mató con el soberbio Lenter que guiaba al humilde vendedor de pucheros de barro, José Cañavate, y a sus tres hijos, estaba en pecado mortal. Quizá no fue de César toda la culpa del atropello, sino de los tres cocktails de ginebra con que se habría prevenido contra la humedad antes de abandonar el pueblo. Debe decirse también en honor del experto mecánico que si exterminó a los cuatro Cañavates fue precisamente por prestar oídos a las voces de su propia clemencia. Un hombre de corazón endurecido no habría matado en aquella ocasión más que a dos Cañavates. César Vidal los aplastó a todos por exceso de sentimentalismo. Al aparecer el automóvil en la curva, rugidor y magnífico, esa estrecha solidaridad que debe existir en una familia, aun para caminar por las carreteras, falló en la del ollero. Después de una breve contradanza, en la que todos se tropezaron. José cogió en brazos a su hijo menor y se apartó hacia la derecha, mientras los otros dos rapaces corrieron hacia la izquierda. Vidal pensó fulminantemente: «Voy a matar a alguien. Pero ¿a quién?»

Escribo para gente distinguida y tengo la seguridad de que todos mis lectores saben por experiencia lo difícil que es hacer una elección cuando se ofrecen varias víctimas y se marcha a ochenta kilómetros por hora. Por regla general, se prefiere la que nos desvía menos de nuestro camino, y si hubiese seguido esta ley del menor esfuerzo, Vidal solo mataría a los dos niños. El automóvil estaba ya encima de ellos, cuando César pensó que era una pena destruir aquellas vidas en brote y que la indignación pública contra él sería menor si laminaba al ollero, que ya estaba visiblemente envejecido y pachucho. Viró con rapidez; aniquiló por la parte posterior del coche a la

pareja fraternal, y una milésima de segundo más tarde estaba reducida a pasta la otra pareja.

Indócil y como enloquecido, envuelto en polvo, el Lenter montó la cuneta, se inclinó sobre el talud, dio tres vueltas de campana, tronchó un árbol, echó un poquito de humo, como si exhalase el último suspiro, y se quedó quieto. Cuando esto ocurrió, César Vidal tenía la cabeza como un higo y el volante dentro de los pulmones.

Antes que la nubecilla de humo escapada del motor se hubiese disuelto, el alma del chófer la alcanzó, la atravesó y siguió su camino hacia el cenit, temblorosa aún, invadida de un estupor que la hacía indiferente al bello panorama que podía contemplar desde la altura. Un instinto misterioso o una rara atracción la orientaban. Llegó a una amplia estancia, en la que unas sombras grises se movían en una luz de crepúsculo, y entró. Sería imposible decir si fue un año o un segundo el que permaneció replegada en sí misma cerca de la pared blanca y suave, como si estuviese hecha de nubes. Una voz pronunció su nombre, y el espíritu de César Vidal aproximóse.

—Tienes un expediente lamentable —le dijo, mirándole compasivamente, un anciano, alrededor de cuya cabeza fulgía un nimbo de oro—. ¿Qué has hecho en la Tierra?

—Correr —murmuró el espíritu atribulado de César.

—Y ¿para qué correr? —preguntó otro anciano en torno a cuyos cabellos lucía una aureola de plata.

—No sé —contestó el espíritu—. Todos corrían… Era preciso correr siempre… Había una superioridad en correr más que nadie y todo el tiempo…

Un tercer anciano, con un sutil círculo de cobre suspendido sobre su cabeza, habló:

—Has matado con tu coche a quince personas, has perniquebrado a otras diez. ¿Cómo te justificas?

—No he querido hacer mal…

—¡Visto para sentencia! —pronunció el primer juez, y las tres blancas cabezas se unieron en un breve conciliábulo.

El espíritu de Vidal viose transportado poco después a un departamento extensísimo, que le recordó vagamente la guardarropía y almacén de trastos de un teatro terrenal. Colgados en perchas innumerables, sudarios y sábanas blancas rayaban con sus pliegues inmóviles la pared; un montón enorme de cadenas oxidadas se alzaba en un rincón, y una verdadera muchedumbre de espectros iba y venía entre los cachivaches esparcidos por el suelo y los maniquíes que sustentaban ropas de todos los tiempos y de todos los colores.

Algunas sombras que llegaban con una horrible expresión de cansancio en el rostro temible se desvestían silenciosamente; otras ceñían a sus cuerpos ingrávidos los blancos lienzos o se alejaban arrastrando los pesados eslabones cogidos al albur en el montón inagotable. El guardián acercóse a Vidal:

—Estás destinado a la sección de fantasmas.

César calló.

—Durante dos siglos has de recorrer la carretera donde causaste más víctimas, noche por noche, sin más descanso que el día de Natal. Servicio: desde las doce en punto hasta el alba. He aquí tu coche.

El espíritu protestó, acongojado:

—Dejadme ir a pie; eso no se ha visto nunca. ¿Por qué se me obliga al horror de guiar el espectro de un «auto»? Todo yo estoy lleno de la fatiga de mi existencia anterior. Dejadme ir a pie. Recorreré los senderos, y alguna vez me sentaré en un bosque, al pie de un árbol, en la paz de las tinieblas. ¿Cuándo han podido contemplar los humanos un automóvil fantasma? ¿Por qué se idea para mí un castigo sin precedentes? Seré el fantasma más espantoso que haya habido nunca, y los hombres me execrarán.

—¡Oh! —exclamó, deteniéndose, un guerrero que llegaba a devolver su lanza—. ¿Crees que es eso más extraordinario que galopar sobre un caballo pío por las llanuras de Castilla? ¿Por qué se me obliga a montar a mí a caballo? Sin embargo, hace nueve siglos que salto sobre la silla al sonar la primera campanada de las doce para ir de uno a otro lado por la provincia de Valladolid. Tu automóvil, ¿merece más piedad que mi cabalgadura?

—Elige tu sábana —terció apremiante el guardián.

Y César se encontró sobre su Lenter en el kilómetro primero de la carretera. Apretó la bocina, que lanzó un aullido estremecedor; movió una palanca y se lanzó a ciento veinte por hora sobre la polvorienta superficie.

Pocos días después, el señor Brey, dueño de la fábrica de automóviles que llevaba su nombre, conferenciaba con Dupont, el famoso corredor de la casa. Acomodados en el alféizar discutían con breves frases sopesadas las ventajas que podrían obtenerse de una nueva modificación del capot. La fábrica estaba silenciosa; la noche era extrañamente profunda y densa. En la arena del jardín brillaba aún la punta del cigarro arrojado por el millonario.

Los estremeció bruscamente el largo clamor de una sirena, dolorido y terrible como el de un monstruo en la agonía; una lívida claridad apareció en el recodo de la carretera, y el campo se iluminó en aquel cono de luz satánica que parecía dar a todo el matiz de la muerte. Apareció entonces, veloz, silencioso, como si no rozase la tierra ni precisase motor, un coche largo y

negro, sobre el que flameaba la larga vestidura blanca del chófer, un esqueleto contraído hacia el volante. Pasó. Aulló en la otra curva. Desapareció. Los dos hombres permanecieron callados.

—Es un Lenter —dijo el señor Brey.

—Un Lenter de turismo —corroboró el mecánico—. Es el coche fantasma del pobre Vidal.

—¿Lo ha visto usted más veces?

—Otras dos.

—Yo también. Todas las noches corre por esta carretera.

El señor Brey se retiró de la ventana y comenzó a pasearse por su despacho.

—He calculado que hace cada jornada unos mil kilómetros; no se para jamás; no tiene una avería…; es un verdadero record de resistencia, Dupont.

—Ciertamente, señor.

—Y de velocidad.

—Sin duda.

—¿Qué dice usted a eso, Dupont?

—Digo que es un coche fantasma.

El señor Brey reanudó sus paseos con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre los riñones.

Al fin se detuvo para descargar un puñetazo en la mesa.

—Pues yo aseguro, Dupont, que estoy avergonzado de que ese coche, por espectral que sea, bata a nuestros Breys. ¡Un Lenter, un cochino Lenter! ¡Es un reclamo portentoso de esa inmunda marca, Dupont!

—Así es, señor; los Lenter han vendido mil coches más en la última semana.

—¡Qué asco, Dupont; qué asco!

—¡Qué asco, Dupont; qué asco!

El señor Brey continuó su gimnasia por la habitación. Súbitamente se detuvo ante el as y le puso una mano en el hombro.

—Si usted quisiese, Dupont… Ese César Vidal nunca ha podido competir con usted…

—Un aficionado —desdeñó el corredor.

—Si dispusiésemos de otro coche fantástico…, de un Brey fantástico…

—Haríamos mil doscientos kilómetros en el mismo tiempo, señor.

—Entonces…

—Entonces me alegro de que piense usted así. Yo estoy también avergonzado…

Ustedes recordarán la catástrofe de la feria de San Justo. El as del volante, monsieur Dupont, guiando un Brey de turismo recién salido de la fábrica, atropelló a cuarenta personas, metiéndose entre la multitud, y se estrelló después contra un muro. Se creyó que el mecánico se había vuelto loco; pero la verdad solo el señor Brey la conoce.

Desde entonces, cualquiera puede ver los dos fantasmas devorando la carretera en una competencia implacable y diaria. El Brey lleva batidos todos los records del Lenter.

El fantasma

I

Teófilo Arnal estaba profundamente desesperado.

—¡Por cinco minutos Tomás! —repetía—. ¡Por cinco minutos de charla con el imbécil de Veloso he perdido una fortuna: la ocasión de hacerme rico, que no volverá jamás! ¡Es para matarse, vaya!

La verdad es que Tomás Capulino se moría de sueño, porque la una de la noche había sonado ya y no era él hombre que estuviese habituado a tan larga vigilia. Es preciso decir que Arnal le había contado ya dos o tres veces la historia de su desgracia hasta en los más pequeños detalles, y que, a pesar de sus bondadosos sentimientos, no experimentaba la menor necesidad de oírla referir nuevamente. Sin embargo, murmuro:

—¡Horroroso! ¡Horroroso!

Nada podría reprocharse al tono compungido con que Tomás pronunció estas palabras, ni a su gesto de apesadumbrada condolencia, ni a su actitud cavilosa. Ningún psicólogo sería capaz de comprender que el excelente hombre, mientras expresaba así su pesar, mantenía una denodada lucha por reprimir un bostezo. No obstante, era verdad. Capulino sentía que este bostezo pugnaba por separarle las mandíbulas. Cuando advirtió los primeros síntomas, pensó:

«Podré reprimirlo. No quiero que Teófilo crea que me aburren sus quejas.»

Después, cuando el bostezo le entreabrió los labios, se dijo:

—¡Señor, qué inconveniencia!

Y redobló su disimulo. Pero bruscamente, el bostezo adquirió una fuerza extraordinaria. Abrió en toda su magnitud la boca de Capulino y precipitó una tromba de aire en sus pulmones con estrépito incontenible. Hinchó el pecho, rugió en la garganta, agitó los brazos e hizo acudir lágrimas a los ojos. La amable corrección de Capulino se sintió arrollada, como una llanura sobre la que se rompe un dique. Tuvo aún presencia de ánimo para confesarse:

—¡No puedo!… Es más fuerte que yo.

Y se rindió al voluptuoso desperezamiento.

Al recobrar su dominio, Tomás reconoció que debía borrar con solicitud aquella descortesía, y facilitó a Teófilo la ocasión de narrar por cuarta vez lo ocurrido.

—No comprendo —gimió— cómo pudo suceder todo eso.

—Pues velay. Si por la mañana, al pasar ante la Administración de Loterías, hubiese llevado dinero, el billete sería mío. Me detuve y anoté el número. Adiviné, que era una corazonada y me apresuré a salir de casa después de almorzar para que nadie se anticipase a comprarlo. Tres metros antes de la Administración oigo una voz: «¡Eh! ¡Arnal! ¡Arnal!» Era Veloso, a quien Dios confunda. Nos saludamos. Te juro, Tomás de mi alma, que toda nuestra conversación se redujo a lo que vas a oírme: «¡Tanto bueno!», exclamó él. «¡Amigo Veloso!», grité yo. «¿Y que dice el hombre?» «Pues nada. ¿Qué hay por ahí?» «Ya ve usted.» El me miraba sonriendo, clavado en la acera y golpeando ligeramente el suelo con su bastón. Entre frase y frase abría una pausa. «De modo que dando una vueltecita, ¿no?» «Sí, señor.» «No hay más remedio.» Yo callé. «Bueno, hombre, bueno; pues… no se venda usted tan caro.» Me dio una palmadita en el pecho. «Adiós, amigo Veloso.» «Se le saluda», contestó. Dime, por tu alma: ¿has oído algo más idiota en toda tu vida? Pues para decir estas frases sin interés y sin sentido me detuvo cinco minutos ese monstruo e impidió mi felicidad, porque cuando entré a comprar el billete me informó el lotero que lo acababa de vender a un individuo con quien me crucé en el umbral. Y hoy leo el periódico, y helo aquí: el mil cuarenta y cinco se ha llevado el premio mayor.

—¡Horrible! —gruñó Capulino desde la frontera del sueño—. Pero yo, en tu caso, dejaría con su estúpida palabra en la boca al bueno de Veloso, y…

—Querido Tomás, considera que yo no podía prever que mi suerte dependía de aquel breve diálogo.

—Es verdad.

Habían llegado al cruce de dos calles.

—¿Por dónde vamos?

—Es igual.

Siguieron al albur: Teófilo, hablando enardecido; Tomás en lucha con otro bostezo, que se anunciaba más poderoso y desaforado que el anterior. Una motocicleta se acercó, detonante y rápida. Arnal confiaba entonces este acongojado presentimiento a su entrañable amigo:

—Siempre seré un hombre de poca suerte, Tomás.

Calló, porque esperaba oír de labios de su acompañante frases de bondadosa condolencia, o, lo que era más probable, una alentadora oposición a tal pesimismo, y esto le proporcionaría el amargo placer de insistir en sus predicciones. Capulino abrió, en efecto, la boca; pero, en vez de las frases previstas por Arnal, exhaló un gemido y se lanzó tan violentamente sobre su camarada, que ambos rodaron por el suelo, aturdidos y apelotonados.

Cuando comprendió lo que había ocurrido, Arnal se puso en pie y corrió tras la motocicleta que huía:

—¡Canallas! —vociferaba—. ¡Bandidos!

Otro transeúnte, testigo del atropello, agitaba su bastón desde el borde de la acera.

—¡Canallas!

Y Capulino, sentado en las losas, se entregaba a lamentaciones de mayor trascendencia.

—¡Aquí no hay Ordenanzas, ni Policía, ni Ayuntamiento! ¡No le importa a nadie la vida de un ciudadano! ¡Asesinos!

Teófilo acercóse a él:

—¿Te has hecho daño?

—Me parece que no —dijo, sin gran convencimiento.

Y un minuto después continuaban su marcha, limpiando a la vez con las mangas de las chaquetas los sombreros, que habían rodado por el arroyo.

El incidente aumentó el mal humor de Arnal.

—Me gustaría que reconocieses —dijo a su amigo— que la vida es estúpida, y que el papel que los hombres desempeñamos en este mundo no puede ser más absurdamente triste. Hay un dios terrible que se burla de nuestros esfuerzos y que nos hace caminar incesantemente sobre escotillones que obedecen su voluntad caprichosa. Este dios de poderío inesquivable es el azar. Mientras no escalemos el Olimpo en que se esconde, mientras no podamos conjurar a abandonar para siempre este planeta, a renunciar a sus maleficios, la marcha del género humano hacia la felicidad será como el caminar de un ciego. ¿De qué vale que un hombre oriente su vida hacia un ideal si la casualidad puede destruir en un momento la labor de su perseverancia? En la historia de los pueblos ha intervenido más que nada el azar, y la vida de los individuos no es sino una serie de sucesos casuales, casi siempre sin conexión con sus propósitos, y muchas veces antagónicos a estos. Edifica una ética, y la verás derribada por una cabriola del azar. Organiza una existencia, encarrila un esfuerzo, y cuando crees que todo va a realizarse

conforme a las conclusiones de la lógica, el azar te ofrece un resultado incongruente. ¿Es esto serio?

—No, no es serio —asintió el amable Capulino.

—¿Encomendarías a un prestidigitador la dirección de un Banco? Las gentes se reirían de ti y se guardarían de acudir a tus oficinas. Pues la realidad de nuestro vivir cotidiano está encomendada a una especie de prestidigitador, que se encarga de escamotear los efectos razonables y de intercalar causas disparatadas. ¿Qué ocurriría si una línea recta pudiese, de repente, ser curva, y si dos y dos, porque sí, se empeñasen a veces en ser ocho? Las ciencias se apresurarían a declarar que les era imposible seguir subsistiendo mientras semejante informalidad persistiese. Sin embargo, la vida está a merced de absurdos mayores, hasta tal punto que el último ser que tiene potestad sobre el destino de un hombre es este mismo hombre. El azar le trae, el azar le lleva, le descompone, le aniquila o le enriquece y le encumbra; le hace donación arbitraria del mal y del bien, de la alegría y del dolor. El azar ha impedido que yo fuese hoy poseedor de una fortuna. Ese imposible lógico de que un hombre detenga, para hablarle, a otro hombre a quien nada tiene que decir y del que nada espera escuchar, se ha realizado para que yo no comprase el billete. Cuando vacilamos en la encrucijada, era igual para nuestros fines seguir la calle de la derecha o la de la izquierda. La lógica nos decía: «Tanto da: por cualquiera de ambas vías llegaréis a vuestro destino.» Pues no era así. Si hubiésemos seguido la calle de la izquierda, no nos habría atropellado la «moto», que bien pudo matarnos, poniendo un estúpido fin a nuestra historia.

—Sería horrible.

—Sería imbécil. El azar es imbécil. No nos permite seguir nuestras normas, destruye las previsiones de apariencia más inconmovible…; por culpa de él no hay hombre al que pueda considerarse, en justicia, como responsable de sus actos. Al presentarnos al juicio final, todos podremos decir: «Yo quise hacer esto o lo otro, y no lo hice; pero mientras se consienta que la casualidad ande urdiendo diabluras por el mundo adelante…, me lavo las manos.» ¿No crees que la vida sería mucho mejor y la felicidad más asequible si desapareciese el azar con todas sus complicadísimas contingencias?

—Creo que sí.

Callaron. Arnal puso un ruidoso colofón a su discurso pegando una patada a una lata de conservas vacía, que dio quince o veinte saltos estrepitosos sobre las piedras. Después el hombre, descontento, se abismó en una silenciosa meditación. Y en ella encontró nuevas ideas.

—Es curioso observar —dijo— que los hombres apenas han intentado la lucha contra estos fenómenos. La Humanidad está obsesionada por el pensamiento de la muerte, y se preocupa de la vida menos de lo recomendable. Es muy frecuente el caso de dos personas que se comprometen con reciprocidad a avisarse, muerta una de ellas, de si hay o no hay una persistencia del espíritu, una vida ulterior. Este pacto me ha parecido siempre despreciable. Jamás molestaría a un fantasma para que viniese a hacerme confidencias de esta índole. Al fin, todos hemos de enterarnos de lo que suceda después, porque todos morimos. En cambio, a nadie se le ha ocurrido prevenirse por un medio análogo contra el azar…

Se detuvo, hizo más vehemente su voz y agarró el brazo de su amigo.

—Escúchame, Tomás. He aquí una magnífica idea. Tú y yo somos dos excelentes camaradas, y poseemos la seriedad suficiente para cumplir un compromiso que determinemos por nuestra libre voluntad. Te voy a proponer un estupendo negocio. Tomás, óyeme bien: ¿te molestaría mucho presentarte a mí después que murieses?

—¡Hombre, por Dios! Tendría mucho gusto —afirmó cumplidamente Capulino.

—Fíjate, Tomás. ¿Estás perfectamente despierto?

—Sí; lo noto en el sueño que tengo.

—Bien; presta atención. Vamos a jurar que el que de los dos fallezca primero vendrá a ser guía del otro, su protector incansable contra todas las asechanzas de la casualidad, el que lo aparte de la desgracia imprevista, del insospechable factor hostil, y si esto es posible, el que le advierta los errores y le vaticine el dolor o el engaño que haya al final de la senda que siga; el que, en fin, libre a la razón del que sobreviva de alucinaciones funestas… ¿Quieres?

—Quiero.

—Si yo muriese antes que tú, mi espíritu no te abandonaría nunca.

—Caramba, Teófilo, qué exageración! —gruñó Capulino un poco preocupado—. No me gusta imponer sacrificios a nadie… Bastaría con que jurase yo…

—No; es un pacto recíproco.

Arnal arrastró a su amigo hasta las gradas de la catedral que proyectaba una sombra inmensa sobre la plaza. Descubriéronse.

—Repite estas palabras: «Por la eterna salvación de mi alma, juro…»

—Juro…

—… que si muero antes que Teófilo Arnal…

—… Arnal…

—… mi espíritu…

* * *

Cuando el juramento terminó se miraron sonrientes.

—Por supuesto —insinuó el incrédulo Capulino— que esto me parece una tontería.

—¡Ay! —suspiró Arnal—. Pienso lo mismo. ¡Qué enorme pena! Uno de nosotros podría ser feliz si nos fuese dado el cumplir nuestra promesa.

II

Abrió el estuche y mostró la pulsera a su amigo.

—¿Qué te parece, Tomás?

Tomás se inclinó para contemplar la alhaja, decidido de antemano a declarar que era magnífica. Entre los atentos rostros de los dos hombres vino a interponerse una cabeza juvenil, de pelo rizoso. Probablemente, absortos en los graves pensamientos que la pulsera les suscitaba, ninguno de ellos hubiese advertido la proximidad del tercer admirador de la joya si Arnal no sintiese de repente la sensación de una quemadura en una pierna.

—¡Petrilla! —gritó—. ¿Quieres tener cuidado? ¡Me has echado dos reales de café hirviendo en un muslo!

La propietaria de la cabeza juvenil de pelo rizoso, Petrilla, la hija de la patrona que hospedaba a Arnal, sonrióse y se alejó suspirando del grupo.

—Pero —gruñó Arnal— ¿por qué te vas sin llenarnos las tazas?

Petrilla regresó, aún más enrojecida. Entonces, Teófilo continuó instruyendo a su amigo.

—Debes ponerte el chaquet. Te esperan esta tarde, a las cinco… Es muy fácil; no creo que debas estar muy preocupado…

—Sin embargo —objetó Capulino—, tú sabes que carezco de dotes oratorias…

—Querido Tomás, tiemblo ante la sospecha de que se te haya ocurrido pronunciar un discurso. La mano de una muchacha se pide con media docena de palabras. Júrame que no intentarás excederte.

—No podré. Comprendo que debiera hacer tu panegírico, pintar el cuadro de la felicidad que espera a tu prometida…; pero no podré. Soy demasiado

tímido…

—Bendita sea tu timidez… ¡Petrilla!… ¡Gran Dios! ¿Qué te pasa hoy? Estás echando café en el azucarero. ¡Oh, es terrible! ¿Cuándo tendrá uno su propia casa para no presenciar estas abominaciones?

La joven huyó, llorosa, y poco después, apretando fuertemente entre sus dedos el estuche de la pulsera, preocupado con la idea de que le fuese robada, el bondadoso Capulino marchó a enfundarse en su chaquet.

A decir verdad, la ceremonia fue más sencilla de lo que él había imaginado. Los padres de Juana, la prometida de Teófilo Arnal no hicieron de él gran caso. La madre lloró; después comentó la dificultad de encontrar casas desalquiladas; luego volvió a llorar, asegurando que nadie quería a su hija más que ella, y, por último, repitió tantas veces, dirigiéndose a Tomás: «¡Ustedes no saben lo que es ser madre!», que Tomás se creyó en el caso de dejar caer la cabeza sobre el pecho y suspirar profundamente, como para demostrar así su humillación y su vergüenza ante tal incorregible ignorancia.

Aquella noche ocurrió un suceso fatal. Los dos amigos fueron invitados a comer en casa de la novia. Juana deleitó a su prometido con las delicadezas de su corazón enamorado. Desde luego, se opuso a casarse con indumentaria de viaje. Exigió el traje blanco, el largo velo, un montón de azahar y un complicado ceremonial religioso. Después insinuó sentimentalmente la necesidad de que se obtuviese una fotografía de la boda, para ser publicada en las grandes revistas. Su tierno afán surgió en este punto una perplejidad. ¿Sería preferible el retrato al salir del templo? ¿O acaso en el momento de la bendición, arrodillados ante el cura, entre los padrinos? Teófilo la escuchaba íntimamente feliz, deduciendo de cada preocupación de la novia esta seguridad encantadora:

—¡Cuánto me quiere, Señor; cuánto me quiere!

Y fue después, unos minutos antes de abandonar la casa, cuando sucedió la escalofriante tragedia. ¡Oh, aparentemente, un hecho trivial, un detalle baladí, y, sin embargo…!

He aquí lo que fue:

El padre de Juana repartió unos cigarrillos. Teófilo Arnal recordará siempre que eran unos cigarrillos de boquilla de cartón que sabían horrendamente, y también que tuvo, a la primera chupada, la sospecha de que estaban hechos con colillas de puro. Pero esto apenas tiene importancia. El caso es que el padre de Juana repartió unos cigarrillos. Y después frotó un fósforo. Con este fósforo encendió su tabaco, hizo ascua en el de Arnal y también en el de Capulino. Capulino se inclinó, torció un poco sus ojos, como

si mirase la punta de la nariz, pero en realidad para observar el extremo de su cigarro, tosió y dio las gracias con un movimiento de cabeza.

Sonó un grito.

Arnal, pálido, puesto en pie, contemplaba aterrado a su camarada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el dueño de la casa.

—¿Qué ocurre? —inquirió la hija.

Arnal escondió el rostro entre las manos, como para huir de una visión horrible.

—¡El tercero! —balbució—. ¡Ha encendido el tercero con la misma cerilla!

Todo el mundo sabe que en los países civilizados se ha descubierto, hace algunos años, que aquel que prende fuego a su pipa, a su puro o a su cigarrillo con un fósforo que ya han utilizado otros dos, es condenado a morir por un destino misterioso y reciente que no perdona jamás. ¿Qué secreto se oculta tras esta fatal condenación ineludible? Nadie lo ha podido investigar. Ciertamente, el hombre camina entre tinieblas, y es en vano que se esfuerce en rasgar sus velos. Nunca, nunca, por mucho que las ciencias progresen, por grandes que sean las brechas que abra la filosofía en el muro que nos separa del más allá, podrán saber los humanos por qué hay un dios terrible al que irritamos por volcar un salero, o al hacer dar vueltas a una silla sobre una pata, o al romper un espejo; nunca sabremos por qué nos ofrece una alegría si vertemos el vino ni por qué castiga con la muerte al tercero que encienda con una misma cerilla su tabaco. Es horrendo, pero es así, y no puede negarse que muchos sabios que palidecen al ver un tuerto, y que por nada del mundo saldrían a la calle con el pie izquierdo, se verían en un grave apuro si tuviesen que explicar científicamente su conducta.

—¡Pobre amigo mío! —exclamó Arnal después de un impresionante silencio.

Y tendió sus dos manos a Tomás, como para despedirse de él definitivamente.

—¿No existe ningún conjuro contra ese maleficio? —indagó, alarmada, la señora.

—Temo mucho que no —gimió Arnal—; yo no conozco ninguno.

—Es bueno tocar madera —insinuó el futuro suegro—. Quizá en este caso sea también recomendable.

Capulino frotó suavemente el respaldo de una silla; acarició después el metal de un llavero, por expresa recomendación de Juana. Y sonrió. Verdaderamente, no parecía muy conturbado. Al salir, tatareó un cuplé.

Arnal, que le contemplaba con inquietud, le acompañó hasta casa, le abrazó fuertemente y le dijo:

—Tomás…, ya sabes, si algo ocurre, dónde estoy yo.

* * *

Dos días después, Capulino guardó cama, y murió de pulmonía doble.

Teófilo le cuidó, le lloró y se vistió de negro para llevarle al campo santo. Su dolor fue profundo. Un mes más tarde, este dolor se había dulcificado un poco. Puede asegurarse desde luego que, pasados dos meses, cierta noche en que Arnal se acostó rendido de haber acompañado a su futura en las visitas a todas las tiendas de la ciudad, nuestro hombre no se acordó para nada del difunto.

Leyó un periódico, apagó la luz y se estiró voluptuosamente en el lecho. Rectificó varias veces su postura; optó, en definitiva, por abrazar la almohada, y se dispuso a dormir con una sonrisa de felicidad en los labios.

Desde la linde del sueño le pareció oír un ligero ruido en su alcoba. Escuchó. Indudablemente, alguien movía una silla de un lado a otro. Sintió caer al suelo un pantalón y el sonido de las llaves al batir, al través del bolsillo, en la madera. Incorporóse bruscamente y encendió la luz. Nadie había en la estancia.

«Seguramente he colocado mal la ropa», comentó.

Y tras acomodarla mejor, zambullóse otra vez entre las sábanas y llamó nuevamente al sueño.

Pero entonces oyó un leve carraspeo cerca de él, y tras un silencio advirtió que se abrían, chirriando, las puertas del armario.

—¿Quién anda ahí? —murmuró con la voz enronquecida y un calofrío de miedo en todo él—. ¿Quién anda ahí?

Y otra voz cauta y sigilosa dio la respuesta:

—¡Soy yo!

—¿Quién?

—Yo… Tomás Capulino.

Los cabellos de Teófilo se erizaron. Permaneció sin hablar, soliviantado en el lecho, inmovilizado por el terror. La voz misteriosa agregó, confidencialmente:

—Hace treinta o cuarenta días que ando detrás de ti… No sabía cómo avisarte sin que te alarmase demasiado… Pero esto no podía durar. En fin…, ya está hecho.

Lentamente, ante los ojos espantados de Arnal, fue dibujándose en las sombras una vaga silueta fantástica.

La bondadosa cara de Capulino sonreía en ella apaciblemente a su amigo. Teófilo indagó, tembloroso:

—¿Qué quieres de mí?… ¿Deseas unas misas?

—Gracias; aún dispongo de algunas. Vengo a cumplir mi juramento, amigo mío.

—¿Qué juramento?

—El que recíprocamente nos hicimos ante la catedral.

—¡No valía la pena de que te molestases, Tomás! Aquello no fue más que una locura.

—Tal creo —suspiró el fantasma—, pero ni tú ni yo podremos evitar sus efectos. Mientras vivas tendré que seguir tus pasos y apartarte del peligro con mis consejos y guiarte hacia la felicidad que es dado disfrutar sobre la Tierra.

—Tomás —aseguró Teófilo, inquieto por aquellas palabras—, puedo jurarte que no es mi intención tenerte siempre a mi lado. Si yo pudiese suponer… Quedas relevado del compromiso—… Te lo digo de corazón. Puedes marcharte para siempre, Tomás. Buenas noches.

Pero el fantasma movió melancólicamente la cabeza y se sentó a los pies de la cama.

—Es inútil. Lo hecho, hecho está. Ahora…, hablemos. Vengo a librarte de una desdicha.

Arnal destapó la cara, que había ocultado bajo el embozo. El espectro siguió:

—Vas a casarte, Teófilo, dentro de un mes. Hoy habéis ido a comprar el menaje de cocina. Lo sé. Sin embargo, es preciso que riñas para siempre con Juana.

—Con Juana. Si te casases con ella, jamás serías feliz.

—Esto no puede ser más que una pesadilla.

¿Quién mejor que mi propio corazón puede vaticinarme ese futuro? Si tú lees en él, sabes que adoro a mi prometida, que es mi otra mitad, que el Destino nos ha juntado prodigiosamente, y que si no la hubiese podido encontrar, no amaría a ninguna otra mujer en el mundo. Nació para mí, como yo nací para ella, y no habrá fuerza que nos separe.

El espectro contestó sosegadamente:

—Nada de eso es verdad, sino sugestión de tus sentidos. Es ridículo que imagines que cada ser tiene su pareja de antemano elegida, como en un rigodón de la corte. Y en cuanto al destino que la acercó a ti, no fue más que

un viaje en ferrocarril. Recuerda que no iba ninguna mujer joven más que ella en tu departamento. Charlasteis. El viaje era largo. Entre su padre, su madre, un militar y tres comisionistas, Juana tenía un relieve encantador. Cambiasteis las novelas que ibais leyendo, las comentasteis después. Tú, en los viajes, tienes cierta tendencia sentimental. Hablasteis de amor. Ella te miraba largamente. Pensaste con vanidad. «La he conquistado.» Y te dejaste conquistar. Si en vez de Juana fuese otra mujer joven y bonita, coqueta y locuaz en tu departamento, tú me dirías ahora que era ella la que el Destino había creado para ti, y ni aun sabrías acaso que Juana existiese. Todo fue obra del azar.

—Aunque así sea, Juana es hermosa, es inteligente, me ama…

—No es fea, pero es artrítica. Engordará, tendrá manchas en la piel. Sus hijos serán débiles. Esto te acarreará muchos disgustos. No es inteligente. Sabe apenas cuál es la última moda y que no debe dejar mojar el plum-cake en el té. En su amor entra, en un cincuenta por ciento, la necesidad de casarse. Dile mañana que no te puedes casar, y su pasión se apagará súbitamente.

—Aunque fuera así… ¡la quiero!

—La quieres. Pero la patrona de la casa de huéspedes en que vives tiene cierta responsabilidad en ese amor. Hace quince años que vives solo. Te aburre tu soltería; experimentas la necesidad de crearte un hogar, de tener tu casa; sucumbes, sin saberlo, a un instinto; la especie tiene ordenaciones a las que es casi imposible resistir. A ti, la especie te manda enamorarte y matrimoniar.

—¿Y por qué no hacerlo?

—Hazlo; yo te lo aconsejo también. Pero no con Juana. Hay una mujer así mismo joven, aún más guapa, que te adora ciegamente desde hace tiempo…

—¿Quién es?

—Petrilla.

—¡Petrilla! ¿La hija de…?

—La hija de tu patrona. Es buena, es sana de alma y cuerpo tiene un caudal inagotable de ternura en su corazón. Ella te hará feliz. Lo sé y te lo digo.

Hubo un silencio. La voz de Arnal sonó, al fin, encolerizada.

—Tomás, ¿sabes lo que te respondo? Que tu conducta es indigna de un espectro. Así: ¡indigna! Que te debía dar vergüenza venir a asustar a un antiguo amigo, al que fue el mejor de tus camaradas, para instarle a deshacer una boda con una muchacha distinguida y tratar de casarlo casi con una criada. Esto es lo que te respondo, Tomás. ¿Qué diría de mí la gente? No

vuelvas a hablarme de semejante asunto. Me casaré con Juana, con Juana y con Juana. ¿Lo oyes? ¿Qué es lo que tienes que decir de Juana? ¿Que padece artritismos? Pues… ¡viva el artritismo!

—Yo te he aconsejado, Arnal…

—¡Lárgate!

—Después no quiero oír tus quejas…

—¡Lárgate he dicho!

Y Arnal lanzó violentamente la almohada contra el espectro. La almohada fue a caer lejos; el espectro se desvaneció. Teófilo envolvióse en las sábanas, refunfuñando, y toda la casa quedó inmovilizada en la sombra y en el sueño.

III

El conde de Casa-Perezgómez, después de la presentación, le tendió sus fláccidos dedos.

—Entonces, ¿es usted pariente de la señora de Arnal, que falleció hace dos meses?

—Soy su único sobrino.

—Excelente señora. La he tratado mucho. Gran espíritu, gran distinción…, preciosas fincas. Tenía un monte de caza en Soria.

—Se lo legó a un hospicio.

—¡Hermoso rasgo! Hace falta sostener los hospicios. Los hospicios son necesarios para acabar con la chusma. Todos los niños que ingresan en ellos mueren cristiana y decentemente. Mi familia protege también un hospicio en la provincia de Madrid. Es un hospicio singular. Hay en él un chiquillo que cuenta ya tres años. Caso único. Nadie se explica cómo vive. Han venido médicos de Alemania y de Francia a verle, y han escrito sensacionales memorias.

Chupó un puro inmenso y aventuró con solicitud:

—Confío en que, a pesar de sus tendencias filantrópicas, su tía de usted no le habrá desheredado.

—No…, algo quedó… Unos cien mil duros…

—¡Pchs! Poca cosa para estos tiempos, ¿verdad? Al cinco por ciento, apenas hay para mal vivir. Pero, naturalmente, usted negociará…

Teófilo Arnal hundió la cabeza entre los hombros.

—Debo confesar que entiendo tan poco de finanzas…

—Sí; antes era la moda. Nuestros padres y nuestros abuelos creían que la holganza era un elemento de distinción. Arrendaban sus tierras por cuatro cuartos y se dejaban robar por los administradores. La vida no tenía las exigencias de hoy. Hoy, un hombre como nosotros no debe rehusar su intervención en la industria, en el comercio… La gran guerra nos ha enseñado mucho.

Teófilo Arnal se sintió dulcemente acariciado por aquella frase «un hombre como nosotros», con la que el conde le concedía paridad. Quiso probar que a él también le había enseñado mucho la gran guerra.

—Es verdad, es verdad —asintió—, pienso como usted. Y aún tengo mis propósitos acerca de esto… Precisamente hace unos días me visitó Rendueles… ¿Conoce usted a Rendueles?

Casa-Perezgómez presentó evidentes síntomas de no haber oído nunca nombrar a Rendueles.

—Es un admirable hombre de negocios —siguió Arnal, un poco cohibido—, un trabajador incansable que sacó de la nada una fortuna. Posee un gran almacén de comestibles y desea instalar dos sucursales. Le hace falta metálico. Vino a proponerme que me asociase con él.

Casa-Perezgómez hizo un mohín.

—Es un genio —alabó Teófilo, dispuesto a engrandecer la figura de su futuro socio—; piensa comprar un barco para el transporte del bacalao.

—¿Del bacalao? —inquirió el conde, pronunciando con notorio disgusto la palabra.

—Sí —aseguró Arnal, poniéndose encarnado—; pero no de un bacalao cualquiera, sino de un bacalao de Escocia verdaderamente fino.

—¡Del bacalao! —repitió el conde, abriendo con condolida lentitud sus brazos—. Pero, amigo mío, un hombre como usted no puede comerciar en bacalao. ¡Bacalao, bacalao!… Pero… ¿qué es eso?

—En verdad —se apresuró a rectificar Teófilo—, a mí nunca me ha gustado el bacalao; creo que es repugnante… Y se lo he dicho así a Rendueles. Claro que yo no me he comprometido en ese negocio…

—E hizo usted bien. Para una persona distinguida no hay más que un comercio: el de automóviles. Durante la guerra, algunos aristócratas traficaron en mulas y en arroz, y aun en lentejas; pero esto tenía la disculpa de las circunstancias. Hoy nos dedicamos casi exclusivamente a vender automóviles. Diez duques, quince marqueses, treinta condes y cincuenta barones somos representantes de distintas marcas de «autos». En la vieja Europa dos o tres reyes se dedican también a este negocio. Otros muchos

personajes compran y venden coches por su cuenta, y viven muy bien. Es un asunto presentable, muy comme-il-faut.

—Pero todo está ya acaparado —suspiró Teófilo.

—Todo, sí. Sin embargo…, quizá pueda ofrecerle a usted… Bueno, esto en reserva… Le advierto que ningún extraño lo sabe… Usted es un caballero, y… la amistad que me ligaba con su tía… En fin: unos cuantos amigos vamos a crear una fábrica de automóviles. Imagine usted que Juanito Quintana, el hijo de Quintana, que fue ministro de Fomento, ha inventado un motor. Fue una sorpresa, porque a Juanito Quintana no se le conocía más que como un admirable bailador de shimmy. Pues ahí está el motor. Con la influencia de su padre, la fábrica va a convertirse en un formidable negocio. Somos tres los socios capitalistas, hasta ahora. Haciendo yo la propuesta, espero que no pongan obstáculos a admitirle a usted. No me dé las gracias… Me ha gustado siempre encauzar a los jóvenes en quienes veo afán de trabajo. ¿Qué puede usted invertir en este asunto?

Arnal vaciló:

—Si le parece a usted… cien mil pesetas.

—No es gran cosa… En fin…, piénselo. A usted es a quien conviene más.

Dos días después, Casa-Perezgómez convenció a Teófilo de que debía comprar sesenta mil duros de acciones, con lo cual sería nombrado presidente del Consejo de Administración. Una semana más tarde, el Consejo acordó llamar al nuevo coche en proyecto Arnal. Habría un Arnal de 20 HP., un Arnal de 40 HP. y el camión Arnal, ingente y poderoso, capaz de transportar la catedral de Santiago.

* * *

Teófilo, conmovido, ofreció invertir sus cien mil duros en el negocio.

Eran las once y media de la noche cuando Arnal llegó a su casa. Hacía frío y el viento silbaba lúgubremente. Apoyada en el quicio, Teófilo advirtió una sombra blanca.

—Buenas noches, amigo mío —dijo la sombra blanca.

—Buenas noches —respondió Arnal, que iba de buen talante—; apostaría cualquier cosa a que eres Tomás.

—Y no perderías —aseguró el espectro, entreabriendo un poco la sábana en que se embozaba—. ¿Cómo va esa salud?

—No mal del todo.

—¿Y tu mujer?

—Insoportable.
—¿Y tus hijos?
—Depauperados.
—¡Sea todo por Dios! No puede decirse que parezcas muy feliz, Teófilo.
—No. A veces siento la necesidad de encararme con el Destino, mostrarle mi vida y gritarle: «A ver: ¿qué sitio tengo para respirar?», como gritó aquel transeúnte cuando un camión le aplastó el pecho contra un muro.
—En fin, Arnal, he venido a hablarte.
—Subamos a mi casa.
—No puedo. Tengo que hacer dentro de unos minutos. Estoy sustituyendo a un compañero mío que se presenta todas las noches, a las doce en punto, en una casa del arrabal. Esta sábana es suya.
—¿Qué haces con ella?
—Me paseo por las alcobas y por los corredores. Además, aúllo, toco los timbres, apago las luces que están encendidas y enciendo las que están apagadas. No es nada difícil pero se aburre uno mucho. El espectro que está entregado a esta labor desde hace año y medio ya no puede más. Me ha pedido que le reemplazase unos días, y… ya ves, por compañerismo…
—Pero ¿qué se propone?
—Espantar a los inquilinos. Parece que ha vivido algunos años en esa casa, y fue víctima de la codicia del propietario. Ahora quiere desacreditar el inmueble para que no se alquile jamás. Han huido ya todos los vecinos pero queda uno.
—Será un hombre de corazón.
—Es un sereno de comercio. Pasa las noches fuera de casa, y, naturalmente, no se entera…
—Y ¿qué haréis?
—No sé. Te aseguro que esto es bastante aburrido. El gato se ha familiarizado con la aparición, y viene detrás de mí por toda la casa desierta. Se frota contra mis canillas; cuando aúllo, maúlla… No, no se divierte uno… Pero el tiempo vuela, Teófilo, y he de decirte algo importante.
—Te escucho, Tomás.
—Sé que has ofrecido tu dinero, todo tu dinero, al conde de Casa-Perezgómez y a sus amigos.
—Sí.
—Para crear una fábrica de automóviles que no funcionará nunca… Esos señores te van a explotar…

—Esos señores, Tomás, son unos, caballeros dignísimos y conocidísimos, que arriesgan también su capital.

—No hay más capital que el tuyo, y lo perderás.

—El motor de Juanito Quintana es una garantía.

—Juanito Quintana es un danzante; su padre, un bribón, y su motor, un lío. Escúchame. Yo vengo a decirte: todavía es tiempo; Puedes desligarte de ese mal negocio. No has entregado aún ni un céntimo; no lo des. Rompe toda relación con esa gente que el azar ha puesto en tu camino.

—Pero yo quiero ser negociante, quiero ganar… Tengo tres hijos, Tomás, y ninguno de ellos promete ser bastante listo (gracias a la herencia materna) para conquistar por sí solo una posición desahogada. Cien mil duros no constituyen un gran capital, si se los reparte entre una familia como la mía…

—Tienes razón. Pero Casa-Perezgómez te arruinará en colaboración con Quintana. Entrega tus cien mil duros a Rendueles. El negocio del bacalao es seguro. Multiplicarás tu fortuna.

Teófilo se puso a pasear por la acera.

—¡Tomás, es que… a veces, me desesperas, vamos! ¿Cómo puedes creer que yo voy a dedicarme ahora a vender bacalao? Comprende: tengo mi palabra empeñada con esos señores; son gente correcta…

—Pero sin experiencia.

—Tienen abiertas todas las casas distinguidas; se portan conmigo… como no puedes imaginar. Yo quisiera que asistieses a alguna sesión del Consejo. Figúrate que han dado mi nombre al modelo que preparamos. Se llamará Arnal. Habrá un Arnal, como hay Rolls-Royce o un Ford… Oye, Tomás: Quintana me ha asegurado confidencialmente que su padre me hará diputado en cuanto yo le insinúe el deseo. ¡Comprende, Tomás, que no es posible que te atienda! Porque Rendueles, Rendueles… Dime tú: ¿quién es Rendueles? Y, en definitiva, no solo de pan vive el hombre. Prefiero ganar cinco con los automóviles de Casa-Perezgómez, que cincuenta con el bacalao de tu protegido.

—Es que así te arruinarás.

—¡Me arruinaré, me arruinaré!… ¡Pero tú eres idiota, Capulino! ¿Por qué me voy a arruinar? Yo no sé cómo te escucho con tanta calma… Vamos a ver: ¿qué entiendes tú de automóviles? ¡Hombre, esto es demasiado! Tengo una posición, se me han abierto ciertos círculos, presido un Consejo administrativo, no tardaré en crearme una reputación financiera que puede servirme hasta para mi carrera política, y vienes tú, envuelto en una sábana, a

decirme que rompa con todo y que ponga una tienda… ¡Capulino, por Dios, el éter de los espacios infinitos te embriaga!

El espectro saltó al oír esta injuria.

—¡Teófilo! —gritó.

—¿Qué pasa?

El fantasma y el hombre se miraron de cerca con un furor contenido, entonces sonó la primera campanada de las doce en el reloj de una iglesia. La sombra se envolvió apresuradamente en el blanco lienzo.

—¡Caramba —gruñó—, me he descuidado!

Y desapareció velocísima.

* * *

Un día, el Consejo de Administración de la Casa Arnal reunióse en sesión solemne.

—Tengo el honor de comunicar a mis dignos compañeros —dijo el conde de Casa-Perezgómez— que el primer carruaje ha salido ya de nuestros magníficos talleres. Gracias al esfuerzo de todos, y muy singularmente al talento del joven e ilustre ingeniero señor Quintana, España cuenta con una industria que pronto competirá con las mejores del extranjero. El próximo domingo se realizarán las pruebas oficiales. El insigne hombre público señor Quintana, padre, ha ofrecido honrarnos con su presencia. Creo que debe dársele un voto de gracias.

El señor Quintana, padre, que desde hacía un año cobraba sabrosas dietas de consejero, sin que nunca hubiese aconsejado nada, hizo un ademán para rechazar generosamente el voto. Pero todos gritaron: «Sí, sí», y se inclinó, resignado.

Y el domingo, después de un largo viaje, Teófilo Arnal pudo contemplar, en el apartado pueblecillo donde había sido instalada la fábrica, en cuyo frontis se destacaba en grandes letras su nombre, que era ya el nombre de un artilugio cuya reputación esperaba con impaciencia.

La fábrica funcionaba en un gran edificio donde, en tiempos remotos, se había producido cristal. Unos cuantos individuos de aspecto melancólico, con facha de herreros de aldehuela, fueron presentados por Juanito Quintana como el personal obrero. El más anciano levantó la visera de la gorra, gritó: «¡Viva el señor presidente!», y rompió a toser como si aquel esfuerzo hubiese agotado sus últimas energías vitales. Arnal saludó, un poco conmovido. El señor Quintana, padre, obligado por su condición de ex ministro de Fomento,

dedicó a los obreros un largo discurso encaminado a probar que el trabajador manual era tan importante en la sociedad, que bien podía ser considerado como un elemento indispensable. Fustigó duramente a los que pudieran sostener lo contrario, los asaeteó con sarcasmos, los anonadó con su desprecio, los descuartizó con tajantes palabras y esparció sus pedazos a los cuatro vientos. Pidió agua, la bebió, y dijo, ya más sosegado, que él hacía su estandarte político de la honrada blusa azul.

Almorzaron los visitantes en una semirruinosa nave de la fábrica. Fue una alegre comida de hombres optimistas. El redactor de un diario afecto a Quintana, que los había acompañado, engulló tal cantidad de manjares, que se hinchó hasta desaparecerle el ombligo. Esto le atribuló tanto, que solo consiguió ahogar su pena a la quinta botella de Rioja. Entonces suspiro, guardó una cuchara y comenzó a roncar.

El automóvil esperaba en la carretera para conducir a los personajes. Pero antes fue preciso escuchar y aplaudir una interminable perorata del ex ministro, que cantó una loa al progreso industrial, y encarándose decididamente con unos seres invisibles, que él suponía adversarios de ese progreso, los trituró, los deshizo, con su poderosa elocuencia, se burló de ellos, los apedreó con citas, los convirtió en guiñapos lamentables. Y terminó diciendo que su lema, en política, podía condensarse en esta sencilla y mágica palabra: «Progreso».

Con lo cual marcharon todos hacia el carruaje.

El carruaje era un tipo torpedo pintado de gris.

Acomodáronse en él ambos Quintanas, Casa-Perezgómez, Arnal y el periodista congestionado. Se dio marcha al coche, operación en la que se invirtieron veinte minutos. Cuando el mecánico des fallecía, el motor bramó. Más bien mugió como una vaca. Como nadie confiaba en que se decidiese tan pronto a dar señales de utilidad, fue general el sobresalto, y el señor ex ministro empujó desesperadamente la portezuela con todas las señales de querer huir.

El «auto» arrancó. Oyóse un viva. Los excursionistas agitaron sus sombreros. Arnal advirtió que una suave delicia de bienestar físico y de vanidad satisfecha le invadía.

No habían recorrido medio kilómetro cuando el chófer disminuyó, presuroso, la marcha y arrimó el coche a un paredón, sobre el que quedó tumbado. Se había desprendido una rueda. Todos miraron. Se la veía aún correr velozmente, carretera arriba, levantando una estela en el polvo.

—Hemos podido matarnos —gruñó alguien.

Hubo un momento de estupor silencioso. Arnal insinuó la conveniencia de regresar a pie hasta la fábrica. Pero Juanito se opuso. Era cosa fácil montar otra rueda. Mientras eso se hacía, el ilustre ex ministro declaró, con ceño pensativo, que si todos los automóviles pudiesen soltar, como aquel, una rueda que marchase delante, como un heraldo, el número de coches y atropellos quedaría, sin duda, considerablemente disminuido.

Sustituida la rueda, tornaron a acomodarse en el «auto», que tornó a mugir. Y esta vez todos los esfuerzos que hizo el joven Quintana para obligarle a avanzar fueron inútiles. Pero en cambio, de una manera inesperada, el artefacto diose a correr hacia atrás, cuesta abajo, con más velocidad de la que quisieran los ocupantes, cuyo sueño dorado en aquellos momentos consistía en la modestísima aspiración de arrojarse a la cuneta.

Pasaron, siempre caminando hacia atrás, ante la fábrica que habían abandonado minutos antes. Aún estaba allí el grupo de obreros que, a una señal del capataz, pusiéronse en pie y dieron otro viva, esta vez más entusiástico, con todo el calor de la admiración sincera que produce una hazaña imprevista. Y siguió el coche carretera abajo.

—¡Para! —exigía Quintana padre.

—Imposible!… ¡Perdidos! —se oía balbucir a Quintana hijo, aferrado al volante y vuelta hacia atrás la cabeza para guiar el coche.

Por fortuna, la carretera carecía en aquel paraje de recodos. Esto evitó que la catástrofe se precipitase, pero no se pudo impedir un accidente trágico. En cierto lugar del camino, un hombre, sentado en un pretil, leía el periódico. Cualquier observador de espíritu sereno comprendería en seguida que se trataba de un ciudadano que había aprovechado la tarde del domingo para dar un paseo higiénico por el campo. El ciudadano tenía un sombrero hongo y un bastón. Cuando vio aparecer el automóvil corriendo hacia atrás, bajó un poco el periódico que sostenía entre sus manos y miro con aire asombrado. Luego, la conducta del coche debió de parecerle ridícula, porque se echó a reír, haciendo reposar la hoja impresa sobre sus rodillas. Pero, poco a poco, su gesto se tornó preocupado. Pensó que el «auto», que trazaba grandes eses en la carretera por la dificultad que ofrecía su dirección, podía chocar contra él y aplastarle contra el pretil. Entonces abandonó el periódico, saltó al suelo, dio unos pasitos cortos; después, otros apresurados, y, al fin, se caló el sombrero y se decidió a correr.

¡Me rindo!… ¡Me rindo!…

Sesenta metros…, cuarenta. Aún hizo un esfuerzo. Vociferó, desencajado: ¡Piedad!… ¡Soy un padre de familia!…

Veinte metros…, quince… El infeliz conservó esta distancia el tiempo justo para rogar: ¡Atropéllenme una pierna nada más!… ¡Ustedes se divertirán lo mismo, y yo acaso viva!…

Cinco metros…, dos… Arnal dio un grito… Miró hacia atrás… Una nube de polvo…

Medio kilómetro más lejos, el «auto» penetró en un pueblecito y barrió todas las mesas que el dueño de un cafetín había colocado en una acera. Como si con esta hazaña hubiese considerado que su misión en el mundo estaba conclusa, el Arnal 20 HP. se incendió y convirtióse bien pronto en un montón de hierros. La gente acudió en bandadas. El ilustre ex ministro aprovechó la ocasión para improvisar un inagotable discurso, en el que afirmó que las grandes virtudes de la raza se habían refugiado en los pequeños pueblos de la estepas de Castilla. Tuvo un acceso de risa histérica al pensar que alguien pudiese negar estas grandes virtudes y retó furiosamente a ese alguien a que fuese a aquel lugar y se atreviese a sostener su vesánico yerro en presencia de aquellos vecinos, que a él le recordaban al Cid, a San Juan de la Cruz, a Pedro Crespo y a Maldonado.

Retiráronse a un cuartucho del cafetín para confortarse. Arnal cabizbajo y ceñudo, se reconcentraba en la contemplación de la catástrofe de sus ensueños y de la ruina consumada. Juanito no osaba disculparse, y el conde de Casa-Perezgómez, perdida su mirada en el ahumado techo acariciaba nerviosamente su barbita a la francesa. Turbó, este abatido silencio la entrada del periodista secuaz de Quintana. Detúvose casi en el umbral, haciendo girar el sombrero entre sus manos, y dijo con voz lenta y humilde:

—Adiós para no vernos nunca más, amigos. Esta media hora de viaje me ha hecho otro hombre. Cada segundo me demostró que, en verdad, no somos nada, y que la vida es un innegable milagro. Hemos matado a un hombre, hemos derruido y casi incendiado un cafetín, hemos andado hacia atrás nueve kilómetros. Disparamos, como una bala de cañón, una pesada rueda, que sabe Dios si habrá parado ya o estará causando aún terribles estragos… No sé con certeza si estoy vivo, pero comprendo que la existencia es un don quebradizo y difícil. Adiós. Ya tengo bastante. Nunca olvidaré estos horrorosos minutos. Amigos míos, he decidido ingresar en un convento.

Besó mansamente las manos de todos y se fue.

IV

Teófilo Arnal se advirtió desesperadamente triste. Le pareció de repente que había sondado la vida hasta su última profundidad, sin encontrar ella nada que valiese la pena de existir. Sus meditaciones eran cada vez más acongojantes, más fúnebres. Y la característica más horrible de su nuevo estado de ánimo era que descubría en todo un sentido trivial, cierta falta de razón de ser, una inconexión desconsoladora entre la apariencia y la verdad, entre las ideas acumuladas por los hombres sobre los hechos y las cosas y estos mismos hechos y cosas.

Teófilo Arnal estuvo dos días en cama, sin querer ver a nadie. Pero al tercer día consideró que nada podía hacer más ridículo que aquella inactividad y aquel estarse panza arriba, enfundado en una camisa de dormir color crema con unas rayitas rojas. Le decidió a levantarse el recordar que las patas de la cama imitaban, junto al suelo, las garras de un león. Y esto le pareció terriblemente insoportable. ¿Qué grotesco capricho podía haber aconsejado que las patas de una cama recordasen las garras de un león? ¡Señor! ¿Hay un mueble más pacífico, de menos bravura, que una cama? Comenzó a sentirse incómodo ante tal incongruencia, y huyó de la alcoba. Poco después estaba ante un espejo, con la cara llena de hinchada espuma de jabón, dispuesto a afeitarse.

Pero se detuvo con la navaja en alto.

—Hace veinticinco años —se dijo— que brotan unos pelitos en el rostro. Hace veinticinco años que, día tras día, los cerceno, y día tras día vuelven a salir, lenta, solapada y persistentemente. Nunca hasta ahora me había fijado en que esto es una verdadera lucha, una verdadera batalla que yo sostengo contra mí. Una batalla absurda y risible y fatigosa. Los pelitos ponen un tesón cómico en salir todos los días, en salir siempre. Cifran, acaso, su orgullo, su ambición, en aparecer en mis mejillas, delgaditos, duros y negros… Es un afán molesto, pequeñito y estúpido, propio de un pelo. Al fin, ¿qué es un pelo? Pero lo horrible es que yo participo de ese afán aunque contrariamente; yo he aceptado la lucha, he recogido el guante y he consagrado algunos minutos, que, sumados, son tal vez meses de mi vida, a pelear contra ellos, imbécilmente satisfecho de cada momentánea victoria. Hoy siento el cansancio de esta empresa. Prefiero hacer una casa o sembrar un maizal… ¡Me vencisteis!

Abrió el balcón y arrojó la navaja. El sol, hiriendo bruscamente sus ojos, le deslumbró.

«He ahí un astro estúpido —pensó—, que no se cansa de aparecer y desaparecer todos los días como no me cansaba yo de afeitarme. Me revienta

su formalidad, el rigor con que cumple sus deberes de salir a tal hora y ponerse a tal hora, y de enverdecer las plantas todos los años con el mismo verde, como un pintor de inspiración agotada. ¡Y los hombres gastando literatura en cantar al sol! ¡Al sol, el padre de las moscas! La verdad es que en los espacios siderales no hay un sistema ni un astro que merezca estimación. Todos tienen espíritu de oficinistas, puntualidad de empleados de Banca, seriedad comercial. El Universo es la máxima expresión del hastío; es el hastío mismo, señor de la vida.»

Un criado interrumpió sus reflexiones anunciando que el almuerzo estaba servido. Teófilo se trasladó al comedor. Engulló la sopa distraídamente. Cuando vio aparecer una fuente de langosta extendió una mano trémula.

—No quiero probarla —murmuró, apenado—; en esa carne blanca y sabrosa veo la tragedia más espeluznante. Es seguro que nuestra cocinera hizo cocer vivo al pobre animal.

—Naturalmente —aseguró, con dignidad, la esposa.

—¿Y no comprendéis el martirio del desdichado ser? Acaso al principio le agradase la tibieza del agua, y movería sus antenas con regocijo. Pero el calor iría aumentando. Lentamente, muy lentamente, en el más espantoso de los martirios, la langosta se sentiría cocer en la oscuridad de una olla cerrada donde apenas podría revolverse. Concluiría por no poder apoyarse en el fondo de la marmita, terriblemente calentado. Y así hasta morir…, sin esperanza… ¿Creéis que no tuvo sensibilidad este animalito, sacrificado con crueldad a nuestra gula?… No, yo no puedo comerlo…

Enmudecieron todos. Cuando apareció en la mesa un cochinillo asado, Teófilo palideció; alzóse, abrazó con fuerza al menor de sus hijos y abandonó, con los ojos humedecidos, la estancia donde el lechón, con una ramita de perejil en la boca, que parecía sonreír extrañamente, acusaba de impiedad a los hombres.

—¡Pobres padres! —suspiró Arnal, ya en el pasillo.

Salió a vagar por la ciudad, y entró, mediada la tarde, en el Ateneo. Un joven daba lectura a varías poesías desde la tribuna, ante un público serio y triste, que a veces gruñía aprobatoriamente. Arnal escuchó, revolviéndose con impaciencia en su butaca. El poeta contaba cómo había padecido un amor desgraciado. Según sus versos, conociera a la ingrata en la Bombilla. El no había tardado en decirle: «Te amo», y ella había bajado los ojos con languidez. La luna sonrió. Algún tiempo después, la muchacha no podía ocultar sus gustos suntuosos, su amor a las joyas, a los «autos» y a los

vestidos de Paquín. Era inútil que el poeta le ofreciese la miel de su lirismo. Una noche la esperó en vano…

El joven leía, con las cejas en lo sumo de la frente y un vago ademán melancólico:

> La infiel, Señor, me ha abandonado.
> Soy como un muerto que ha quedado
> con el puñal de la traición clavado
> en la mitad del corazón,

—¡Alto! —gritó Teófilo, poniéndose en pie, incapaz de contenerse—. ¡Alto! ¡Eso no puede ser!

Todas las miradas convergieron en él. Y él tiró con fuerza de las solapas de su chaqueta.

—¿Qué ocurre? —balbució el escritor.

—Ocurre que en nada de esto hay sentido común. Si usted estuviese muy triste por la fuga de su novia, usted no haría esos versos, porque la obsesión y la angustia del abandono no le permitirían buscar los consonantes. Es incompatible pensar en que su amada se refocila con otro caballero y reunir a la vez con meticuloso tino palabras que terminen en ado, en ante, en on, etcétera, etcétera. ¿Qué haría usted si su dolor fuese sincero? Indudablemente, expresarse con naturalidad. Entonces usted vendría aquí y nos diría, poco más o menos, pero en prosa corriente: «Señores, ¡hay que ver cómo son las mujeres! He conocido en la Bombilla una muchacha de estas y estas señas, de quien me he enamorado y que me ha salido un pendón. Anteayer se me escapó de casa, y ahí está liada con Fulano, que le paga un abono de coche.»

Algunos de los oyentes de Teófilo gritaron:

—¡Fuera! ¡Fuera!

—No he terminado —prosiguió él—; me falta aún examinar las consecuencias que tendría ese acto indiscreto. Apenas hubiese usted referido su poco interesante historia, la mayor parte de los señores que están presentes abandonaría el local, indignada, asegurando que le importaba un comino lo que le hubiese sucedido a usted con la tal jovenzuela. No faltaría quien se riese de usted, encontrando muy chusco su desahogo. Sin embargo, ahora simulan conmoverse o se conmueven de veras, lo que es peor, porque usted nos cuenta eso mismo intercalando con cierta medida palabras que terminan en ado o en on. Esto es sencillamente absurdo…

—¡Fuera! —vociferaron todos.

Y le expulsaron del local.

* * *

Le pareció a Teófilo que le llamaban desde un macizo de flores, en el más apartado rincón del jardín. Se detuvo.

—¿Estás solo? —preguntó una voz misteriosamente.

—Sí —respondió él, reconociéndola.

Y de entre la espesura surgió, vagarosa, la silueta espectral de Capulino. El fantasma miró a todos los lados con extremadísima cautela y se decidió a aproximarse.

—Te he citado aquí —susurró— porque me parece un sitio seguro.

—¿Seguro para quién?

—Para mí.

Arnal le contempló con extrañeza. El espectro siguió:

—Cada vez es más difícil para un fantasma andar por el mundo, Teófilo. En verdad, si no me retuviese aquí el juramento que te hice, no me detendría por mi gusto ni un nuevo instante sobre este planeta. Y más de un compañero piensa como yo. La gente ya no cree en nosotros, amigo mío.

—¿Por qué?

La aparición encogió melancólicamente sus hombros.

—No lo comprendo. Dicen que pasó nuestra época. Y es posible que sea verdad. En rigor, no existimos, puesto que se nos niega la realidad de existencia. Nadie cree que yo sea; luego yo no soy, por lo menos para el aprecio del mundo. Esto concluye por exasperar un poco. El guarda de la finca próxima a tu casa me ha disparado ya cinco escopetazos. Una noche le oí decir claramente: «¡Granuja, yo te enseñaré a respetar las ciruelas!» Suponía que era yo un galopín disfrazado para saquear el huerto. He renunciado a pasar por allí.

—Ningún daño podría hacerte la perdigonada.

—Siempre le sobresalta a uno —confesó de mal humor el espectro—. Sin embargo, prefiero veinte perdigonadas a que me vuelva a ocurrir lo de hace unas noches… Hace unas noches estaba un poco aburrido. Curioseaba por la ciudad sin disipar mi tedio. Al través de la ventana de un segundo piso vi a un hombre que trabajaba inclinado sobre un largo tablero. Dibujaba unos planos. Era un individuo paliducho y chiquito. «¡Bah! —pensé—. Voy a divertirme unos minutos con este sujeto.» Y penetré en su estancia. Mi propósito era asustarle un poco. Lo imaginé, desde luego, con los pelos de punta, los ojos

desorbitados y las manos abiertas, mirándome como un idiota. Y casi me reía ya. Frente a él, al otro lado del tablero, me hice visible, con los brazos caídos y la cara más seria que pude poner. El hombre siguió trabajando. Yo esperaba. «Verás —me decía— el brinco que pegas cuando levantes el rostro.» Y el hombre levantó el rostro al fin. Me vio. Se pasó una mano por los ojos. Volvió a mirarme. Hizo un pequeño gesto de contrariedad y tornó a su trabajo. Poco después me miró nuevamente. Entonces abandonó su tiralíneas y se sentó en un sofá. «Laurita», llamó. Una mujer apareció en la puerta. «Será preciso avisar mañana al practicante para que vuelva a darme las inyecciones. Tengo la cabeza débil. Padezco alucinaciones molestas… Temo a la anemia cerebral…» La mujer le acarició tristemente: «Trabajas demasiado.» Cuando volvió a quedar solo insistí en aparecer. Sentía la amarga rabia del fracaso y me fastidiaba el desdén con que me creía una alucinación. Salté sobre el tablero. Di cuatro o seis brincos más, bastante aparatosos; abrí la boca, revolví los ojos y concluí por quedar en cuclillas hacia él. Te aseguro que con mucho menos habría bastante, en otros tiempos, para helar la sangre en el corazón de diez señores feudales.

Pues mi hombre se echó a reír. «Es ridículo esto —dijo—. Tendré que ir a descansar al campo una temporada.» Me advertí humillado y me marché.

La desesperación del espectro parecía tan honda y sincera, que Arnal se olvidó de sus propias cuitas.

—¡Pobre amigo! —comentó—. ¡Por culpa mía…!

—Pero no importa —procuró tranquilizarle Capulino—. Otros están peor. Los tres fantasmas madrileños, a quienes visito alguna vez, sufren mayor desgracia. Eran tres amigos que comenzaron a jugar al tute en la tarde de un sábado en una taberna de la ronda de Segovia. Sus mujeres acudieron a buscarlos a las diez de la noche, y ellos juraron que no abandonarían sus puestos hasta que uno de los tres ganase los tantos necesarios para levantar el platillo. Y nadie los ganó. Transcurrió el domingo, y el lunes, y el martes… Y se murieron casi a un mismo tiempo sobre la mesa, hinchados de aguardiente de anís. Aún sigue la partida, y ninguno pasa jamás de los cien tantos. Juegan sobre su palabra. Su hastío es feroz. De cuando en cuando voy por allí de mirón…

—Es horrible, Tomás. ¡Jugar eternamente al tute!… ¡Qué mezquinas son las diversiones humanas!

—Teófilo.

—¿Qué?

—Evítame el oírte un discurso. No estamos aquí para disertar acerca del tute. Vengo a librarte de un nuevo peligro.

Arnal sonrió con melancolía.

—Gracias —rechazó suavemente—; no preciso de ti. Conozco bien la vida, amigo mío, y lo que de ella puede esperarse. Todo es dolor inevitable, y tristeza, y tedio. Un tedio peor que el que pueda encontrarse en el fondo de los sepulcros. Nada es bueno, ni bello, ni amable sometido a esa reveladora luz de razón que se ha encendido en mí desde hace algún tiempo. He meditado mucho. Sé lo que debo hacer… Despidámonos.

Oyeme antes. Nada de lo que dices es así. La vida es riente; el sol, alegre, y en cualquier pequeño detalle del mismo paisaje que ahora nos rodea encontrarás motivos bastantes para amar la existencia. En esta flor, en este fruto, en aquel surtidor…

—¿Un surtidor? —gimió Teófilo—. Pero ¿conoces algo más aburrido e imbécil que un surtidor? ¿Qué es un surtidor? Un chorrito de agua que sale de un cañito. Sube y cae, y siempre así. Si hay en este mundo una imagen exacta de la vacuidad soporífera e inútil de la vida, es un surtidor.

—Un momento, Arnal. Tú comiste hace quince días con unos amigos.

—Sí.

—Quizá abusaste un poco de la carne con mostaza.

—Quizá.

—¿Cómo está tu estómago?

—No me importa mi estómago.

—¿Cómo está tu vientre?

—No me importa mi vientre. Esta filosofía que hizo caer los velos mentirosos es en mi cerebro donde nació.

—Teófilo, oye la verdad: tú padeces una septicemia. Aquella carne…

Teófilo se puso a silbar tenuemente. Subió a un banco, desenrolló una cuerda de su cintura y la ató a la rama de un tilo.

—¡Padeces una septicemia, Arnal! —insistió el espectro—. ¡No hagas barbaridades!

Arnal fingía no oír.

—Espera unos días. Créeme. Laxantes, dieta… Dentro de una semana tu pesimismo desaparecerá.

Teófilo pasó el nudo corredizo alrededor de su cuello.

—Querido Tomás —dijo aún—, la vida es un asco. Te lo digo yo. No te esfuerces.

Avanzó hasta el extremo del banco y se preparo a saltar. Pero se contuvo un instante para añadir:

—Y muchas gracias por todo.

—¡Laxantes…, dieta…! —gritaba Capulino con acongojado apremio.

Pero Teófilo había saltado ya y se retorcía, pendiente de la cuerda. Sus contorsiones fueron atenuándose… Cesaron… Y una vaga forma blanca, desprendiéndose de él, se acercó a la vaga forma blanca de Capulino.

Y ambos espectros se hablaron.

—Teófilo —dijo uno de ellos con voz entristecida—, el juramento que aquella noche hicimos junto a la catedral fue inútil; mi solicitud de nada te ha servido. Te mostré el porvenir y volviste desdeñosamente el rostro. Quise apartarte de las contingencias ingratas de lo que tú llamabas azar, y corriste hacia ellas. Lo imprevisto no existió para ti, y, no obstante, fuiste su víctima. En tu matrimonio vestiste de amor a un capricho. En tus negocios disfrazaste de inteligencia una vanidad. En tu muerte estimaste sabiduría un trastorno orgánico. Ni aun los consejos sobrenaturales te han podido apartar de la desgracia. Quien te dijese que tu amor no era amor, que tu casamiento no podía ser venturoso, que eras lego en finanzas e ignorante en industrias, que tus ideas brotaban de un trozo de carne pútrida ingerida en un banquete, era para ti un loco, un embustero o un bribón envidioso. Como todos los demás hombres, padeciste, y todos los demás hombres, en tu caso, hubiesen obrado como tú. Si el azar rechazara las culpas que no le corresponden, su carga sería muy ligera. El verdadero enemigo de la felicidad humana está en el propio hombre, en la desproporción que existe entre lo que él cree de sí, de sus sentimientos, de sus voliciones, de sus ideas y sus pobres voliciones y sus pobres sentimientos. Si otra vez volvieses a vivir, otra vez serías desdichado, aunque una advertencia milagrosa zumbase incesantemente en tu oído.

—Así fue, en verdad —reconoció Teófilo.

Y las dos sombras calladas ya, atravesaron lentamente el verdor como una polvareda sutil.

Y se perdieron…

Mi mujer

I

Hasta el último día de mi vida me preguntaré si no hubiese procedido cuerdamente revelándole a Herminia que pesaba un crimen sobre mi conciencia. Mi mujer me ha creído siempre una buena persona, incapaz de producir a nadie el menor daño, y, naturalmente, no me tenía aprecio. Hizo lo que hizo por estimarme un hombre de bien. Os aconsejo que si aspiráis a que una mujer os ame profundamente y permanezca fiel a vosotros, le hagáis comprender a tiempo que sois capaces de toda violencia y de toda crueldad. Yo no conocí más que un marido dichoso: mi amigo Juan Loureiro. Me diréis —si es que tratáis a Juan Loureiro— que tiene el corazón más bondadoso que palpita sobre la Tierra. Es verdad. Pero Juan Loureiro supo causar una impresión bien distinta a su esposa. En la noche de bodas, cuando quedaron solos en su quinto piso, el griffon de la desposada se acercó a ellos, y Juan lo cogió delicadamente y lo arrojó por el balcón. No lo arrojó. Lo colocó en el vacío. Tal fue su ademán. Extendió el brazo sobre la calle y abrió la mano que sujetaba al perro. Nada de incorrecciones. Se volvió sonriente hacia su mujer y murmuró con galante rendimiento:

—No queremos testigos, ¿verdad?

Media hora después, cuando la encantadora joven suplicó con su dulce voz, velada en pudores:

«Mata la luz», Juan Loureiro sacó diligentemente un brazo fuera de las sábanas, abrió el cajón de la mesa de noche, extrajo un formidable revólver y… ¡pum!, ¡pum!, voló las dos bombillas eléctricas.

Siempre fue feliz. Su mujer no le dio el más ligero disgusto.

Es probable que Herminia me los hubiese evitado a mí si supiese que la vida de Hermógenes Picouto se extinguió por mi culpa. Pero cometí la torpeza de no contárselo. ¿Modestia, miedo a su indiscreción, temor de que no me comprendiese?… No sé. ¡Qué más da! El caso es que no se lo dije nunca.

En rigor, yo no maté a Picouto: le dejé morir. Nos separaba esa incalculable distancia que va de un temperamento a otro temperamento. El no sospechaba mi odio, y yo mismo no sabía adónde era capaz de llegar. Si desempeñé durante un año el cargo de secretario particular de don Hermógenes en las horas que me dejaba libres mi empleo oficial, fue porque mi situación económica era entonces casi desesperada; pero mis sufrimientos de aquellos días en que copiaba, inclinado sobre el pupitre mezquino, la terrible literatura de Picouto, sus cartas, hilvanadas con los más odiosos lugares comunes, me serán, sin duda, tenidos en cuenta para la expiación de mis numerosos pecados.

Verdaderamente, mi saña contra Hermógenes no obedecía a otra razón que a sus lugares comunes, a su ordenancismo, a su reverencia por lo estatuido, que hacía de él casi un autómata, un hombre del que no cabía esperar nada que no estuviese ya dicho, hecho o previsto. Era un cuarentón, más bien alto que bajo, de mirada apacible y un poco burlona, no porque poseyese la capacidad de la burla, sino porque el elevado concepto que se había formado de sí mismo le hacía contemplar a los demás de esa manera. Poseía tres dientes de oro algo más grandes que los otros, y los amaba más que a los naturales.

Para cubrir su calva alisaba hasta la oreja derecha unos largos pelos que producía su cráneo junto a la oreja izquierda, y ni una sola vez dejó cada uno de estos pelos de ocupar un sitio determinado y fijo en relación con los demás. Picouto se divertía en Carnaval, estrenaba un traje en Domingo de Ramos, apoyaba a todos los gobiernos, cumplía los bandos de la Alcaldía, no escupía en el suelo, fumaba sujetando el cigarro con unas tenacillas, y sus saludos a la bandera cuando pasaban tropas ante él eran largos y llenos de una afectuosa untuosidad, como si le dijese: «Mucho gusto en verla. Siempre a sus órdenes.»

Soy bastante nervioso para no soportar nada de esto, y los esfuerzos que me veía obligado a hacer para disimular mi eterna discrepancia iban dejando en mi corazón un sedimento de odio. Quiero entregar a la clemencia de ustedes un detalle que revelará acaso mejor que otro alguno la perturbación que el trato con Picouto llevó a mi espíritu: yo soy un enemigo enconado e irreducible de don Miguel de Cervantes y Saavedra. Aborrezco su literatura, aborrezco la barba en punta y la gola con que le vi durante varios años en el busto de yeso que coronaba la pequeña biblioteca de Hermógenes. El era siempre el autor que citaba mi tirano, aunque tengo muchos motivos para suponer que no lo había leído nunca. Le llamaba «el glorioso manco» y

también «el príncipe de los ingenios»; pero entre los empalagosos libros que adornaban los estantes no figuraba ninguno de don Miguel. Cuando alguien pronuncia en mi presencia ese nombre universalmente venerado, yo me acuerdo tan solo de que fue el hombre cuyo busto presidió el despacho de Picouto, mirando impasiblemente con sus ojos, en los que el polvo ponía sombras, cómo el aborrecible señor liaba cigarrillos con máquina, cómo escribía estupideces, con el dedo meñique muy estirado, y cómo salivaba en la escupidera sin que una sola vez, en tanto tiempo, manchase los aledaños.

El día que el Destino había señalado como último de tan fastidiosa vida, Picouto me invitó a acompañarle en una partida de caza. Fui a buscarle muy de mañana, y le encontré embutido en un traje de cazador de zarzuela, la escopeta al hombro, el morral a la espalda, una plumita de perdiz en el sombrero, un termo al costado, y, en el cinto, un artefacto que era a la vez puñal sacacorchos, cuchara, tenedor, taladro y mondadientes.

—Buenos días —dije.

—Buenos días —contestó—. ¿Cómo está usted?

—Bien. ¿Y usted?

—Bien, muchas gracias.

—Me alegro mucho —murmuré de malhumor.

No perdonaba ni una sílaba de las rituales en los saludos.

Echamos a andar hacia la estación ferroviaria.

—Amigo mío —exclamó él de pronto—, acaba de nacer en mí una sospecha.

—Expectórela —gruñí lacónicamente.

—¿Se trabaja hoy en las oficinas del Estado?

—Sí.

—Entonces, usted…

—¿Qué?

—¿Cómo puede faltar a sus deberes?

Me encogí de hombros.

—No tiene importancia, don Hermógenes.

—Tiene mucha importancia —decretó, deteniéndose—, y más habiendo sido yo el que le hizo caer en la tentación de la falta. Es evidente que el Estado le paga a usted para que trabaje, y no para que vaya a cazar.

—Ciertamente; pero un día…

—¿Qué diría usted si el Estado le suprimiese por capricho un día de haber? No lo toleraría con esa indiferencia. Debemos velar por la prosperidad

de la nación, y no saquear su erario. Su dinero es el dinero de todos. No hay más que un medio de que usted me acompañe decorosamente, Reinaldo.

—¿Cuál es?

—¿Cuánto gana en su empleo?

—Cuarenta y dos duros mensuales.

—Siete pesetas diarias. ¿Es así?

—Exactamente.

—Pues reintegre usted al Estado las siete pesetas de hoy. Si no le conviene, separémonos.

Callé, ahogado en cólera, porque la caza me enajena; pero Picouto permaneció inmóvil, aguardando mi decisión.

—¿Es indispensable? —inquirí.

—Absolutamente indispensable.

—Entonces…, disponga usted.

Me hizo entrar en un estanco y comprar siete pesetas de papel de multas. Después reanudamos la marcha, y me obsequió con un discurso acerca de la ciudadanía y de la Constitución.

Cuando partió el tren, Picouto abandonó ese árido tema para exponer algunas delicadas consideraciones relativas al progreso humano. Me obligó a reconocer que nuestros bisabuelos se maravillarían si resucitasen en un vagón de segunda clase, y que su estupor llegaría al colmo si se enterasen de que por los alambres que los postes sostenían a un lado de la vía nos comunicábamos los hombres con una rapidez ante la cual no era nada la rapidez de la locomotora. Auguró que dentro de tres o cuatro siglos habrá en el mundo innovaciones capaces de asombrarnos así mismo a nosotros si volviésemos a vivir entonces.

—Así es la vida —terminó sentenciosamente.

Y feliz por comprenderla tan bien, dormitó un poco.

En la cacería aún encontró manera de atormentarme. No abundaban las piezas por aquellos lugares, y recorrimos más de tres kilómetros sin que se nos ofreciese el menor pretexto para disparar nuestras armas. Así, cuando un pájaro, poco más voluminoso que un mirlo, se desprendió volando de la copa de un álamo, no quise despreciar la ocasión, Apoyé la escopeta en un hombro, cerré un ojo, engarfié el dedo sobre el gatillo…; pero una brusca manotada de mi acompañante evitó que el tiro saliese.

—¡No dispare! ¡No dispare! —gritó.

—¿Qué ocurre? —pregunté, asustado.

Picouto extendió su índice hacia el animalejo, que casi no era ya más que un punto en la lejanía.

—Gracias a mi intervención se ha evitado un daño —explicó—. No podemos matar a esa avecilla.

—¿Por qué?

—Porque es un pájaro insectívoro, útil a la agricultura.

Y me colocó un nombre en latín.

Poco después le hice dar a un conejo la más graciosa voltereta que ha ensayado animal alguno al impulso de una perdigonada. Corrí hacia él, gritando:

—¡Cayó! ¡cayó!

Otra vez se extendió la mano de don Hermógenes para sujetarme.

—¿Adónde va, desdichado? Temo que esa pieza esté perdida para nosotros. Ha caído en medio de un sembrado de cebollinos, y estropearíamos las tiernas plantas si anduviésemos entre ellas.

Yo no sé cómo aquel hombre no advirtió la crispación de mis manos sobre la escopeta.

Nos sentamos a comer. El día era espléndido, y el ver pasar alguna nube alta y blanca sobre nuestras cabezas, tumbados a la larga en la hierba, producía una deliciosa impresión. Picouto me habló de sus viajes, de la estatua neoyorquina de la Libertad, del Monasterio de Piedra, de la torre Eiffel y de los canales de Venecia. Había estado en todos los lugares adonde va el perfecto excursionista, y hablaba de ellos en el mismo tono de una guía de la Agencia Cook.

—Los viajes ilustran —terminó.

Y después de una pausa:

—¿Sabe usted cuándo comprendí claramente la inmensa pequeñez del hombre?

—¡Qué sé yo!

—Una vez que me puse a orinar junto a las cataratas del Niágara. «¡Qué efímeros son todos nuestros actos!», pensé entonces.

Le miré estupefacto. Era la primera ocasión en que le oía una idea original. Gruñí aprobatoriamente:

—No somos nada.

Un par de horas después ocurrió la desgracia. Picouto cometió la imprudencia de situarse sobre una piedra resbaladiza para disparar contra un pato: Es cierto que yo Un par de horas después ocurrió la desgracia. Picouto cometió la imprudencia de situarse sobre una piedra resbaladiza para disparar

contra un pato: Es cierto que yo tropecé con el odioso personaje y le empujé un poco, pero no fue intencionadamente. La prueba es que cuando le vi caer y hundirse en la ciénaga que a nuestros pies se extendía, sentí tal sorpresa, que no acerté ni a echarme a reír.

Contaré francamente lo ocurrido.

El lodo, espeso y negruzco, saltó, salpicándome, y volvió a quedarse inmóvil, con una terrible apariencia compacta en torno a Hermógenes. El tal sujeto tenía entonces una traza tan grotesca, que era imposible sentirse conmovido ante su desventura. No se veía de él más que la cabeza y los hombros; pero esto bastaba para encontrarlo ridículo. El cieno le había ennegrecido, y los espesos grumos resbalaban de su cabeza; un ojo desaparecía ya bajo ellos, y el bigote parecía haber crecido enormemente. Recordaba un busto de barro a medio modelar. Alzó una mano agrandada, hecha tosca, entre cuyos dedos el lodo fingía las membranas de un palmípedo, y gritó, mirándome espantado con su único ojo libre:

¡Socorro! ¡Socorro!

Yo me había sobrepuesto a mi natural emoción. Me aproximé con precaución al borde del escurridizo peñasco.

—Crea usted, amigo mío… —comencé a decir.

—¡Socorro! ¡Socorro! —aulló.

—Si usted me interrumpe —protesté razonadamente—, es imposible que nos entendamos. Oiga me. Crea que tendría mucho gusto en ayudarle a salir de ahí; pero no veo la manera de hacerlo sin compromiso para mi salud. Por otra parte, no sé adónde podría usted ir después, tan sucio como está.

Picouto se iba hundiendo lentamente.

—¡Socorro! —volvió a gritar; parecía haberse olvidado de que existían otras palabras.

—Temo mucho que esta caída no le siente bien, don Hermógenes —opiné —. Y por si fuese así, no querría que nos separásemos sin revelarle algo que no debí ocultarle tanto tiempo. Escúcheme, amigo mío, y perdone el tremendo disgusto que voy a darle: nunca me ha inspirado el menor respeto la Constitución. Jamás he tenido ocasión de discutir con usted acerca de esto, y me gustaría que accediese ahora a una controversia. También me fastidian los poderes y todos los códigos. En cuanto a los refranes con los que usted adoquina su charla, se me da una higa de ellos, y nunca acertaré a repetir uno con exactitud. Al buen entendedor no se le mira el diente.

Picouto estaba ya hundido hasta la nariz.

—Siento que se retire usted tan pronto —comenté con gesto afligido—, porque desearía decirle algunas cosas importantes, y no me acuerdo en este momento de ninguna, como no sea advertirle que está terriblemente despeinado.

Picouto continuó descendiendo, y desapareció.

—¡Mueran los números ordinales! —grité, como si le arrojase una piedra encima.

Me alejé, cacé aún durante un par de horas y corrí después a dar parte de la desgracia a la Guardia Civil.

Ahora que repaso serenamente mis recuerdos, reconozco que me enamoré de Herminia por vanidad. El noventa por ciento de los hombres se enamoran por el mismo impulso. Una tarde, en el gabinete de espera de un dentista que me platinizaba un colmillo, advertí la presencia de una joven que aguardaba, como yo, a ser atendida. Declaro que ni era tan guapa ni tan elegante que hubiese retenido mi atención si nos cruzásemos en la calle o si la viese en un tranvía, en un café, en un teatro… Pero el gabinete de un dentista es la morada habitual del tedio. Al cuarto de hora de resignación alcé los ojos del ejemplar de Blanco y Negro que desde hacía tres años estaba allí tenazmente dedicado a distraer la impaciencia de los clientes, y sorprendí a la joven mirándome por encima de un número de La Ilustración inglesa.

Si el hombre fuese, capaz de tener buen sentido en estos casos, yo hubiese pensado entonces que aquella mujer me miraba porque no había ningún otro hombre en el gabinete y porque no entendía el idioma de la revista que hojeaba, lo cual debía aburrirla inmensamente. Pero lejos de entregarme a estas sensatas reflexiones, resolví creer al momento que mi presencia había causado un grave trastorno en el corazón de la ociosa, y que desde que penetrara en el gabinete había sucumbido a la necesidad de amarme. Parece lógico que esta pasión repentina —ya que incurrí en la candidez de creer en ella— me admirase; pues no, señor; me parecía lo más natural que pudiese ocurrirme. Otro fenómeno curioso: desde que supe que interesaba a aquella mujer (habrán comprendido ustedes que se trataba de Herminia) se me antojó que era tan guapa y tan distinguida como pudiera apetecer el más exigente. Adopté una postura estatuaria, y me consagré a avivar el fuego de su corazón con miradas comburentes.

Después hice lo que haría cualquiera de ustedes, porque todos somos igualmente cretinos: la seguí, le hablé, me enamoré de ella y fuimos novios. La estúpida vanidad no me dejó pensar que la facilidad con que Herminia había aceptado y hasta provocado mis galanteos no era más que una prueba de

su innata coquetería, y que lo mismo hubiese procedido con cualquier otro. Por el contrario, acaricié la idea de que me había elegido a mí por ser yo, entre todos los hombres, y bastó esto para que me formase un elevadísimo concepto de su inteligencia.

II

Una semana después de la muerte de Picouto me casé con Herminia.

Pero antes ocurrió algo que merece ser referido.

El mismo día que enterraron a Hermógenes, cuando más enfrascado estaba yo en la lectura de un tratado de higiene del matrimonio, que había comprado la víspera en diez pesetas, oí un estrépito en la habitación. El gato, que dormitaba junto a la estufa, había emprendido una enloquecida carrera, derribando varios objetos, y como en su intento de fuga hallase cerrada la puerta, vino a refugiarse entre mis pies, con el lomo enarcado, los pelos de punta y el más notorio espanto en los ojos.

Miré, buscando la causa de aquel susto, y… vi frente a mí, erguido e inmóvil, el fantasma de Hermógenes Picouto.

A pesar de haber tenido con ellos una larga convivencia, nunca he logrado comprender la psicología de los espectros. Ignoro, por tanto, las razones que aconsejaron a mi difunto amigo a presentarse en la traza imponentemente ridícula en que se me ofreció a mí. Vestía el traje de caza que se sepultó con él en el pantano; conservaba sobre el ojo izquierdo el grumo lodoso de una salpicadura, y los cabellos en el mismo desorden que yo le había censurado antes que se hundiese. Después de comprobar este verismo tan escrupuloso como molesto, no me admiró advertir que traía también sus tres dientes de oro, más brillantes que nunca en la palidez de su cara.

Mentiría sí dijese que aquella aparición no logró preocuparme. La verdad es que me quedé tan estupefacto como si viese entrar al jefe de mi negociado vestido de máscara. Le pegué una patada al gato, que al apretarse contra mí me llenaba de pelos el pantalón, y murmuré in pectore: «¿Qué viene a hacer aquí este cuitado?»

Pero en seguida comprendí. ¡Delicioso Picouto! El infeliz continuaba, aún más allá de la muerte, siendo víctima de los lugares comunes. Había contado con los remordimientos de mi conciencia. Suponía de buena fe que las sombras de las víctimas están en el deber de presentarse a sus verdugos para

turbar la tranquilidad de su vida. Comparecía ante mí como quien va a la oficina. Era, según él (estoy seguro de ello), su primera obligación de difunto.

Me sonreí, meneé lenta y compasivamente la cabeza y volví a mi lectura. ¡Pobre Picouto! Creía que mi conciencia… Pero ¿cómo no advirtió que mi conciencia no es una conciencia de bazar, vertida en el molde de las supersticiones sociales? ¿Cómo no supo ver que cuando me decido a suprimir algo inútil tengo la misma serena tranquilidad que nuestra madre la Naturaleza, inconmovible y contumaz perpetradora de asesinatos? ¡La conciencia! ¡Qué tópico risible!…

Transcurridos unos instantes, alcé la cabeza y miré frente a frente al fantasma.

—Quiero decirle a usted unas palabras, Picouto —exclamé con reposada firmeza—. Si estas visitas le procuran algún contento, allá usted con su manía; pero nada de dar golpes ni de hacer girar los veladores. Mis muebles han de ser sagrados para usted. Tampoco toleraré que me dirija la palabra ni que exhale gemidos, como creo que es costumbre entre las almas en pena. Venga cuando guste; pero moleste lo menos posible. Buenas noches.

Ya no me volví a ocupar de él.

Soy un enemigo leal, y reconozco que la conducta de Hermógenes fue en toda ocasión irreprochable. Observó en sus apariciones una puntualidad de guardagujas, no trastornó la menor cosa en mi habitación, y tenía la delicadeza de volverse de espaldas cuando me desnudaba para acostarme. Debo decir también que jamás penetró en mi cuarto de baño. El primer día pareció vacilar, y aun hizo un movimiento para acompañarme; pero pronto se apartó y quedóse esperándome en el pasillo.

No me importunó, es cierto; pero yo os digo que, aun así, pocas cosas tan molestas pueden sucederle a un hombre como tener casi incesantemente a su lado un espectro con un grumo de lodo sobre el ojo izquierdo.

Comprenderán ustedes que yo no volví a dirigirle la palabra. Era mi táctica. Quería convencerle de que no me importaba poco ni mucho y de que mi conciencia estaba absolutamente tranquila. Si le diese charla o le prestase atención, sabe Dios adónde hubiésemos llegado. Pero la verdad es que a él no parecía afectarle mucho mi despego. Continuaba cumpliendo lo que él creía seguramente su deber, y nunca dio señales de desesperación o de fatiga. Solo una vez le vi algo turbado. Se presentaba siempre a las diez en punto de la mañana, cuando ya estaba yo arreglado y vestido, y un día llegó a las diez y diez. Entonces saqué muy grave y calmosamente mi reloj y le dirigí una larga

mirada, y otra, fugaz, al fantasma. El fantasma se agitó un poco e hizo un gesto como para hablar; pero se limitó a ponerse un poco encarnado.

No puedo negar que mi preocupación mayor en los primeros días de mi matrimonio y antes de celebrarlo fue que Herminia pudiese ver también el espectro de Picouto y escapase para no volver, lanzando gritos, porque la verdad es que el difunto estaba imponente. Por fortuna —más bien por desgracia—, no ocurrió así, y mi mujer, en el año que duró nuestra convivencia, no ofreció ningún síntoma de darse cuenta de que una sombra sepulcral era huésped en nuestra casa.

La luna de miel no fue muy larga. El delicado Picouto pasó todo aquel tiempo volviéndose de espaldas, y yo se lo agradecía en el fondo de mi corazón, porque su curiosidad hubiese cohibido muchas agradables expansiones que yo tenía con mi mujer. Sería yo el más miserable de los hombres si no declarase que, en lo que se refiere a la corrección de Picouto dentro de mi hogar, no tengo el más leve motivo de queja. A cada cual lo suyo. Yo puedo haber cometido más de un crimen; pero todos fueron perfectamente razonables y no autorizan a nadie a pensar que yo descienda a falsear una reputación.

Fue a los dos meses de casados cuando Herminia me procuró la primera inquietud. Es imposible que recuerde todas las inquietudes que después llevó a mi espíritu; pero esa la conservo detalladamente en la memoria.

Habíamos ido a comprar la piel de no sé qué bicho para adornar con ella el cuello de mi esposa. Herminia preguntó el precio de una estola compuesta de muchos pelos grises, y el dependiente informó:

—Quinientas pesetas.

—¡Huy! ¡Quinientas pesetas! —exclamó mi mujer sonriente, dirigiendo al hortera una larga mirada—. No sea usted malo.

—No soy malo, señora —contestó él, atusándose un poco el bigote.

—Pruébemela usted —rogó Herminia—. ¿Cómo se pone esto?

Yo permanecía ajeno a la escena, perfectamente tranquilo, porque sabía, como mi esposa, que solo disponíamos de veinte duros para comprar pelos. El comerciante echó la piel al pescuezo de Herminia y le cruzó las puntas sobre el pecho. Herminia inclinó la cabeza para contemplarse, y después miró al joven.

—¿Me está bien?

—Puede decirse que le está muy bien —murmuró él, poniéndose un poco sofocado.

—Quizá más ceñida…

—Quizá.

Y se apresuró a ceñírsela.

—¿Cuánto pueden rebajar del precio? —inquirió ella, entornando, no sé por qué, los ojos.

—Precio fijo, señora.

—¡Vamos!

—Le enseñaré a usted la etiqueta —dijo él.

Y comenzó a buscar la etiqueta bajo la piel, que aún tenía puesta Herminia. Yo no veía sus manos, y fui frunciendo el ceño. Al fin, pasados seis minutos, encontró un cartoncito unido con un cordón a un extremo de la estola.

—Mire usted: aquí dice… aquí dice… En fin —balbució—: rebajaré diez pesetas.

—Diez pesetas nada más. ¡Oh! ¡Qué pillo!

Gruñí:

—Herminia, no insultes más a ese caballero…

El me hizo una cortesía demasiado amable.

—Crea usted —aseguró— que siento mucho no complacerlos. A la señora le está tan bien la piel…

Tuve la impresión de que se refería únicamente a la propia piel de Herminia. Nos marchamos. En la calle rezongué, sin poder ocultar mi disgusto.

—No apruebo esa manera de hacer compras.

—¿Por qué? —preguntó ella con el candor de un ángel.

—No me agrada… Además generalicé de mal humor, me parece que todos los dependientes son… algo aprovechados… De cualquier manera…, debes tener cuidado con los dependientes.

—Muy bien —contestó.

Pocos días después, en un breve viaje que hicimos para visitar a unos parientes, Herminia soportó con extraordinaria impavidez las miradas del señor que ocupaba el asiento frontero. Como yo saliese al pasillo a fumar un cigarro, al volver me encontré a mi esposa comiendo una fruta confitada que le había ofrecido el vecino y charlando con él. Al apearnos observé:

—Es preciso no conceder demasiado fácilmente nuestra amistad. Te he advertido hace días que una señora debe poner gran circunspección en el trato con los hombres.

Su rostro reveló un asombro infantil.

—Reinaldo —me dijo—, tú me previniste tan solo en lo que se refiere a los dependientes de comercio. Pero este señor es abogado.

Pensé que tenía razón, y cavilé un poco.

—Pues los abogados también —concluí.

Después de este trance he tenido que ir excluyendo a los médicos, a los catedráticos, a los ingenieros, a los conductores de tranvías, a los cómicos, a los militares, a los curas, a los chóferes…, a todos los gremios y profesiones conocidos. Al fin comprendí claramente que me había casado con una coqueta contumaz sin corrección posible.

A Herminia le gustaba gustar. Esta clase de mujeres es la peor, y no tengo noticias de que hasta hoy se haya ideado procedimiento alguno de reducirlas. A la mujer enamorada aun se la puede retener; es posible, al fin, que se apasione algún día y se inmovilice en esa pasión. Pero la que siente el prurito de enamorar, la que en todas partes y en todos los momentos de su vida está pendiente de su influjo sobre los hombres, y no se contenta con nada menos que con el sufragio universal acerca de su hermosura, esa —os lo digo yo— convertirá irremediablemente en un infierno la existencia del marido más admirable.

Yo soy poco amigo de discusiones, singularmente cuando mi contradictor es una hembra. Después de varios enérgicos reproches, que ningún resultado obtuvieron, me encerré en una sombría y expectante reserva. El cariño a mi mujer desapareció en cuanto comprendí que nunca había tenido el suyo. Durante algunos meses la odié. Luego la desprecié, sencillamente: llegó a parecerme ridícula aquella importancia que ella concedía a su deleznable palmito, y consideré como un síntoma de verdadera locura la evidente delectación que Herminia experimentaba cada vez que cualquier transeúnte mordía, al cruzarse con ella, alguna frase tan profundamente imbécil como esta: ¡Me la comía a usted, gitanaza!

Sin embargo…, por mucho que se desprecie a una mujer…, hay casos… Entre los lectores de estas líneas figurarán, sin duda, muchos novios o muchos maridos que sufran una mujer como la mía. Ya sé que es difícil confesarlo; pero yo dialogo con ellos en el secreto de nuestros corazones. Los que son víctimas de una mujer así no ignoran que existen muchos cretinos en el mundo que hacen al marido responsable de cuantas majaderías comete la señora a quien dio su nombre. Acerca de la injusticia de este proceder se ha escrito ya bastante, pero siempre sin éxito. Nada tengo que añadir a lo que otros han dicho. Unicamente trato de explicar que esa preocupación de la gente fue la que impidió que, siguiendo los impulsos de mi desdén, me

desentendiese de las coqueterías de mi esposa. No es que creyese yo que «manchaba mi honor» ¡Qué tontería! Los maridos calderonianos me han parecido siempre pobres enfermos… Es que… la estimación social, el aprecio de… Bueno, y hablemos claro: ¿era posible soportar que Herminia sostuviese las miradas del jefe de mi negociado, cursi, viejo y gran devorador de obleas? ¿No sabía mi mujer que yo le odiaba? Suponía yo que en mi ausencia el antipático chupatintas no dejaría de comentar con mis compañeros:

—Parece que la mujer de Reinaldo…

Y uno a uno, irían opinando los otros:

—Sí, parece que…

Porque la verdad era que parecía, aunque yo bien sé a lo que llegó y a lo que no llegó mi media naranja. Como estoy dispuesto a no callarme nada, diré que hubo un momento de peligro, un momento nada más. Y por eso ocurrió lo que cualquier amante de las palabras fuertes llamaría «la tragedia».

III

Estoy seguro de que el único hombre de la ciudad con el que no había coqueteado mi esposa era el comandante Vilariño. Esto no obedecía a otra razón sino a que el comandante Vilariño pasaba siempre en motocicleta, a toda la velocidad que permitían las ordenanzas. El tránsito de este pundonoroso guerrero tenía constantemente algo de escaramuza. Iba repantigado en el sidecar, con la gorra calada y los grandes bigotes despeinados por la tromba de aire. Un soldado guiaba la «moto», vestido de azul, con el barboquejo caído y brincando incesantemente sobre el sillín.

Sonaba como un clarín la bocina; graneados estampidos brotaban del veloz aparato; un rastro de humo quedaba detrás de él… Todo aquello tenía mucho de épico y hacía evocar la furia de las batallas y la gloria de un avance victorioso mucho mejor que el desfile de un regimiento. A mí me placía, porque creo que todo el mundo debe producirse públicamente con arreglo a su carácter profesional. Así, cuando me presentaron al comandante Vilariño en el Club, estreché su mano con simpatía.

Tengo muy pocos amigos militares. No es que guarde prevención alguna contra los que se consagran a tan acreditado ejercicio. No. Rehúyo su amistad por razones pueriles, si queréis, pero de gran fuerza para un hombre de nervios tan tiránicos como los míos. Sin la costumbre de llamar a los militares por el título de su graduación, todo iría bien; pero es el caso que cuando uno

se ha acostumbrado a decir «el amigo teniente», hay que comenzar a llamarle «mi querido capitán». Y si unos cuantos años después preguntáis: «¿Qué es del capitán?», nadie sabrá contestaros, porque ya pasó a denominarse coronel, al través de diversos avatares. Yo siempre encontré esto poco serio y, sobre todo, demasiado molesto para mí. Supongo que a los militares les ocurriría lo mismo conmigo si de tiempo en tiempo cambiase yo mis apellidos o mi nombre de pila.

El comandante Vilariño y yo nos tratamos muy poco; puedo asegurar que si figuró entre los amigos que me obsequiaron con un banquete, fue tal, solo porque ofrecían langosta a la mahonesa y el cubierto era baratísimo.

Debo hablar de este banquete por lo que sucedió después.

Se me tributó tal homenaje por haberme dislocado el brazo izquierdo, aunque lo que afirmaban los diez amigos que se sentaron conmigo alrededor de una mesa, dudosamente limpia, del restaurante Los Mariscos, era que yo había resuelto la huelga de los obreros curtidores.

Sería inútil buscar la menor alusión a este acto en los periódicos de aquella época, porque, aunque se redactó una nota y mi compañero Juan Agulló se ofreció insistentemente a llevarla a El Combate, lo cierto es que nunca la vimos publicada; la avidez con que leímos el tal diario al día siguiente solo se detuvo en cierta noticia un poco misteriosa que afirmaba que un sujeto completamente borracho, cuyas iniciales eran J. A., había agredido al director del periódico por negarse a insertar la cuenta de un sastre que el aludido J. A. había sacado del bolsillo y puesto sobre la mesa de Redacción exigiendo que «saliese en primera plana».

Pero voy a referir el suceso que impulsó a aquellos buenos amigos a convidarme a comer. Bastarán pocas líneas. Una mañana, terminadas las horas de oficina, bajaba yo apresuradamente las escaleras del Gobierno Civil, cuando tropecé en un peldaño y me precipité con estruendo hacia el lejano portal.

Si fuese un escritor, aprovecharía la ocasión de narrar minuciosamente las impresiones que se experimentan al rodar por una escalera, teniendo en el aire, ora la cabeza, ora los pies, y dándose cuenta confusa de que el sombrero, el bastón y toda la calderilla nos abandona traidoramente en aquel trance, rodando ellos por cuenta propia, como si quisiesen llegar antes que uno a la calle. Pero me limitaré a decir que en mi caída no tuve más que un momento de satisfacción: aquel en que, gracias a haber tropezado con otra persona, pude pararme. Descargué en ella toda la fuerza de mi peso, y quedé inmóvil. Así como una bola de billar recibe de otra bola el impulso y se lanza a correr

el paño, enloquecida, batiendo en todas las bandas, así aquella persona se apresuró, inmediatamente después del choque, a tirarse de cabeza sobre los tramos, concluyendo en las losas del portal el record que yo había iniciado en el primer piso. Cuando le recogieron, su estado era tan comatoso como pudiera apetecer el médico más exigente.

Supe, poco después, que aquel hombre era un agitador comunista que había llegado de Asturias para organizar la Asociación de los curtidores. Al ocurrir el accidente, salía del despacho del gobernador, con el que había sostenido una agria conferencia, cuyo final fue el anuncio de que lanzaría a sus compañeros a la huelga. El gobernador, hombre pusilánime, se había alarmado mucho. Temía más que a nada a los conflictos sociales, que pudieran hacerle abandonar el mando de aquella provincia, donde existían numerosas casas de juego. Estaba dictando órdenes urgentes para que se concentrase la Guardia Civil, cuando se enteró de que el enemigo de su tranquilidad se había sumergido inesperadamente en el sopor de un coma. Al siguiente día quiso conocerme, ordenó que me concediesen una licencia quincenal y ofreció interesarse por mi ascenso. En nuestra entrevista sonaron algunas palabras extrañas. El gobernador me hizo el honor de preguntarme si solía caer muchas veces. Después se quedó pensativo un instante y murmuró como hablando para su chaleco:

—El presidente de la Diputación suele bajar la escalera todos los días a la una y media.

Luego me dio la mano y añadió:

—Pero repóngase primero, repóngase…

No sé cómo trascendió en la oficina la referencia de aquel cambio de saludos entre su excelencia y yo, y comenzaron a embromarme acerca de mis aptitudes de sociólogo. De estas burlas nació la idea del banquete. Acepté. Me gusta divertirme de cuando en cuando.

Comimos y bebimos muy bien. Pronunciamos brindis burlescos y cantamos, a propuesta mía, el monólogo de don Hilarión, de La verbena de la Paloma, porque siempre me ha agradado la música sentimental. Mi felicidad hubiese sido completa si el comandante Vilariño no se empeñara en corearnos. Tenía el oído estropeado por las detonaciones de la «moto», y desafinaba amargamente. Pero este es un detalle sin importancia.

A las diez y media de la noche, mi amigo Regueiro tuvo una idea diabólica. Acababa de beber la sexta copa de coñac, cuando se irguió en toda su pequeña estatura y extendió una mano que salía de un almidonado puño

cilíndrico sujeto con grandes botones de marfil. Sus ojos diminutos brillaban tanto como su calva.

—¡Señores! —gritó.

Nadie le hizo caso.

—¡Ah señores! —insistió, abriendo en éxtasis su mellada boca. ¡Áh señores!

—Cuidado —nos advirtió sombríamente el gordo Canzobre—, cuidado. Me parece, que Regueiro quiere vomitar.

—No —protestó el perorante—. Todo lo contrario. Estoy en pie porque deseo someter a vuestra aprobación una idea delicada. ¡Ah señores! ¿No creéis que debemos enviar las flores que adornan la mesa a la digna y bella esposa del festejado?

Los comensales aplaudieron frenéticamente estas palabras. Canzobre juró, conmovido, que nunca hubiese creído a Regueiro capaz de una idea tan original, tan caballeresca y tan elocuentemente expresada, y aventuró su parecer de que, con otro acierto parecido, Regueiro tendría bien ganada un acta de concejal.

Me fue imposible impedir que aquellos excelentes camaradas desistiesen de lo que creían una acción versallesca. Reunieron las mustias flores, entre las que había migas de pan y cabezas de camarones, y designaron a Regueiro, a Canzobre y a Vilariño para constituir la Comisión encargada de hacer la ofrenda. Porque, naturalmente, yo me opuse a que fuesen los diez, como pretendían.

Aunque marcharon por la calle cogidos del brazo, no pudieron evitar algunos traspiés. El Comandante Vilariño y yo éramos los únicos que conservábamos nuestras facultades bastante próximas a la integridad.

—Amigos míos —dije al abrir el portal—, a ver si logramos subir en silencio, porque van a dar las once de la noche, y los vecinos…

—Sí, sí —asintieron.

Nos detuvimos algún tiempo en el portal por ciertas dificultades que surgieron para hacer luz. Canzobre sacó su caja de cerillas y rasgó una durante dos minutos inútilmente. Cuando ya desesperaba del éxito, se le inflamó, y fue tal su sorpresa, que se apresuro a arrojarla, con un ademán asustado, a la cara de Regueiro. Regueiro produjo un pecado mortal y tiró el ramo.

—Me voy —decidió—. ¡Vaya unas bromas!.

¡Abran la puerta y llévenme a una botica, que ese animal me ha dejado ciego!

El comandante lanzaba en un rincón lívidos relámpagos con su encendedor de bencina. Cuando la chispa prendió, calmamos a Regueiro recogimos las flores y comenzamos la ascensión. Cada medio minuto alguno de mis compañeros tropezaba fuertemente con sus pies en algún tramo, que retumbaba como un tambor.

—¡Chis! —hacía yo.

—¡Qué escalera más extraña! —consideró el gordo Canzobre, para justificar un ruidoso taconazo—. Se diría que tiene los peldaños desiguales.

«¡Pom! ¡Pom!…» Sonaron dos tropezones más atronadores.

—Es imposible seguir así hasta el cuarto piso —afirmé rápidamente—; sobresaltaríamos a toda la vecindad.

—Quedémonos aquí —propuso Regueiro, acobardado por mi tono iracundo—. Cantaríamos algo en voz baja. Una noche se pasa pronto.

—De cualquier manera —opinó el comandante Vilariño—, haríamos más ruido si bajásemos.

Era verdad. Continuaron tropezando en todos los escalones hasta llegar a mi cuarto. Les hice pasar al comedor y fui a prevenir a Herminia.

Mi mujer se quitó la bata que la cubría y se puso un traje que apenas la amparaba; retocóse y salió. Al aparecer ante mis amigos, el tímido Canzobre retrocedió un poco, el comandante se llevó instintivamente una mano al bigote, y Regueiro inició una serie de reverencias que no tenían más arte que el que puede existir en limpiarse los pies en una alfombra.

—Señora —dijo—, señora: en nombre de numerosos amigos y admiradores de su esposo, esta Comisión, verdaderamente nutrida, lo que se llama en los buenos periódicos una nutrida Comisión, tiene el honor de ofrecerle estas flores, que… esto… La ciudad debe a Reinaldo el haber hecho abortar una terrible huelga. Reciba la esposa del eminente sociólogo la…, la felicitación…, la… En fin —terminó—; tomaremos alguna cosita.

—Muy bien, Regueiro —apoyó Canzobre, enjugándose una lágrima.

Regueiro escondió sus manitas blanduchas en los inmensos puños cilíndricos y bizcó los ojos, como siempre que estaba muy borracho.

—Dales una copa —ordené a mi mujer de mala gana.

—Nunca me ha gustado molestar —aseguró Regueiro, tomando la botella de manos de Herminia y buscando él mismo la copa más grande en el aparador.

—¿Bebe usted? —preguntó amablemente mi costilla al comandante, aunque no creo que hiciese falta mucha perspicacia para comprender que bebía.

—No, señora —respondió él dignamente.

Y añadió, dirigiendo una mirada de disgusto a la botella:

El jerez me enfría el estómago.

—¡Qué pena! ¡No tenernos otra cosa! —se dolió Herminia—. Pero como premio a esta templanza forzosa y a la amabilidad de ustedes, acepten una de estas mismas flores…

Y desprendió tres del ramo. La mejor fue para el comandante, que se cuadró para recibirla en el ojal. Canzobre comprobó que el suyo estaba cosido, y procedió a romper los pespuntes con el sacacorchos. Regueiro insistió en sus reverencias y exclamó:

—¡Oh! — ¡Gracias! — ¡Gracias! ¡Bella dama, casa hospitalaria! Es preciso demostrar de algún modo nuestra actitud. Cantaremos un corito cualquiera.

Acudí a disuadirle. Herminia se consagró al comandante, y —bien lo advertí— desplegó el vulgar repertorio de sus seducciones.

No oí más que algunos trozos del diálogo. El comandante declaró que la ciudad —en la que residía desde el año anterior— le parecía encantadora. Herminia, haciendo muchos dengues aseguró haber comprendido que si le agradaba la ciudad era por las mujeres bonitas que había en ella. El comandante no negó este particular. Entonces Herminia exclamó: «¡Qué atroces son ustedes!», y el comandante sonrió y se tiró del bigote. Aquel ademán movió a mi mujer a expresar su firme opinión de que no se podía creer en la formalidad de ningún varón. En este punto dejé de oír algunas frases, porque Regueiro volvió a insistir en que él y Canzobre estaban en el deber de cantar una habanera en acción de gracias. Cuando volví a escuchar, Herminia confesaba que su existencia sería aburridísima si suprimiese de ella un paseo que daba todas las tardes por los alrededores de la Plaza de Toros.

—Siempre voy sola, ¿sabe usted? —decía—. No soporto a las amigas. A eso de las cinco salgo de mi casa, y pian pianito…

—¡Ah! —masculló el caimán del comandante—. ¿A eso de las cinco?…

Intervine para anunciar:

—Herminia, estos amigos se marchan.

—No, no —protestó Regueiro—. Por nosostros…

—Nada de sacrificios —rechacé, empujándole hacia la puerta—, que mañana tienen ustedes que madrugar.

Y los puse amablemente en la calle.

IV

Desde aquel día, Vilariño, anduvo mucho menos en motocicleta. Más de una vez le encontré rondando mi casa, y entonces el bondadoso amigo adoptaba una actitud de disimulo, fingiéndose absorto en la contemplación de un escaparate o corriendo hacia la tapia donde solían fijar los carteles anunciadores de los teatros. Es cierto que el único que existe en la ciudad estaba cerrado hacía largo tiempo; pero esto no impedía que Vilariño leyese con extraordinaria atención durante diez minutos lo que leerse podía en los jirones que aún quedaban de los viejos anuncios. Hasta que yo entraba en mi casa.

Reconocido a aquella corrección, jamás he molestado al comandante. Vivo está y puede decirlo. Ni aun en la noche en que, al volver desacostumbradamente temprano a acostarme, me crucé con él en la escalera. Si entonces le hubiese preguntado por qué llevaba una bota en cada mano, en vez de tenerlas en los pies, seguramente le pondría en un apuro. Sin embargo, me callé. Ni aun di las buenas noches. Esto no quiere decir que aquel encuentro no me impresionase. Antes de abrir la puerta de mi cuarto piso tenía adoptada una resolución, y la puse en práctica. Hice lo que es corriente en tales casos, lo que, han hecho, hacen y harán tantos maridos: arrojé de la casa a mi mujer. Apenas me permití introducir en este acto vulgarísimo un pequeño detalle de diferenciación: Herminia abandonó mi hogar por la ventana, apresuramiento peligrosísimo que, como ustedes habrán adivinado, le causó la muerte en cuanto llegó a la calle.

Todo el mundo aceptó la afirmación de que se trataba de un suicidio. Y yo también. No influye en ello que mis brazos hayan puesto el impulso en el salto que dio mi mujer aquella noche; hay muchas maneras de procurarse la muerte; una puede consistir en arrojarse al mar; otra, precipitarse ante un tren en marcha; otra, engañar al marido. No importa que después el suicida se debata entre las olas o bajo las ruedas o en los brazos vengativos, gritando: «¡No quiero morir!» Las ruedas, las olas o los brazos, fatalmente, matan. No, no esperéis tampoco que esa acción, tan llena de lógica, me produjese remordimientos. Por otra parte, Herminia tenía muy escaso valor. Al morir no hizo más que reparar el error de haber nacido.

Hasta este momento mi historia no tiene nada de extraordinaria. Lo reconozco. Millares de personas podrían contar algo parecido, si quisiesen ser francas. Pero se hizo necesario referir esos episodios vulgares para que fuese comprensible lo que voy ahora a contar.

Una noche, pocos días después de la muerte de Herminia, mientras fumaba un cigarrillo sentado en una butaca, después de una cena copiosa, me dediqué a meditar en la estupidez de esa costumbre que nos impone una reclusión de una semana después del fallecimiento de nuestra mujer. Estaba harto de mi casa y de soportar las visitas de amigos y parientes, que se creían en la obligación de mostrarme caras tristes y de desarrollar en sus charlas temas de una imponderable imbecilidad. Llovía, y yo sentía el ansia de lanzarme a la calle con mi sombrero hongo e ir a jugar en el Club una partida de billar. Es casi seguro que no estaban sanos mis nervios, y de esto, nada que no fuese mi encierro de cinco días tenía la culpa. Pero os digo que pocas veces experimenté tan aguda y dolorosamente un capricho. Necesitaba jugar una partida de carambolas, y me estremecía de placer al imaginarme el redoble de las gotas de agua sobre la tersa y convexa superficie de mi sombrero. La voluptuosidad de sentir ese ruido sobre la cabeza es para mí verdaderamente inefable.

¿Saldría?… ¿No saldría?… En la casa solo se oía el rumor del aguacero. El hastío había dado al ambiente no sé qué pesadez; el humo de mi cigarrillo se desprendía de mí perezosamente. A un par de metros de distancia, el espectro de Picouto, inmóvil, con sus doscientos gramos de lodo sobre el ojo izquierdo y trágicamente despeinado, parecía más aburrido aún que yo. Su presencia habitual era incapaz de proporcionarme una distracción, por leve que fuese. Le miré, me miró lúgubremente y… bostecé con todas mis fuerzas, estirando piernas y brazos, porque, como ustedes supondrán, no guardaba la menor cortesía con la sombra de Hermógenes.

Fue en este instante cuando… Al principio creí que la luz, descomponiéndose en las lágrimas que el bostezo había hecho asomar a mis ojos, me hacía víctima de una ilusión… Froté los párpados, y… No cabía duda: el fantasma de Herminia estaba allí, ante mi butaca, serio y digno y reprochador.

Confieso que si algo inesperado me ocurrió en la vida, fue esto que tengo el honor de referir a ustedes. Desde que conocí bien a mi esposa, la supuse capaz de todas las locuras; pero de practicar las costumbres monótonas y tristes de los fantasmas, de entregarse a aquella, vida sin brillantez, sin lucimiento…, ¡vamos!…, ¿para qué mentir?…, no lo hubiese creído nunca.

El estupor me impidió en los primeros minutos que siguieron a su aparición todo movimiento. Después me incorporé un poco en la butaca.

—¿Cómo se atreve…? —gruñí.

Y la contemplé con ira.

Así como Picouto conservaba el traje de cazador de opereta que llevaba puesto en sus últimos instantes, mi mujer no se presentó con la bata que la envolvía cuando la arrojé a la calle. Me pareció, en el somero examen inicial, que era un sudario; pero comprobé en seguida que se trataba de una túnica y una estola romanas, que Herminia llevaba con suficiente corrección clásica. Su hombro y su brazo izquierdo quedaban desnudos, y en el derecho recogía los abundantes pliegues con una gravedad no exenta de gracia. Sospeché entonces que mi mujer volvía en fantasma al mundo, más que para atormentarme con el recuerdo de mi crimen, para experimentar vanidosamente un nuevo atavío.

—¡Muy bonito! —mascullé, clavando una mirada reprobadora en su brazo diestro—. ¡Vaya una decencia!

No se inmutó.

Desde aquella noche fueron dos los espectros que me acompañaron a todas partes y en todos los momentos. Se deslizaban tras de mí por las calles y se inmovilizaban frente a mi mesa de trabajo, e iban conmigo de visita y al Club. Y comenzó mi martirio, porque así como la presencia de Picouto me era indiferente, a pesar del aspecto pavoroso que el pobre diablo se esforzaba en ofrecer, la de Herminia me causaba un constante sufrimiento. En el fondo, acaso no hubiese en mí más que el rencor de verla triunfar tercamente del propósito de alejarla para siempre de mí. De cualquier manera, mis días comenzaron a hacerse angustiosos y mis noches insoportables.

Comía solo, y, uno a cada lado de la mesa, los dos fantasmas no apartaban sus ojos de mi. Era inútil que procurase no mirarlos, porque mi atención no podía desentenderse de ellos. Perdí el apetito y el sueño, me hice hosco y apático; durante algún tiempo intenté vanamente aturdirme, y de aquel ensayo salí más quebrantado y melancólico.

La idea del suicidio se formuló en mí y la acogí con cariño.

Cada uno de los espectros no parecía darse cuenta de la existencia del otro, y yo mismo creí que no eran recíprocamente visibles; pero un pequeño detalle me demostró que estaba equivocado. El fantasma de mi mujer no observaba puntualidad en sus apariciones, a diferencia del otro, que continuaba presentándose exactamente a las diez. Un día, cuando la última campanada de esa hora sonaba en el reloj, ambas sombras se dibujaron en la puerta de mi cuarto. Entonces —lo vi claramente— Picouto se apartó un poco y dejó paso al espectro de mi mujer. Ella, sin perder su continente grave, le agradeció la galantería con una ligera inclinación y siguió avanzando.

«Pronto os daré el cese», pensé con rencor, acariciando mi designio suicida.

Aquella misma noche, mientras cenaba, vi de hurtadillas a mi mujer rectificar varias veces los pliegues de su estola, y en una ocasión en que la miré bruscamente, sorprendí una lánguida expresión en sus ojos, fijos en los de Hermógenes. La única pupila que a este le era dable utilizar dirigía su extraña luz hacia la sombra de Herminia.

Ocurrió esto el domingo de Pentecostés de hace diez años.

El lunes observé, extremando el disimulo, que mi mujer dirigía cautivadoras sonrisas a Picouto. Picouto no apartaba los ojos de ella, pero conservaba su terrible dignidad.

El martes continuó aquel flirt silencioso y absurdo. Una vez me pareció que Hermógenes contestaba con otra sonrisa a las sonrisas de la incorregible coqueta.

El miércoles ocurrió un fenómeno estupefaciente: el fantasma de Picouto se presentó por primera vez sin el grumo de barro sobre su ojo derecho y limpia así mismo de légamo la cabeza. Los pelos con que en vida trataba de disimular su calva, trayéndolos de las proximidades de una oreja a las cercanías de la otra, volvieron a ocupar su antiguo orden meticuloso. No pude evitar que el asombro separase mis mandíbulas. Hermógenes, evidentemente azarado, se puso a mirar al techo.

El jueves, gracias al buen servicio de un espejo, vi que los dos fantasmas se estrechaban las manos tras de mí. Mi mujer cambiaba de túnica o sudario diariamente.

El viernes, al salir del cuarto de baño me sorprendió no verlos como de costumbre, aguardándome en el corredor. Avancé de puntillas, y los encontré en una habitación inmediata. El fantasma de Picouto tenía una rodilla en el suelo y una mano sobre el lugar donde había latido su corazón. El fantasma de Herminia inclinaba la cabeza sobre su propio hombro desnudo con la deliciosa turbación de una doncella.

Tosí. El espectro de mi mujer retrocedió, alarmado. El espectro de Hermógenes fingió buscar algo en la alfombra para justificar su actitud.

Marché a la oficina, y ellos, como siempre, detrás.

Al doblar la primera bocacalle volví la cabeza.

Ya no los vi.

Desde entonces no se lo que es de ellos…

Aire de muerto

I

Ustedes son muy dueños de no creer esta historia, aunque, después de todo, no sé qué iba ganando yo con engañarlos; pero mi viaje a las Rías Bajas siempre es grato, y si en las Rías Bajas buscan ustedes la tienda de ropas hechas y efectos para emigrantes El Gran Chaco, Sociedad anónima de responsabilidad limitada, podrán comprobar fácilmente esta narración.

El caso fue que una lluviosa noche otoñal, el espíritu del portugués Joao Pinto, libre desde hacía tres años de su envoltura carnal, se dirigía de Evora a Estocolmo, para acudir a sabe Dios qué cita misteriosa, cuando advirtió entorpecida la extraordinaria rapidez de su vuelo. El espíritu de Joao Pinto iba tan alto como alta puede ir un águila, y conservaba una absoluta indiferencia entre el negro pavor nocturno, las inmensas nubes que se desflecaban sobre la tierra invisible y aquel galopar sonoro del viento, al que respondían las olas abatiendo, como un tambor retumbante, los arrecifes y los acantilados de la llamada Costa de la Muerte.

El espíritu de Joao Pinto tenía prisa. Así, cuando se notó como preso en una red que dificultaba su avance vertiginoso, experimentó una gran contrariedad. Miró hacia abajo, y vio aquí y acullá las grandes aspas de luz de unos faros que registraban el denso secreto de las sombras sobre el mar, y vio, muy distantes, las linternas verdes y rojas de algunos vapores que danzaban solemnemente, y vio la franja de fosfórica tenuidad que la espesura creaba en el confín de la Tierra. Nada de esto explicaba el singular fenómeno. El alma de Joao Pinto, cada vez más alarmada, observó que no solo no podía continuar su marcha, sino que descendía sensiblemente, atraída por una fuerza superior a su fuerza.

Entonces dirigió su atención a lo que ocurría verticalmente debajo del lugar en que ella flotaba. Hallábase sobre un pueblecito cuyas calles estaban apenas señaladas por el débil y amarillento resplandor de unas viejas bombillas, ni una sombra humana era visible fuera de las casas donde el

sueño y el temporal habían recluido a todo el vecindario. Pero la mirada de un espíritu atraviesa los tejados y aun los muros más fuertes más fácilmente que la mirada humana un cristal, y Joao Pinto pudo ver, sinceramente desesperado, a los culpables de que le fuese imposible llegar a Estocolmo con puntualidad.

En realidad, lo que vio no tenía gran cosa de extraordinario. Vio un piso principal y un piso bajo. En el piso bajo, entre las paredes, de las que pendían —en exposición ahora inútil en la oscuridad— camisas, camisitas, camisones, blusas, faldas, trajes de mahón, gorras, pañuelos, guitarras, acordeones, zapatos, y las estanterías en las que se acumulaban cajas de todas dimensiones, y el suelo, en el que se alineaban baúles y maletas, abiertos unos, como si bostezasen para irse a dormir en aquella honda quietud, y cerrados los otros con cierto aspecto hostil, con las cerdas de su piel de caballo o de vaca erizadas, tal como si reflexionasen ceñudamente en lo poco agradable de un viaje en la sentina de un barco hasta Punta Arenas o Nueva York; entre las sillas de tijera, que extendían su lona casi con la horizontalidad de una hamaca, y los paraguas inmensos, de tela roja, y los vasos de cristal azulado en los que se veía un barco o la torre de Hércules y una leyenda: «Recuerdo de Vigo», «Recuerdo de Villagarcía», «Recuerdo de La Coruña»; en todo el piso bajo, en fin, entre tantos y tantos objetos más o menos útiles, tan solo un ser vivo, un gato, animaba las tinieblas con el suave ronquido de su respiración.

En el piso principal, el espíritu de Joao Pinto pudo contemplar, en una pequeña y limpia alcoba cuyas ventanas estremecían las ráfagas, el espectáculo siempre interesante, de una hermosa joven dormida, en la vaga luz de una lamparita de aceite; luego, varias habitaciones desiertas y oscuras, y en un gabinete, cuatro personas silenciosamente sentadas en torno de un velador.

Tres cuartos de hora antes que el espíritu de Joao Pinto cruzase sobre las Rías Bajas con dirección a Estocolmo, estas personas estaban así ya, y, en la misma extraña y muda actitud, apoyados los cuarenta dedos de las ocho manos en el borde del pequeño mueble, unidos entre sí los pulgares de cada cual y los meñiques con los de los vecinos; callados y quietos los cuatro seres miraban fijamente el disco de laca del velador, en el que unos chinos cazaban mariposas y unas chinas, sentadas sobre sus piernas, erizada la cabeza de alfilerones, tocaban una rara especie de laúd.

Tres cuartos de hora. El señor Montrove, —copropietario de El Gran Chaco, Sociedad anónima de responsabilidad limitada— padecía mucho

porque no había podido fumar. Suspiraba y rompía algunas veces el círculo mágico de las manos, alzando una de las suyas para rascarse la frente. Una vez dijo, con voz casi cavernosa, como si se le ocurriese algo trascendental:

—¡Qué noche de lluvia!

Pero la digna solterona Sofía Sobral —copropietaria así mismo de El Gran Chaco, que con su hermano don Pedro el gerente de la Sociedad; su único dependiente, Marcos Formigón, y el citado señor Montrove, había puesto sitio al velador de tres pies— acogió aquella aguda observación con un vivo gesto de contrariedad en su rostro empalidecido y enjuto.

—¡Así es imposible! —gruñó en voz baja, rápida mente—. Es preciso reconcentrarse bien.

Todos callaron, y el señor Montrove juntó sus cejas peludas y clavó en uno de los chinos cazadores de mariposas una mirada larga y terrible, que duró más de siete minutos, y se dulcificó después lentamente hasta adquirir esa expresión propia de los ojos de un hombre que no piensa en nada.

A las doce menos cuarto se atrevió a susurrar, como si hablase consigo mismo:

—Me parece que hoy no acudirán tampoco.

Esperaba encontrar un apoyo, promover un movimiento de opinión acorde con su escepticismo, pero nadie le contestó. Entonces suspiró para hacerse perdonar sus palabras:

—¡Será una pena!

Algún tiempo después, la cabeza de Marcos Formigón hizo un violento signo afirmativo, y sus manos desaparecieron de la superficie del mueble, como si se hubiesen caído al suelo. Entonces doña Sofía gritó:

—¡Este chico! ¡Pedro, que se está durmiendo este chico!

—¡Es una vergüenza! —censuró Montrove, que se estaba durmiendo también y que temía que lo hubiesen notado—. ¡Es una vergüenza! No comprendo cómo puede dormir tanto este chico.

—¡Chicoooo…! —amonestó don Pedro en tono de bajo profundo.

Y el círculo mágico se restableció.

En este momento fue cuando el espíritu de Joao Pinto voló sobre El Gran Chaco y se sintió atraído hacia él. Se debatió, primero, como un pez que se advierte arrastrado por el sedal o como una gallina en la boca de un raposo que corre hacia su madriguera. Gimió, luchó, pero todo era inútil, y bien lo sabía Joao Pinto. Se resignó, al fin, rezongando:

—¡Vaya un contratiempo fastidioso! Me van a desesperar ahora estos imbéciles.

Entre todo lo que pudiera molestar a Joao Pinto en su nuevo estado, nada había que le irritase más que esta obligación de acudir a mover los veladores en cuanto lo deseasen unos desocupados, y contestar a todas las preguntas estúpidas que le dirigían. Verdaderamente, estaba furioso contra esta carga de su extrahumana existencia, y otros muchos espíritus pensaban como él. Raras veces encontraba en redor de aquellos muebles antipáticos gente culta con la que poder echar un párrafo. Casi todos los experimentadores le preguntaban por difuntos que habían sido parientes o amigos de ellos, o le rogaban que les buscase objetos perdidos. Esto era humillante. En los tres años que llevaba de muerto, Joao Pinto tenía muy estimables motivos para sentirse disgustado por tales costumbres.

Sin embargo, no era posible eludirse. Bajó, bajó, atravesó las nubes, y el tejado, y las buhardillas, y el techo de vigas recias; se acercó al velador y comenzó a hacer terribles esfuerzos para moverlo.

«¡Acabemos pronto!», se decía. Y lo obligó a inclinarse.

—¡Oh! ¡Oh! —hizo doña Sofía—. ¡Está ahí, está ahí! ¿Han sentido ustedes?

—Entonces… ¿qué es? —balbució Montrove, creyendo que se había vuelto a quedar dormido y que soñaba—. ¿Ha caído uno?

Decía esto como si se tratase de un conejo que hubiese pisado una trampa. El espíritu de Joao Pinto debió de sufrir, pero continuó moviendo trabajosamente el velador. Marcos Formigón, entre asustado y curioso, miraba el viejo trasto casero como si le hipnotizase. Don Pedro, lívido de temor, dirigía al mueble, con voz un poco temblorosa, las mismas palabras que se dirigen a un caballo para tranquilizarle:

—¡Vamos, vamos! ¡Sooo…

Esperaba ir a ver al hasta entonces inofensivo y pacífico velador agitarse más y más, emprender un galope furioso por toda la casa.

Solo doña Sofía, la vieja supersticiosa, familiarizada con todas las leyendas y cuentos de aparecidos, y a la que se le hubiera antojado muy natural encontrar un espectro detrás de cada puerta y hasta dentro de los baúles de su almacén, conservó cierta lucidez en aquellos instantes. Nerviosa, con un ligero tic en los labios, habló para recomendar al espíritu que contestase por golpes, con arreglo al método usual en estos casos. Luego preguntó:

—¿Eres el espíritu de Enrique, el de Láncara?

El velador batió dos veces el suelo con una pata, lo que quería decir: «No.»

—No. Entonces, ¿quién eres?

Si Pinto fuese a decir todos los apellidos, se vería obligado a estar la noche entera alzando y dejando caer el velador. Prefirió contestar, somera y despreciativamente:

—Joao.

—No entiendo —dijo Sofía—. ¿Quién eres?

El espíritu de Pinto, sumido en la desesperación de lo irremediable, pensó que, para abreviar las preguntas, era preferible dar el nombre de algún difunto harto conocido. Respondió esta vez con un sarcasmo que era inadivinable en las patas del velador:

—Soy el rey don Sebastián.

—Es el rey de San Sebastián —tradujo doña Sofía a sus compañeros—; algún personaje: no importa. Vamos a ver —añadió, dirigiéndose nuevamente al espíritu—: ¿Conoces a Enrique Láncara?

—No —batió el velador.

—No lo conoce —susurró Montrove, cada vez más aterrado—. Creo que debíamos dejar que se fuese.

—Aunque no le conozcas, ¿estás enterado de lo que hace mi sobrina Ildara?

El espíritu de Joao Pinto se estremeció presintiendo un largo y fútil relato; hizo girar rápidamente el velador y golpeó el suelo una vez.

—Sí —exclamó alegremente sorprendida la solterona—. ¿Sabes que, en vida, tuvo relaciones con ella?

—Sí —respondió Pinto.

—¿Y que se hizo enterrar con dos retratos que poseía de Ildara?

—Sí —respondió Pinto.

—¿Y que se hizo enterrar con dos retratos que poseía de Ildara?

—Sí —afirmó el mueble.

—Dios mío! ¡Lo sabe todo, lo sabe todo! —comentó la anciana con júbilo —. Oye, espíritu: deseamos saber si, como yo sospecho, la enfermedad que mi sobrina padece se debe al maleficio que, dentro de su tumba, ejerce Láncara sobre esos retratos.

—Sí —confirmó el velador, dando un gran brinco.

—¿Debemos, pues, quitárselos para curar a Ildara?

—Sí.

Doña Sofía elevó sus manos al cielo para bendecir al Señor por el bien de aquellas revelaciones. Deshecha la cadena, el espíritu de Joao Pinto se desprendió apresuradamente del velador, volvió a atravesar el techo y las

buhardillas y el tejado y desapareció hacia el Norte, murmurando terribles denuestos. Nunca hemos tenido ocasión de conocer nuevas noticias suyas.

Cuando se convencieron de que su invisible visitante había huido, los propietarios de El Gran Chaco y su dependiente contempláronse los unos a los otros con estupor, como si hasta entonces no se hubiesen dado exacta cuenta del singular acontecimiento a que asistieran. Doña Sofía, súbita mente excitada, comenzó a dar rápidos paseos por el gabinete, repitiendo:

—Todo está aclarado. Para que se vea que yo tenía razón. Todo aclarado. ¿Quién tenía razón? Nadie más que yo, nadie.

Los presentes estaban harto acostumbrados a oír afirmar a doña Sofía, con cualquier pretexto, que nadie tenía razón más que ella. Así, no concedieron esta vez la importancia debida a sus manifestaciones.

Don Pedro Sobral y el señor Montrove, aliviados de su miedo por la desaparición del espíritu, sentían esa necesidad de hablar que experimenta el hombre que sale ileso de un peligro, y se lanzaron a comentar animadamente el éxito de la sesión.

—Usted no creía que asistiese ningún espíritu —acusó Sobral a su consocio.

—Es verdad —contestó este, un poco humillado.

—Quizá no admitía su existencia. Confiéselo usted —retó, ebria por la victoria, doña Sofía.

—¡Oh, no; eso, no! Querida amiga, ¿cómo puede usted decir eso? —protestó Montrove, que temía vagamente las represalias de los espíritus contra su escepticismo anterior—. Me aflige usted; se lo aseguro. Precisamente, yo he conocido un caso interesantísimo.

Bajó la voz para afirmar:

—Yo he sido el confidente de un hombre que habló con un espectro.

Encendió un cigarrillo y contó:

—Era un amigo mío que estaba empleado en la Delegación de Hacienda de esta provincia, a las órdenes del abogado del Estado. Puedo declarar que este abogado era un hombre honorable a carta cabal, aunque no perdonaba las faltas de asistencia de sus subordinados. A mi amigo le gustaban bastante las diversiones nocturnas, sobre todo cuando podía beber en ellas buen vino blanco del Avia. Nunca he probado estas inclinaciones de él, porque el vino tinto de Amandi me parece mejor y traiciona menos. Si me hubiese hecho caso, quizá no habría ocurrido lo que ocurrió. Una mañana, su jefe quiso buscar unos documentos en lo alto de una estantería. «Señor Couceiro —le dijo a mi amigo—, hágame el favor de sujetar la escala.» Couceiro fue a

sujetar la escala. «¿Podrá usted?», inquirió el jefe cuando estaba en el primer peldaño. Couceiro, que no había dormido en toda la noche, debió contestar honradamente: «No sé si podré.» Pero contestó que él era capaz de sostener con una sola mano la escala de Jacob. El vino blanco es así. Cuando el digno abogado del Estado se encontraba cerca del techo, flaquearon los brazos de mi amigo y perdió el equilibrio la escala. Cierto es que mi amigo gritó dos o tres veces desesperadamente: «¡Cuidado, cuidado!» Pero su jefe, que iba por el aire, no pudo tener ya cuidado alguno. Tan poco tuvo, que batió una sien contra la esquina de una mesa y murió.

—¿Murió? —preguntó, horrorizada, doña Sofía.

—Sin decir «¡ay!». Naturalmente, Couceiro tuvo un profundo pesar, porque era hombre de gran corazón, y hasta buen patriota, y se daba cuenta de que el Estado había perdido el mejor de sus servidores, para el que no existían horas de reposo ni días de fiesta cuando se trataba de resolver en expedientes voluminosos e inacabables esas cuestiones que a los ignorantes nos parecen tan sencillas. Couceiro no olvidaba a su jefe; pero aunque lo hubiese intentado, sería inútil, porque una noche (cinco o seis días después de la muerte del funcionario) encontró su espectro en un callejón.

—¿Y qué hizo? —indagó don Pedro.

—Apretó a correr. Era un hombre templado, otros no habrían podido desclavarse del sitio. A la noche siguiente lo volvió a encontrar. El fantasma lo llamaba con sus pálidas manos. Entonces, Couceiro se resignó a no salir de la taberna hasta que amaneciera. Y al amanecer (esta es la verdad) tampoco salió, porque ya no podía moverse. Es lo que tiene el vino blanco. Hay que hacer honor al espectro diciendo que no entró nunca en el bodegón. Pero surgió una mañana junto a la mesa de trabajo de Couceiro, que se había quedado solo en la oficina. Couceiro comprendió que estaba perdido y que aquel fantasma le perseguirla hasta el fin de sus días, pidiéndole cuentas de la existencia que le había arrebatado involuntariamente. Se arrodilló con las manos cruzadas para suplicar. «¡Perdóneme usted! No lo hice a propósito. ¡Mandaré decir misas gregorianas!»

Pocos fantasmas hay que se resistan a este ofrecimiento; sin embargo, aquel lo rechazó con una triste sonrisa. «¿Qué debo hacer?», gimió Couceiro. Entonces la aparición dijo con una voz firme, pero que parecía llegar de muy lejos: «El expediente contra el botero José Muiños (a) Cherepa y tres más, por contrabando de tabaco, que tenía yo en estudio, se deslizó bajo ese armario cuando caí. Lo busca el señor delegado vanamente. Entrégueselo usted.» Couceiro se puso a gatas y encontró el legajo. Después cruzó el dedo índice y

el pulgar de la mano derecha, los besó con fervor y aseguró: «¡Será cumplida su voluntad! ¡Lo juro!» La sombra del señor abogado del Estado torno a sonreír y fue empalideciendo, atenuándose, hasta que se borró. Y no volvió nunca a molestar a nadie.

Los oyentes del señor Montrove suspiraron.

—No quiero quitar mérito a esa relación —opinó doña Sofía—; pero, sin vanidad ninguna, creo que tiene tanto interés lo que aquí ha ocurrido esta noche, y mucho más lo que le sucede a mi sobrina.

—¡Pobre hija mía! —se dolió don Pedro.

—Mañana —ordenó la solterona— debemos reunirnos para adoptar una decisión. Ahora, acostémonos. Son las doce y media. La almohada tiene fama de aconsejar bien, y acaso al levantarnos haya trazado mi plan.

Montrove se acercó a una ventana y miró al exterior. La calle estaba oscura (todas las luces se apagaban a las doce en el pueblecillo); se oía el chorrear continuo de los rebosantes canalones sobre las baldosas, el zoar del viento. Montrove se confesó, tras este decir misas gregorianas.

Pocos fantasmas hay que se resistan a este ofrecimiento; sin embargo, aquel lo rechazó con una triste sonrisa. «¿Qué debo hacer?», gimió Couceiro. Entonces la aparición dijo con una voz firme, pero que parecía llegar de muy lejos: «El expediente contra el botero José Muiños (a) Cherepa y tres más, por contrabando de tabaco, que tenía yo en estudio, se deslizó bajo ese armario cuando caí. Lo busca el señor delegado vanamente. Entrégueselo usted.» Couceiro se puso a gatas y encontró el legajo. Después cruzó el dedo índice y el pulgar de la mano derecha, los besó con fervor y aseguró: «¡Será cumplida su voluntad! ¡Lo juro!» La sombra del señor abogado del Estado torno a sonreír y fue empalideciendo, atenuándose, hasta que se borró. Y no volvió nunca a molestar a nadie.

Los oyentes del señor Montrove suspiraron.

—No quiero quitar mérito a esa relación —opinó doña Sofía—; pero, sin vanidad ninguna, creo que tiene tanto interés lo que aquí ha ocurrido esta noche, y mucho más lo que le sucede a mi sobrina.

—¡Pobre hija mía! —se dolió don Pedro.

—Mañana —ordenó la solterona— debemos reunirnos para adoptar una decisión. Ahora, acostémonos. Son las doce y media. La almohada tiene fama de aconsejar bien, y acaso al levantarnos haya trazado mi plan.

Montrove se acercó a una ventana y miró al exterior. La calle estaba oscura (todas las luces se apagaban a las doce en el pueblecillo); se oía el chorrear continuo de los rebosantes canalones sobre las baldosas, el zoar del

viento. Montrove se confesó, tras este examen de la noche, que era una temerosa aventura lanzarse en aquellas hoscas tinieblas después de haber estado dialogando con los espíritus. Protestó:

—¡Vaya una noche!

—Ahora llueve menos —afirmó doña Sofía con el optimismo de quien no tiene que salir de casa.

—Sí —concedió Montrove—. Llueve menos.

Y se abrochó valerosamente el gabán. Pero recordó que no debía salir sin encender un cigarrillo, y lo hizo y rehízo con extraordinarios escrúpulos, y lo encendió hasta que la cerilla le quemó los dedos.

Tampoco entonces pudo salir, porque le pareció haber perdido su paraguas. Pero el paraguas fue descubierto en seguida por doña Sofía. Montrove, con este feliz motivo, quiso contar cuántos paraguas había perdido en su vida y cierta anécdota de un día que, estando en Buenos Aires, había sido sorprendido en el campo por un aguacero horroroso. La solterona bostezó tantas veces, que cohibió el ánimo del narrador.

—¡Ea! —dijo este, al fin—. ¡Pues hasta mañana!

—Hasta mañana.

—Descansar bien.

—Gracias.

—Y que no se alteren los nervios con todo esto.

—¡Oh! —rechazó doña Sofía—. Los míos no se alterarán.

—Ni los míos —bramó Montrove—. ¿Por qué había de alterarme? Yo no me altero nunca.

Pero pensaba con desesperación que ya no tenía más remedio que marcharse.

—Buenas noches.

Marcos Formigón, con los ojos enrojecidos de sueño, dio algunos pasos tras él, llevando en la mano la enorme llave de la puerta. Montrove le contempló de pronto con mirada enternecida.

—Formigón —le dijo—, esta lluvia me hace recordar que yo te ofrecí un impermeable.

—¿A mí? —interrogó Marcos, sorprendido, porque jamás le habían hecho tal promesa.

—¡Dios mío, sí! Un magnífico impermeable viejo que ya no me pongo nunca. Siempre que lo veo me digo: «Este es el impermeable que he ofrecido a Marcos, y aún no se lo di.» Mi mujer me lo reprocha siempre. ¡Tengo tan

mala memoria…! Pero de hoy no pasa; te acercas conmigo a casa en un momento, y te lo arrojo por el balcón.

Marcos insinuó:

—Muchas gracias, señor Montrove. Otro día… ¿Para qué se va usted a molestar? ¿No es mejor otro día?

—Otro día me olvidaré. Será ahora mismo. Ponte la gorra. ¡Andando! Te cobijaré bajo mi paraguas.

Y se marchó, arrastrando al joven, asido a él como si se propusiese empujarlo más pronto hacia el primer espectro que viniese para poder escapar a costa suya.

II

La hija de don Pedro Sobral había admitido los galanteos de Enrique Láncara cuando este regresó de Compostela con su título de abogado. Todo el mundo sabe que la abogacía es la más inútil de todas las ciencias; pero no se puede negar que desarrolla en sus discípulos una terrible propensión lírica.

Enrique Láncara, cuando apareció, brillantemente licenciado, en su pueblo natal, tenía para la colectividad un valor mucho menos práctico que Marcos Formigón o que cualquiera de los tres guardias municipales que constituían el Cuerpo de Vigilancia de la villa; pero improvisaba versos con cierta facilidad, y él fue el culpable de que el único semanario que se publicaba en el distrito adquiriese, bajo la influencia de su colaboración, un matiz sentimental tan acentuado, que experimentó en poco tiempo cuarenta bajas de suscriptores.

Láncara era hijo único de un matrimonio acaudalado, y los Sobral vieron en él con agrado un futuro marido para Ildara. Pero el idilio duró apenas seis meses. Enrique murió. Muy grave ya, casi agonizante, escribió a su prometida una carta conmovedora, aunque conservaba la misma ampulosa y romántica condición de estilo a que tan aficionado era el joven antes de descubrirse su insuficiencia mitral.

«Voy a morir —decía—, sé que voy a morir. He mandado que entierren conmigo los retratos tuyos que poseo. La tumba no me inspirará temor si está tu imagen a mi lado. Creo en la supervivencia del espíritu y en la posibilidad de que con pasos callados, pueda seguir los tuyos por la vida. En el viento que te acaricie, Ildara; en la sombra de tu cuerpo, en el rayo de sol que llegue a ti, estaré yo muchas veces. Piensa, al oír el viento, al mirar las sombras o el sol,

en la soledad o entre el bullicio de las gentes “El está aquí…” Y sentirás, aun muerto yo, toda la dulzura de mi cariño envolviéndote.»

Esta carta hizo llorar copiosamente a Ildara y a su tía, y humedeció también los ojos de Montrove y de Sobral. Unánimemente, la Sociedad anónima de responsabilidad limitada convino en que era una gran pérdida la de un muchacho tan sentimental y tan inteligente, y cuando así ocurrió, dos días después, la aflicción de aquellas honorables personas fue sincera.

Pero otra atribulación solicitó sus preocupaciones. Tres o cuatro meses más tarde la salud de Ildara sufrió un visible quebranto. Desmayábase sin pretextos la joven, andaba constantemente empalidecida y como obsesionada por un pensamiento. Perdió el apetito, experimentaba fuertes crisis nerviosas, y el horror que sus insomnios le producían obligó a la solterona a trasladar su lecho a la misma alcoba de su sobrina, y esta le descubrió al fin el secreto de sus males.

—¡Es la carta, madrina! —sollozó Ildara, ocultando el rostro en el regazo de doña Sofía—. ¡Es la carta!

—¿Qué carta, ángel de Dios?

—La carta de Enrique.

A medida que el débil cariño de aquel breve noviazgo de la joven se iba apagando, el recuerdo de la carta del moribundo se agigantaba en ella, pero con matices diversos. Primeramente, la rememoraba con emoción, agradecida al amor que revelaba y sintiéndose así mismo penetrada de él. Deseaba, en los primeros días, morir ella también, dulcemente, para reunirse al amado. Después fue menos violento su dolor, y repetía las frases de la epístola con una melancolía que ya no le arrancaba lágrimas ni le suscitaba pensamientos fúnebres. Una noche en que el viento del mar sacudía furiosamente las ventanas y se quejaba, lúgubre, bajo las puertas, Ildara pensó en el novio muerto. Pero ahora, más lo vio como muerto que como novio, y tapó su linda cabeza con las mantas del lecho, estremecida de horror.

Desde entonces las frases de la carta fueron para ella no el adiós cariñoso de un enamorado, sino la amenaza de un difunto. Pensaba en la persecución del espíritu de Enrique, y creía sentirlo siempre en su redor, y no advertía, ciertamente, aquella dulzura que auguraban las últimas líneas de la carta, sino un pavor profundo que crecía cada noche y amenazaba con enloquecerla. Era la cautiva de un fantasma. Terribles pesadillas le hacían despertar, jadeando de ansia, con los ojos dilatados, mirando, aterrada, el leve vaivén de las sombras que en su alcoba oscilaban cada vez que oscilaba la llama de la lamparita de aceite. Por una singular especie de pudor, evitó durante mucho

tiempo hacer confidencias a su familia. Pero la obsesión se acentuaba. Ultimamente, el tema de sus espantosos sueños era la aparición de Enrique, que intentaba arrastrarla hasta su propia tumba. Cuando doña Sofía oyó a Ildara, meditó un momento y exclamó:

—Son los retratos. No cabe duda de que todo eso te ocurre por los dichosos retratos.

Lo que doña Sofía no supiese en asuntos de índole sobrenatural no lo sabía nadie en todo el antiguo reino de Galicia, que es seguramente el país que posee un caudal más amplio de conocimientos acerca de brujerías y costumbres de ultratumba. No se escapó a la perspicacia de la solterona una singularidad de los sueños de su sobrina. La primera noche, en su forcejeo con el fantasma de la pesadilla, Ildara se había desprendido de él en la misma alcoba. La segunda noche el espectro la había arrastrado hasta la calle. En la última pesadilla, Ildara había conseguido huir cuando ya veía las tapias del cementerio, blancas y siniestras en la oscuridad. El esfuerzo que hacía para escapar y la alegría de su liberación la despertaban siempre. Doña Sofía recogió atentamente estos detalles y murmuró:

—¡Hum! Algo quiere ser eso. Algo quiere ser… ¿Y no oyes nunca cantar un gallo?

No. No se acordaba de que en sus sueños cantase nunca un gallo.

Doña Sofía acarició la frente de la joven y ofreció:

—Yo te libraré de todo. Ten confianza en mí.

Y corrió a tener una conferencia con su hermano.

—¿Sabes lo que te digo, Pedro? Que nuestra Ildara está en muy grave peligro.

—¿Qué tiene? —indagó el padre, alarmándose.

—Tiene aire de muerto —diagnosticó la anciana.

—¡Oh!

Don Pedro sabía que aquello no era para tomarlo a broma. Se puede padecer aire de gato, aire de muerto y aire de mujer preñada. Cualquiera de ellos es bastante para ir acabando con uno, poco a poco, sin que los médicos sepan a qué atenerse jamás. Pero el aire de muerto es verdaderamente el más temible y el que requiere más complicados y difíciles exorcismos.

—¿De qué muerto? —balbució Sobral cuando se recuperó de su sorpresa.

—De Enrique, el de Láncara.

—Pero Ildara no estuvo ni un instante junto al cadáver. Mal pudo el aire…

—Pero están los retratos dentro de la caja del difunto.

—¡Así Dios me salve! ¡Es verdad!

Montrove, enterado de la misteriosa tragedia opuso a las afirmaciones de doña Sofía un escepticismo intransigente. ¿A quién le contaban esas paparruchas? El no era un paleto. El había viajado; había estado en la Habana y en la Argentina; visto mundo, en fin. Y en el mundo la gente se muere del corazón, de los pulmones, del hígado y por culpa de estos y de los otros microbios. Pero ¡de aires de gatos y de aires de difuntos!… ¡Vaya, hombre! Anemia, anemia era lo que tenía aquella chiquilla. ¡Hierro con ella!

Casi convenció a Sobral; por lo menos, este ya no se atrevió a asentir a la tesis de su hermana. Fue entonces cuando comenzaron las sesiones de espiritismo —infructuosas durante mucho tiempo—, coronadas con el resultado que hemos referido ya y que decidió la victoria francamente por doña Sofía.

La verdad es que esta, desde aquella noche, abusó un poco de su triunfo, y, a hacerle caso, se diría que en las regiones sobrenaturales no se hacía nada sin consultársele. Sembró la casa de amuletos, colgó una bolsita con dientes de ajo del cuello de Ildara, y más de una vez llevó la inquietud al espíritu de Pedro Sobral, afirmando que había visto el espectro de Láncara, ya en un pasillo oscuro, ya al través de una ventana, ya deslizándose con aire despreocupado entre las pirámides de baúles del almacén.

Trascendieron las noticias de tan singulares ocurrencias, e Ildara dejó de salir a la calle, tanto por el reposo que le imponía su debilidad como por rehuir la curiosidad y la compasión de las gentes. Solía pasar las tardes en el descuidado jardín que se extendía tras la casa, y, al anochecer, un vago terror la empujaba hacia las habitaciones iluminadas ya. Los domingos, Marcos Formigón —que servía en El Gran Chaco desde su infancia y que en él vivía como dependiente interno— acompañábala mientras los dignos miembros de la Sociedad de responsabilidad limitada esparcían su ánimo en las deliciosas incidencias de una inacabable partida de tresillo.

Y fue en una de esas tardes de ocio cuando, después de un silencio duradero, inquirió Ildara:

—¿Me contarás la verdad si te pregunto una cosa?

—¿Qué cosa? —indagó prudentemente Marcos.

—¿Es cierto que hace unos días tuvisteis una sesión de espiritismo y apareció el diablo montado en un perro blanco y negro?

—¿Quién dijo tal?

—La criada.

—La criada es idiota —murmuró Marcos despreciativamente.

—Marcos —gimió la infeliz—, yo tengo mucho miedo.

Formigón enarcó sus hombros robustos.

—La verdad es —dijo con agrio humor— que nadie más que tú tiene la culpa de lo que te pasa.

—¿Porqué?

—Eso de los retratos. ¿Quién te mandó darle los retratos?

—Era mi novio.

—Claro… sí…, era tu novio… ¿Y por qué fue tu novio? —gruñó Formigón.

La pregunta era de tal modo simple, que Ildara se limitó a mirarle sorprendida y no contestó. Agregó Marcos:

—Cuando se tiene un novio y se le dan unos retratos y no se rehúsa la posibilidad de casarse con él es que se le quiere…

—Hacia unos versos muy bonitos.

—¡Versos, versos! Te juro que no he entendido aún bien para qué sirve eso de los versos. Pero yo iba a decirte: cuando se quiere a un novio, ¿por qué asustarse, vivo o muerto, de él? Si una persona a quien yo quisiera se muriese, desearía seguir viéndola.

—Eso es una atrocidad.

—No es una atrocidad. Yo no les tengo miedo a los muertos. Y para que sepas que es verdad: ¿ves estas castañas de la India que me dio tu tía para librarme de las almas en pena? Pues… ¡allá van!

Marcos Formigón lanzó con toda su fuerza los amuletos por encima de la tapia. Luego cruzó heroicamente los brazos.

—¡Que aparezcan ahora esos señores!

Ildara le contempló admirativamente; pero pronto tornó a mover con melancolía la cabeza y suspiró:

—Bien hablas tú, Marcos; pero mis preocupaciones nacieron precisamente cuando yo pensé que acaso nunca había estado enamorada de Enrique.

—¿Nunca?

—¡Ay, Marcos, temo que haya sido así!

Hubo un silencio.

—Eras muy niña —definió el joven en voz baja, amontonando la arena a sus pies con el recio zapato.

—Y fue el primer hombre que me habló de cariño —se disculpó ella…

—Sí, fue el primero —otorgó él—. Y en verso, que manda mucha fuerza.

Otro silencio.

—¿Sabes lo que pienso hacer, Ildara?

—¿Qué piensas hacer?

—No digas nada a nadie…

—No lo diré.

—Pues… me parece que me marcharé a América.

—¿Has tenido algún disgusto en casa?

—No. Voy a hacer fortuna. Cuando tenga mucho dinero volveré. Entonces, si me dejáis, seré vuestro socio.

—Papá y madrina se apenarán mucho al saber que nos dejas.

—¡Oh! ¡Aún no tengo nada arreglado! No se lo adviertas. Es preciso que lo sepan por mí.

Volvieron a callar. El dijo:

—¿Es verdad que no quisiste a Enrique?

—Es verdad.

—Y si yo traigo esos malditos retratos, ¿me darás uno tuyo cuando me marche a América?

—Te darán en casa los de todos.

—Yo quiero uno que me des tú.

La miró con sus grandes ojos claros, llenos de bondad, y al advertir una vaga turbación en el rostro del joven, ella se sintió turbada también. Sonrió forzosamente:

—¿Por qué no he de dártelo?

—Imagina que muero en aquellos países y que dispongo que me entierren con él.

Ildara rió. Pero el silencio no volvió a ser roto, porque ambos sintieron como una embarazosa timidez. Al fin, Marcos se levantó y entró en la casa mascullando un pretexto.

En el jardín iba posándose la noche; la luna, con la cara inclinada, asomó un solo ojo sobre la tapia, como para atisbar si los espectros rondaban ya por las vereditas que invadía el musgo o entre los altos eucaliptos cuyas hojas temblaban como de miedo o de frío. Y vio una forma blanca medio tendida en un banco de piedra. Esta forma blanca no ofrecía, en verdad, un temeroso aspecto. Entonces la luna se alzó un poco más y asomó los dos ojos. Y vio que aquella forma blanca era la de una hermosa muchacha que, a su vez, la miraba. La luna está habituada a recibir las confidencias de todos los soñadores, y se entera de lo que bulle en nuestras almas solo con que alcemos a ella las pupilas. Así, pudo saber claramente que aquella joven pensaba que cierto Marcos Formigón tenía unos ojos muy bonitos y un talle airoso y en

que era dulce y valeroso y bueno. Y en que iba a exponerse por ella en la macabra aventura de disputar una reliquia a la Muerte; y en que acaso en aquel viaje a América algo tendría ella que ver también.

Tranquilizada la luna, se alzó más, y mostró la bondadosa sonrisa de su ancha boca. La luna sonríe porque —no lo puede remediar— estos vulgares ensueños, que se le antojan a cada cual únicos e inefables, le causan gracia. Da su largo paseo por las alturas, y va sonriendo y pensando sin encono: «¡Pero, Dios mío, siempre decís lo mismo! Siempre estáis así: mirándome como bobos para contarme que si él, que si ella… Hormiguitas enamoradas, ¡qué iguales sois todas!»

III

Una noche, después de cenar, Formigón pidió permiso para salir a la calle. La petición era tan insólita, que Pedro Sobral y su hermana se miraron con sorpresa. El gerente de El Gran Chaco, Sociedad de responsabilidad limitada, dijo, al fin, con tono reservado y grave:

—Puedes salir. Creo, ya que tú lo dices, que te reclamará algún serio compromiso. Sin embargo, estoy en el deber de llamarte la atención acerca de los riesgos que acechan a un joven que sale por las noches de su casa.

Realmente, todos los peligros que podía correr un joven que anduviese de noche por la villa eran que le mordiese algún perro o caerse al mar si se aventuraba por los oscuros malecones de madera podrida. Sin embargo, Formigón escuchó aquella advertencia un poco ruborizado, baja la cabeza y dividiendo en menudas partículas con su cuchillo unas migajas de pan, ocupación que, por otra parte, cultivan muchos hombres de genio en sus sobremesas.

Doña Sofía era dueña de un espíritu más comprensivo, y ya fuese por propia iniciativa, ya obedeciendo a un misterioso guiño de su hermano, salió al encuentro del joven cuando este avanzaba hacia el portal, envuelto en su capa, y le preguntó maternalmente:

—¿Necesitas algo?

—Nada.

—No importa. Eres un hombre ya. No está bien que vayas así, sin dinero.

Y deslizó una peseta en la ancha mano de Formigón, que se resistía a aceptarla.

Y hete en la calle a Formigón. El aire era fresco, y cualquier vecino de las rías hubiese adivinado que la marea estaba baja solo por el penetrante olor a algas que llenaba el pueblo. Corrían hacia el cenit rebaños de negras nubes de formas extrañas; las aspas de luz de un faro simulaban de vez en vez breves relámpagos, y el silencio era dueño de aquel montoncito de casas. Solo al final de una calle Marcos oyó distintamente, al través de la puerta pintada de azul de una vivienda de pescadores, el llanto desesperado de un chiquillo y una voz de mujer —la voz de Juana, la Parrocha— que gritaba a su marido:

—Manuel, ve a buscar la centolla para que venga a coger a Manueliño.

Y el vozarrón del Parrocho, que gruñía con su fuerte acento de las rías, Silbando las cedas:

—¡Como vaya a buscar la sentolla!… ¡Malos mengues me lleven, sinvergüensa!…

Casi frente al mar —encalmado y negro—, la cortina roja de una taberna transportaba las luces del interior como un farolón suspenso en las tinieblas. Marcos entró. Varios marineros aguardaban el flujo de la marea para hacerse a la mar en sus dornas panzudas. Un hombrecillo de revuelto pelo gris y ojos estrábicos bebía aguardiente de caña cerca del mostrador, forrado de cinc, en el que había clavadas ceñudamente, para escarmiento, sin duda, de las demás que aún andaban por el mundo, algunas monedas falsas.

Formigón estaba tan emocionado como puede estarlo un pacífico tendero bruscamente introducido, por el azar de una aventura, en un ambiente de folletín. La taberna apenas era alumbrada por unos quinqués fuliginosos; los marineros ofrecían, dentro de sus trajes de mar, sensacionales siluetas. Y aquel hombre bizco y diminuto, de revuelto pelo, era, en fin, el sepulturero de la villa.

Marcos lo contempló atentamente, como si no lo hubiera visto jamás, a pesar de conocerlo tan bien como lo conocía el pueblo entero. Ahora le parecía, sin embargo, que en aquellos grises mechones encrespados y en aquel mirar torcido había algo misteriosamente estremecedor.

«Bebe para olvidar», se dijo.

Pidió café con ron y siguió cavilando. Seguramente aquel hombrecillo, que tenía su casa junto a las mismas paredes del campo santo y en comunicación con él, había presenciado muchas macabras escenas. Acaso poseía un alma encallecida ya, curada de horrores, y llamaría a los muertos «mis huéspedes» y pisaría impasible los huesos como los enterradores de las novelas. Muchas veces le había visto ir y venir por las calles, y nunca había pensado Formigón que el sepulturero Chavín fuera un tan siniestro personaje.

Diablo; pero no estaba allí, ciertamente, para filosofar. Saludó al hombrecillo:

—¿Cómo va, Chavín?

—Robusteciendo las canillas —contestó el otro, apurando su aguardiente.

«Es un terrible cínico», observó Marcos para sus adentros, y agregó en voz alta:

—¿Quiere beber conmigo una copa?

—He bebido muchas copas ya —objetó Chavín—; prefiero un vaso.

El tabernero sonrió y llevó un vaso de caña a la mesa de Formigón.

—La salud, ¿bien? —inquirió el enterrador acercándose.

—Bien.

—Es lo principal. Salud y sardinas. Si no hay sardinas, no hay nada. Dicen estos que están las rías llenas de sardinas.

—¡Ah! —comentó Marcos, al que la noticia no le importaba—. ¡Cuánto me alegro!

—Yo también me alegro mucho.

Bebió el aguardiente.

—Sí, sí; me alegro mucho; soy feliz. La sardina es el sostén de los pobres.

—Así es.

—Y el de los ricos —aventuró Chavín, alentado por el éxito.

—También el de los ricos —concedió el joven.

—¡Y… el de todo el mundo! —gritó el sepulturero, incorporándose casi hasta juntar su rostro al de Formigón—. ¿No hay sardina? ¡No hay dinero!

Después volvió a adoptar su primera actitud. Murmuró: «¡Concho!», como para cerrar con un enérgico broche sus afirmaciones, y se hundió en una meditación profunda ante el vaso vacío. El joven estaba un poco defraudado. Mandó llenar otra vez el vaso de Chavín, y él mismo bebió, carraspeando, una nueva copa de un ron corrosivo.

Cuando los pescadores salieron, se cerró la taberna. Marcos fingió una gran contrariedad.

—Lo siento, Chavín. Aún beberíamos algo más esta noche.

—Es muy tarde —gruñó el tabernero.

—¡Es muy tarde, es muy tarde! —remedó Chavín, tambaleándose—. ¿Ha oído usted lo que dijo? Pues me canta el mismo estribillo cada vez que vengo. A mí nadie me impidió nunca que bebiese: ni mi padre, ni mi difunta mujer, ni el señor alcalde. A mí el único que no me deja beber lo que me da la gana es, precisamente, el tabernero. ¿Qué? ¿Está eso bien?…

Marcos encogió los hombros.

—¡Bah! No importa. Llevaremos una botella.

Salieron con la botella.

—La beberemos en su casa de usted.

Atravesaron el pueblo dormido. Silencio en las calles y en las casas. Solo al transcurrir ante la puerta pintada de azul del Parrocho, oyeron el llanto infatigable del chiquillo y una voz de mujer que gritaba:

—¡Vete por la centolla, Manuel!

Y una voz hombruna, llena de sueño, que amenazaba sin fervor:

—¡Lo que es…, como yo vaya por la sentolla!…

El cementerio estaba en la falda del monte, algo distanciado de la villa, junto a la carretera real. Los dos hombres avanzaban cogidos del brazo. Formigón cortó el incongruente monólogo de su compañero para afirmar como en broma:

—¡Caramba, Chavín; no habrá muchos que le envidien su casa!

—¡Hermosa casa! !Casa higiénica! —ponderó balbuciente el borracho—. Veo el mar; veo todo…

—Pero los muertos…

—Ahí tiene usted… Eso es otra cosa… ¿A usted le gustan los muertos?… A mí tampoco. Palabra de honor. Nunca he podido acostumbrarme…

—¡Vamos, Chavín! Tanto le importaría a usted entrar en el cementerio de noche como de día.

—¡Un diablo entro yo de noche!

—Si yo le doy ahora veinte duros, ¿es capaz de abrir la tumba que se me antoje indicarle?

—Ni por la salvación de mi alma. ¡El Señor me perdone! Un muerto es un mal enemigo, Formigón, aunque nunca me hayan hecho nada. Todos ellos saben que Chavín los respeta… ¿Por qué no, qué no, echamos ahora un traguito?

—En su casa, Chavín.

Chavín siguió, dando tropezones, y comenzó a cantar, alborotando a todos los perros de las cercanías. Cuando llegaron al cementerio se santiguó frente a la verja que se abría sobre el lúgubre recinto. Poco después, en el comedor de su vivienda —una habitación pobremente amueblada con una mesa y unas sillas de pino—, encendió un candil y colocó unos vasos sobre el sucio tablero. Entonces señaló a su acompañante una recia puerta pintada de ocre sobre la que se veían clavadas muchas herraduras y un cuerno de buey; dos cerrojos de hierro estaban corridos y una llave colgada de un grueso clavo en la misma puerta.

—¡Ahí están! —dijo quedamente.

Volvió a santiguarse y se sentó.

Una hora más tarde, Marcos Formigón se dirigió a esa puerta, descorrió los cerrojos y abrió. Un soplo de aire frío conmovió la llama humeante del candil; chirriaron los goznes. Ni el aire ni el chirrido lograron que fuesen menos sonoros los ronquidos del sepulturero, que dormía absurdamente enovillado bajo la mesa. Parecía que un negro silencio se había cuajado, en un bloque impenetrable, al otro lado de la pared de la casa. La ráfaga se repitió, leve y periódica, como el aliento de un durmiente. Los ojos del joven tuvieron que mirar con fijeza unos instantes para alcanzar a ver la perdigonada de estrellas que taladraban el paño fúnebre de la noche y la sombra alta, grave y monjil de los cipreses. En el umbral, antes de pisar la tierra sagrada, en la que ya adivinaba vagamente la diseminada blancura de las losas, Marcos vaciló. Hizo la señal de la cruz. Y dio un paso hacia las tinieblas.

Al día siguiente encontraron su cuerpo en el camino real, con una ancha herida en la cabeza, ensangrentado y sin habla.

IV

Alrededor del lecho del herido, los miembros de la Sociedad anónima de responsabilidad limitada escuchaban con emoción el relato que su primer dependiente hacía de lo ocurrido en el cementerio, y, aunque las palabras del joven rebosaban sencillez, ninguno de los tres honorables propietarios de El Gran Chaco podía desentenderse de ese interés un poco escalofriante, de esa sugestión del misterio que ya había experimentado leyendo en la tienda algún folletín, en los meses en que la emigración disminuye y las ventas, por tanto, escasean, y los días se hacen inacabables y tediosos detrás del mostrador.

Marcos contó cómo, una vez borracho y dormido el sepulturero, se había apoderado él de una linterna y de una palanca de hierro y se había aventurado entre las tumbas, buscando el panteón de la familia Láncara, el mayor y más presuntuoso monumento de la necrópolis.

No le costó mucho tiempo llegar a él. Si se ha de creer la narración del joven, no le turbaba la fúnebre condición del lugar ni el recelo de que los difuntos le saliesen al paso para impedir la profanación que proyectaba. Iba preocupado porque ignoraba si la trampa de hierro del panteón, que daba acceso al subterráneo donde se realizaban los enterramientos, estaría cerrada con llave o candado que estorbase sus propósitos.

—¿No viste las lucecitas de la Santa Compaña? —le preguntó doña Sofía, interrumpiéndole.

—No.

—¿Ni te tiró de la chaqueta una mano que después resultó ser un hierro de la verja de una tumba?

—Nada, doña Sofía; llegué al panteón sin que me ocurriese nada.

Doña Sofía no pudo reprimir un gesto que quería decir: «¡Es raro!»; pero se calló, y Marcos continuó su historia.

Se acercó al panteón, todo de mármol blanco, sobre el que un ángel, lleno de angustia por la defunción de los Láncara, apagaba contra el suelo una antorcha de mármol blanco también. Formigón depositó la linterna en el suelo, arrodillóse e intentó alzar la férrea plancha pintada de verde que, al pie del mausoleo, casi al mismo nivel del suelo, cerraba el sepulcro. Fue el instante de mayor inquietud del joven. Pero la plancha obedeció a su esfuerzo. La levantó, manteniéndola asida con una mano, y pudo ver el suave resplandor de la lamparilla de aceite que en la estrecha cripta alumbraba constantemente un altarcito donde agonizaba, en su cruz, un Cristo de expresión dulcificada por los gustos de los modernos imagineros. Una escala casi vertical permitía el descenso a la cripta. Vaciló un poco el valor de Marcos. Pero (aunque esto no se decidió a confesarlo a los miembros de la Sociedad anónima de responsabilidad limitada) el recuerdo de la promesa hecha a Ildara le animó nuevamente. Entonces, entre la plancha y su encaje, colocó la palanca de hierro oblicuamente, para mantener abierta la trampa y descender. Aventuróse otra vez a mirar. Y en este instante resbaló la palanca, y la pesada y férrea hoja, girando sobre sus goznes, cayó rudamente sobre el cráneo de Formigón.

El golpe le aturdió, tuvo sabor a sangre en la boca y le pareció que la lamparilla del Cristo producía un súbito fogonazo deslumbrador. Luchó contra aquel peso que le oprimía como si su cabeza hubiera sido cogida por terribles tenazas, y logró desprenderse. Se puso en pie, tambaleándose. Del desgarrado cuero cabelludo brotaba abundantemente la sangre. Dio algunos pasos y cayó. Entonces le asaltó verdaderamente el miedo, un miedo impreciso y confuso… Huyó arrastrándose, y le parecía que no saldría nunca de allí, como en una de esas pesadillas en que se corre y se corre, y, sin embargo, no se avanza un milímetro.

Al fin, entró en la casa del sepulturero. Chavín continuaba tendido en el mismo lugar en que le había dejado. Un viento sutil —el viento que venía de recorrer las tumbas y de rezar en los altos cipreses, que eran en los ángulos

del cementerio como manos unidas que impetrasen de la altura piedad— entró tras el desventurado… Y él siguió… Entonces no tenía más que un pensamiento, en la confusión de todos sus pensamientos: huir. Rodó los peldaños que separaban de la carretera la humilde morada, y las fuerzas le abandonaron: se desmayó.

—¿Oíste aullar un perro? —inquirió doña Sofía.

—No oía más que así como un gran tumulto dentro de mí mismo.

—Sin embargo, no hay duda de que tuvo que aullar —afirmó ella—. En estos casos aúlla siempre un perro.

En un rincón de la alcoba, Ildara lloraba abundantemente. Había comenzado a llorar cuando entró y vio sobre la almohada el pálido rostro de Marcos, encuadrado en vendajes. Al principio sollozaba fuertemente; pero como esto le impedía oír el relato, prefirió seguir llorando en silencio, con gran satisfacción de los demás circunstantes.

—¿Y cómo diablos se te ocurrió ir a meterte en el panteón de los Láncaras? —gruñó Sobral sin mirar a su dependiente.

—Fui a buscar los retratos —balbució él.

—Ya adivino que fuiste a buscar los retratos; pero ¿quién te mandaba a ti emprender semejante aventura?

Sobral sospechando de su hermana, dejó caer sobre ella su mirada reprochadora. Esta mirada no alteró a doña Sofía, aunque tuvo la virtud de hacer ruborizar a Ildara en su rincón. La solterona opinó:

—Supongo que Marcos habrá procedido inspirado por el cariño que nos tiene. Yo no sabía nada…

—Nadie sabía nada —murmuró Formigón, recogiendo disimuladamente una ojeada de gratitud que salió del rincón de Ildara—. Lo hice sin consultárselo a nadie.

—Tal creo —apoyó doña Sofía—, y eso no disminuirá la gratitud que debemos por su buena intención a este muchacho.

—Bien, bien; pero si se divulga lo ocurrido, la Justicia querrá seguramente conocer a este muchacho y a nosotros también. Queda prohibido hablar del asunto a persona alguna.

Y, pronunciando estas palabras, salió don Pedro Sobral de la alcoba, seguido de su familia y del señor Montrove, que se había limitado a escuchar el relato moviendo la cabeza y asegurándose amargamente que todo aquello acabaría en que tendrían que subir el sueldo a Marcos Formigón.

Pese a la reserva impuesta por Sobral, circularon acerca del suceso comentarios y referencias que pronto abultó la fantasía ociosa de las gentes.

Se acogió al principio con benevolencia la versión de que Marcos y Chavín se habían emborrachado en una taberna del puerto, y que, acalorados por el aguardiente, habían reñido junto al cementerio. Pero alguna indiscreción de Chavín o de doña Sofía hizo barruntar la verdad, y la villa entera abandonó la hipótesis de la embriaguez, demasiado vulgar y de escasas sugestiones para la murmuración, y propaló con entusiasmo las nuevas noticias.

Casi todas las mujeres de la vecindad se acordaron de pronto que tenían que hacer una compra en El Gran Chaco, y acudieron a él a revolver cajas, desdoblar piezas de tela, manosear puntillas, golpear baúles con los nudillos para asegurarse de su resistencia y probar toda clase de gorras en las despeinadas cabezas de sus pequeñuelos. Después, con rara unanimidad, declararon que los precios eran cada vez más caros, y que no podían comprar nada. Y, por último, también por extraña coincidencia, preguntaban si era verdad que al dependiente del almacén —retenido aún por su herida en las habitaciones— se le habían metido los diablos en el cuerpo la noche en que había saltado las tapias del campo santo, o si tan solo ocurriera que la Santa Compaña le había topado en su camino y le había puesto en la mano el fachuzo de pajas encendidas.

En sus conversaciones con doña Sofía, el grave y digno señor Montrove se lamentaba del mal que, según sus sospechas, se derivaría de todo aquello para el negocio.

—Esto solo puede pasar en España —rugía—, que es un país atrasado. En la Argentina no hay fantasmas…

—¡No es verdad! —protestaba la solterona, indignada—. ¡Hay fantasmas en todo el mundo!

—Bueno —concedía Montrove—; pero, si los hay, no se meten en los negocios de nadie. Allí monta usted un negocio, y puede ir a la quiebra por cualquier razón; pero por culpa de un fantasma, nunca. Aquí, cuando la gente crea que guardamos un espectro dentro de cada baúl, huirá de nosotros.

El único semanario del distrito, aquel cuyas columnas tantas veces habían servido de cauce para el torrente lírico del novio de Ildara, agravó las cosas, publicando una información acerca de lo acaecido. Recogía, idealizándola, la acusación de vampirismo que pesaba sobre Enrique, y aseguraba que Marcos Formigón había penetrado en el cementerio con el propósito de realizar el conocido conjuro contra los vampiros.

«Afirma el rumor público —agregaba— que próximo ya al panteón, delicada obra de arte que mostramos con orgullo a los forasteros, el atrevido joven vio alzarse ante sí la sombra de nuestro malogrado colaborador. Ceñía

su cabeza la corona de laurel que era antaño premio de los poetas gloriosos. Su marmórea palidez recordaba la palidez de la inspiración, que tantas veces había escalofriado su cuerpo con el próximo batir de las alas. Sí. Nosotros vemos a nuestro honrado colaborador tal y como pudiera alzarse de la tumba, si es verdad que los muertos se alzan en ella alguna vez antes de ser llamados al Juicio de Dios Nuestro Señor. Y no de otra manera pudo presentarse. Acaso en la siniestra mano se habría hecho visible aquella lira ideal a la que él supo arrancar en vida acentos de honda ternura.

»Añade la vox populi (voz del pueblo) que la sombra del joven e infortunado maestro, cogiendo con misteriosa fuerza al imprudente profanador de su reposo, lo arrojó sobre las tapias, a la carretera, donde quedó malherido.

»¿Qué hay de verdad en todo lo referido? Tan solo a título de información lo acogemos. Los misterios del más allá son insondables, y la incredulidad de muchos hombres a este respecto ha sido duramente castigada; pero también la censurable y pecaminosa superstición atribuye con frecuencia crímenes fantásticos o fenómenos fácilmente explicables. Nosotros que odiamos la vulgaridad de lo cotidiano, nos advertimos subyugados por el sentimentalismo de esa versión que asegura que el alma del poeta muerto vaga alguna vez dulcemente en torno a la amada vida. Desde luego, si hubo, no ya en todo el distrito, sino en toda la provincia, un poeta capaz de serlo hasta ultratumba, fue nuestro inolvidable colaborador y amigo el joven abogado don Enrique Láncara.»

Así decía el periódico. Montrove, al leerlo, murmuró algunos dicterios; Sobral volvió a repetir que la Justicia terminaría por intervenir en el asunto; pero doña Sofía no tuvo inconveniente en reconocer que aquel relato le había gustado mucho más que La historia de un hombre contada por su esqueleto, que había adquirido atraída por las promesas del título, pero que «no le acaba de llenar». Y que era una pena que las cosas no hubieran ocurrido realmente así.

V

El día en que Marcos abandonó el lecho volvieron a encontrarse los dos jóvenes en el jardín de la casa. Ildara fue y vino por los senderos, hasta que, al cabo de muchas vueltas, hallóse junto al dependiente. Entonces habló, ruborizándose:

—Tengo que darte las gracias, Marcos.

El se sorprendió tan exageradamente, que el más bondadoso e inculto profesor del Conservatorio Nacional le desaprobaría.

—¿Por qué?

—Por eso…

—¡Ah! —hizo él, como si las dos breves palabras de la joven hubiesen sido una larga explicación—. No tienes qué agradecerme.

—Sí.

—No.

Ella hizo un mohín de resignación y calló un instante.

—Entonces, nada… Había creído que lo hicieras por mí…

Marcos miró para la copa de un eucalipto.

—Más bien lo hice por tu madrina.

Ildara se alejó unos pasos, pero volvió a decir:

—Comprendo que estás disgustado conmigo por haberte puesto en ese trance; bien sé que de tu herida nadie tiene la culpa más que yo…; pero yo…, yo…

Le estranguló la voz un sollozo. Entonces, Marcos, trocada su indiferencia en solícito apuro, quiso tranquilizarla:

—Pero ¡si yo no estoy disgustado!… ¡Sí, sí! — ni tú tienes culpa alguna!… ¡Tengo!

Mostrábase tan atribulada, que él se vio en el caso de cogerle las manos.

—Para que veas que te engañas, te diré que yo mantengo mi palabra de devolverte esas fotografías…

—Y yo te lo prohíbo.

… aunque hubieran de costarme la vida.

—¡No irás!

—¡Iré!

—Escucha, Marcos: es inútil. No me importan esos retratos. Hace tres noches que no sueño con él.

En esta declaración nadie advertirá que exista ningún motivo para ponerse colorada. Sin embargo, la joven se puso colorada. Formigón movió obstinadamente la cabeza.

—Mi palabra es palabra de rey.

—También dijiste que te marcharías a América.

—Dije.

—Y no te marcharás.

—¿Por qué dices que no me marcharé?

—Porque sé yo que no —afirmó Ildara, casi riendo.

—¿Por qué?

—Porque sé yo que no —volvió a asegurar Ildara, casi llorando.

Formigón le asió las manos con violencia y dijo bruscamente, encorvando su alta estatura para aproximar su rostro al de la joven:

—Me iré a América, porque un pobre dependiente como yo no puede hablar de lo que siente a una señorita como tú, hija de sus amos.

—¡Qué tontería! —murmuró Ildara.

Pero cuando Ildara murmuró: «¡Qué tontería!», Marcos no pudo oírla, porque había abandonado el jardín y se dirigía a sus habitaciones, saltando de tres en tres los peldaños de la escalera que a ellas conducían.

Entonces la joven entró en el almacén, traspuso la puerta de la jaula de madera y cristal en que el señor Montrove cuidaba amorosamente los libros de la casa y sometió al venerable miembro de la Sociedad anónima de responsabilidad limitada a una interview —quizá buscando precedentes— acerca de la frecuencia con que en América los dependientes se casan con las hijas de sus principales, tema que el bondadoso señor Montrove no tuvo inconveniente en explanar con aquella prolijidad con que trataba siempre en sus discursos las edificantes costumbres del continente transatlántico.

En las habitaciones de Marcos Formigón, el crepúsculo había entrado un cuarto de hora antes que el joven, y en las sombras se adivinaba la vaga y roja luz de unos leños convertidos en ascua que la solicitud de doña Sofía había hecho encender en la vieja chimenea para preservar al herido del frío y de la humedad del avanzado otoño. Así, todo en la estancia era rojo y negro, y aun el mismo rojo era sombrío, y el negro estaba como teñido de sangre. En aquel confortable ambiente, los dos viejos sillones colocados a uno y otro lado de la chimenea ofrecían tan acogedor y cómodo aspecto, que nadie se atrevería a reprocharles el grasiento brillo de sus brazos ni los desgarrones por los que asomaban los pelotes de crin. Todo tenía el silencio y la pesadez de un sueño profundo, y el mismo ojo de fuego de la hoguera parpadeaba a veces como si fuese a dormirse.

En el brusco tránsito de la luz del jardín a la sombra de su gabinete, Marcos quedó como cegado, y, luego de cerrar la puerta tras él, avanzó cuidadosamente hacia la alcoba. Pero de pronto se detuvo. Destacándose sobre el fondo rojo de la chimenea, había visto alzarse una sombra.

—¿Quién está ahí? —inquirió.

Y una voz varonil respondió, mientras la sombra volvía a arrellanarse en uno de los sillones:

—Soy yo, que estoy esperando.

Marcos intentó retroceder para dar luz y conocer a su visitante; pero este rogó con acento persuasivo:

—Hágame el favor de no encender… Tengo la ropa bastante deteriorada.

Aproximóse Formigón, y… un profundo estupor le impidió huir, como fue su primer impulso. Frente a él, iluminado de cerca por el resplandor de la hoguera, estaba el espectro de Enrique Láncara. Los ardientes leños, que todo lo coloreaban en la habitación, no alteraban la terrible palidez del aparecido. Marcos no vio en torno a su frente la corona de laurel de que había hablado el semanario, ni la lira, ni tampoco el flotante y lúgubre ropaje blanco que constituye el uniforme de los espectros. Enrique Láncara se envolvía en la toga de abogado con que fue metido en el ataúd y acariciaba la borla de seda de su birrete negro.

—Bien —gruñó—. Ya me ha reconocido usted. Siéntese. Es preciso que hablemos.

El dependiente se dejó caer en otro sillón.

—Comprenderá usted —comenzó a decir nerviosamente el fantasma— que esto no puede continuar así. Vengo dispuesto a que todo termine.

Marcos no sabía qué interpretación dar a las palabras del aparecido, y se estremeció en el asiento. El fantasma continuó, con aire preocupado:

—He vacilado mucho antes de dar este paso; pero me convencí de que no había más remedio… Señor mío, me están ustedes llenando de oprobio, poniéndome en ridículo. En todo el pueblo no se habla más que de mí. Usted ha ido a molestarme a la tumba, y está dispuesto a volver. Y ese papelucho grotesco ha enjaretado a sus lectores una historia absurda e imbécil… Lo peor del caso es que me consta que una revista teosófica de Madrid va a reproducirla. Quedaré en una situación, risible ante toda España… ¡Eso es demasiado! ¡Yo soy un difunto serio, señor mío!

Se agitó hasta el punto de parecer que se ponía encarnado. Agregó:

—Pensé primeramente en visitar al director del semanario para pedirle una rectificación; pero se me ocurrió que acaso fuera peor hacerlo. En fin: como ve, he optado por hablarle a usted que parece el más resuelto de mis enemigos. ¿Por qué me persigue usted?

—Yo no le persigo a usted, perdone —balbució Formigón.

—Sí; usted me persigue. Sin embargo, yo no le hice mal. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Presentarme con una corona de laurel y una lira en la mano! ¡Eso es horrible! ¿Qué les hice yo, Dios mío?

—¡Caramba! —se atrevió a insinuar Formigón—. Y ¿qué le ha hecho a usted esta pobre muchacha a la que tortura tan cruelmente?

—¿Ildara?

—Sí, Ildara.

—Jamás me he ocupado de Ildara desde que fallecí.

—¡Oh! ¡Oh! —hizo Marcos.

—Yo no tengo la culpa de que tenga pesadillas, y si no cenase carne de cerdo poco antes de retirarse a dormir, seguramente sus sueños serían menos desagradables. ¿Puede decir que me vio alguna vez, despierta, a su lado, como me está viendo usted?

—Pero le vio doña Sofía.

—Doña Sofía está dispéptica —afirmó con desprecio el fantasma—. Señor mío, ¿usted puede creer que yo estoy enamorado de Ildara? ¿Hay alguien tan cretino que admita la posibilidad de que un espectro ronde la calle de una moza? En vida, cuando la conocí, la amé por su nombre. Yo era poeta. Ildara es un nombre de princesa antigua o de aureana del Sil, y se me antojó que, siendo así, estaba en la obligación de amarla. La poesía nos hace incurrir en grandes equivocaciones, señor. Hoy puedo decirle a usted que conozco muchas antiguas princesas cuyos espíritus andan por ahí moviendo veladores roñosos. Y en cuanto a las buscadoras de oro del Sil, casi todas son viejas y feas. Esta es la verdad; pero entonces no la comprendía. Si Ildara se hubiese amado Josefa, nunca la habría amado.

—¿Nunca?

—Nunca —afirmó solemnemente el fantasma.

—¡Oh, nunca! —exclamó Formigón.

—Bien. Parece que está usted enamorado de ella. Cásese usted. ¡Qué más da esta o la otra! Parece usted un hombre poco inteligente, y será feliz. Tendrá usted dos hijos, cinco hijos… Usted engordará, su esposa engordará… Una mujer…, la ilusión de unos meses, que son un minuto… La gordura molesta mucho después…

Subrayó fúnebremente este «después». Suspiró, y dijo:

—Ofrezca usted que no volverá a importunarme.

Marcos vaciló.

—Pero los retratos…

—¡Me olvidaba ya de los retratos! ¡Aquella estúpida carta…! Los retratos no han estado nunca en mi ataúd.

—Usted afirmaba…

—Pero ¡afirmaba el poeta, señor mío; el literato!… Era un efecto, ¿comprende usted? Los retratos están entre todos los papeles y recuerdos míos que conserva mi madre. Vaya usted allí. Tercer cajón de la cómoda, a mano derecha. ¡Dichosa literatura! Ella ha tenido la culpa de todo… ¡Decir que yo me he presentado a usted con una corona de laurel y una lira!… ¡Estoy en ridículo!

Frotó sus manos con tal desesperación, que Marcos se creyó obligado a deslizar algunas palabras de consuelo.

—¡No, no! —gimió el aparecido—. ¡Tardaré mucho tiempo en olvidarlo! Yo soy un fantasma serio; yo no soy como otros fantasmas. A algunos espectros que tienen manía exhibicionista nunca les falta sitio donde coger una sábana y una cadena, y se pasean con ellas por las ciudades y por los campos, asustando a los serenos y hasta a la Guardia Civil. Pero yo nunca he querido hacerlo, y si no tuviese verdadera necesidad, tampoco me hubiese presentado a usted…, tanto más cuanto que mi toga está muy estropeada.

—¡Oh! —protestó Marcos, que quería ser amable—. No se le nota nada.

—Sí, sí —se dolió el espectro—. Está inmunda. En el ataúd se estropea mucho la ropa.

Se puso en pie.

—¿Quedamos de acuerdo?

—De acuerdo —aseguró Formigón.

—No sé cómo pedirle que me perdone usted esta molestia.

—¡Bah! No vale la pena…

—Comprendo que he debido prevenirle… Tal vez la impresión…

—Crea que he tenido un verdadero gusto.

—Adiós —dijo el fantasma.

—Usted lo pase bien —replicó Marcos con delicadeza, verdaderamente encantado de las maneras del espectro.

Y se precipitó para abrirle la puerta. Pero por la puerta no pasó nadie. Cuando el joven volvió la cabeza, la habitación estaba vacía. Solo un soplo de viento avivó un instante la llama de la hoguera, que crepitó, desmoronóse e hizo subir un enjambre de chispas de oro por la chimenea.

Ustedes —creo haberlo advertido ya— pueden dar o negar crédito a esta historia. Marcos nunca tuvo imaginación bastante para inventar su entrevista con el difunto, y, por mi parte, no sé qué iba ganando yo con engañarlos. Nadie puede negar, después de todo, que los retratos se encontraron en el tercer cajón de la cómoda, a la mano derecha, y que Marcos e Ildara, casados ya y con hijos, engordan lentamente detrás del mostrador de El Gran Chaco,

Sociedad anónima de responsabilidad cada vez menos limitada, sin que espectro alguno haya vuelto a visitarlos ninguna vez.

El ejemplo del difunto Pedroso

Me agradaría disponer del tiempo suficiente para escribir un tratado acerca de las revistas ilustradas. No creo que haya nadie que pueda expresar, a propósito de ellas, ideas más extraordinarias ni narrar anécdotas más interesantes. Desde luego, en América no encontraría competidor. Nunca he podido explicarme cómo pueden existir en América esas publicaciones. En los países donde no rijan monarquías debe de ser dificilísimo dar amenidad a un número. Aun los más inexpertos saben que la principal atracción de una revista consiste en adornarse con numerosas fotografías de los reyes. El público aprecia mucho la variedad que hay entre un grabado que representa al rey presidiendo una sesión de la Academia de Jurisprudencia y otro grabado que ofrezca la imagen del mismo rey asistiendo a una junta del Consejo de Estado.

Yo amo las revistas, principalmente por el dulce consuelo que ofrecen al mísero mortal sus planas de anuncios. La gente no parece haber detenido su atención en la fuente inagotable de optimismo que constituyen esas páginas. Leyéndolas el hombre se encuentra bruscamente trasladado a un paraíso, donde todo el mal tiene remedio y cualquier ansia realización. El semblante del lector se ilumina, vuelve a brillar en sus ojos la suave lucecita de la esperanza… La magia de aquella descuidada literatura se adueña de él y le hace creer que vive en una edad maravillosa en que la voluntad realiza, apenas formulado, el más difícil deseo. Las planas de anuncios de la revista van dogmatizando ante él.

—¿Te duele el pecho? Nada más que el que quiere fallece por padecer de las vías respiratorias. ¿Cuál es tu ideal? ¿Comprar muebles baratos? He aquí muebles baratos. Te desafío a que expreses un ruego que no pueda atender. Oye una gran noticia: ya no hay calvos. Puedo decirte que una señora ofrece comunicar gratuitamente a los que sufran neurastenia un remedio seguro. ¿Quieres crecer ocho centímetros? Es muy fácil… ¿Deseas colocarte rápidamente? Anúnciate en estas planas…

Y así, de una manera concisa y atropellada, las páginas de anuncios de las revistas nos sugieren la ilusión de un mundo feliz, en el que nadie es calvo en el que no hay señoritas anémicas, en el que todos tienen dos metros de estatura, y muebles baratos, y un destino a medida de su voluntad.

Todo es plausible y merece, ciertamente, gratitud profunda. Tenemos que lamentarnos, no obstante, de que las revistas fomentan, más que ninguna otra cosa en el mundo, la vanidad de los hombres.

La hiperestesia de la vanidad presenta en el individuo dos manifestaciones inconfundibles: una aguda necesidad de que le publiquen el retrato, y la irreprimible tendencia a escribir versos.

Entre los seres de la especie humana existe la costumbre de no dejar pasar, sin comentario, la aparición de cada una de las estaciones del año. Por ejemplo, el 21 de marzo mucha gente suele decir: «Ya está aquí la primavera.» Los más exaltados exclaman: «¡Gracias a Dios que llega la primavera!»

Pero la verdad es que no le dan más importancia.

Entre aquellos seres figuran, sin embargo, algunos que se apartan de esta conducta normal. Se encierran en su estudio, meditan, luchan con el lenguaje, le arrancan denodadamente cierto número de palabras que tienen terminaciones iguales o análogas, se imponen la tortura de que cada renglón que escriben no pase de determinada cantidad de sílabas y, a la postre, envían a la revista unos versos que en sustancia dicen:

—Ha llegado la primavera. La primavera es encantadora. Nacen las flores y parece que los pájaros están más alegres que en el invierno.

El más encarnizado cultivador de las revistas es el hombre que quiere que publiquen su fotografía. Desde el soborno hasta la simple recomendación, no vacila en apelar a todos los procedimientos.

Yo he sido testigo de una curiosa tenacidad. No tengo la pretensión de que el caso me haya ocurrido a mí solamente; es seguro que otros podrán contar sucedidos análogos; pero no es esta una razón para que contraríe mi deseo de divulgarlo. Recuerdo que era una noche de lluvia. Acababan de dar las doce, y yo tomaba un ponche en un café céntrico de Madrid. Confieso que el ruido de la lluvia me empereza, me abstrae. Nada hay que sugiera en mí tantas imágenes interiores. Fumo, pienso y me molesta que alguien intente romper mi ensueño. Si en estos instantes tiene uno un urgente quehacer abandonado, el placer reviste entonces caracteres de inefable.

Acababan de dar las doce cuando se abrió la puerta del café. Y entró Pedroso.

Pedroso había muerto hacía tres días. Nadie puede admirarse de que a mí me extrañase un poco verle entrar.

El hombre dio una rápida ojeada a las mesas y vino hacia mí. Me contrarió aquello, pero mientras se acercaba tuve tiempo a pensar:

—Este Pedroso va a fastidiarme de veras. No tengo humor ni para moverme de mi asiento, y si él se acerca no me queda más remedio que hacer lo que hace todo el mundo delante de un aparecido. Será necesario que dé un grito, que agite los brazos, que me desmaye… Desde luego, no podré seguir fumando ni podré terminar el ponche…

Tuve una idea magnífica.

—Fingiré no saber su defunción.

El espectro estaba ya ante mí. Adopté un gesto amigable.

—Buenas noches, querido Pedroso. ¿Cómo le va?

Me miró un poco desconcertado. Se advirtió que cedía a la costumbre al contestar:

—Bien; muchas gracias.

Agregó con voz cavernosa:

—Vengo en busca de usted.

—Siéntese —supliqué—. Tiene usted una voz demasiado ronca. Se ve que está acatarrado. Me permito recomendarle que tome un ponche, como yo.

Iba a llamar al mozo. Me contuvo.

—No tomo ponche.

—¿Acaso un grog?

—Tampoco.

—¿Ni un café?

Suspiró con melancolía:

—¡El café ha sido mi delirio! ¡Tomaba diariamente doce cafés! Lo echo muy de menos.

—Pues bien: un café…

—Es inútil…

—¡Eh! —grité al camarero—, traiga un café.

Pedroso me contempló otra vez sorprendido. Había abandonado ya el ronco tono en que se había creído el deber de hablarme. Inquirió:

—Pero… ¿usted no sabe…?

Me miró fijamente. Yo sonreía. Gimió, ocultando su rostro entre las manos.

—¡Señor, no está enterado! ¡He perdido el viaje! ¿Cómo contarle ahora…?

—Pedroso —le dije—, comprendo que viene usted de asistir a una representación de El oscuro dominio y que está todo lo trastornado que cabe suponer en un hombre que viene sin gabán en una noche como esta.

Pedroso se puso en pie. Me preguntó en voz baja:

—¿Gabán? ¿Está usted loco? ¿Ha visto usted algún difunto entrar en un café con el gabán puesto?

Le vi decidido a hacer la revelación. Resolví impedirlo.

—No, ciertamente. Ningún difunto se atrevería a entrar nunca en un café, fuese cual fuese su indumento.

Pareció afectarse mucho.

—¿Usted cree eso?

—Estoy seguro. He leído todos los cuentos de Hoffman y de Poe, y las narraciones de la señora H. P. Blavatski. Y en ninguna de esas páginas se menciona el caso de un espectro que concurra a un café.

Se arrugó la frente de Pedroso.

—¿Supone usted que eso sería de mal gusto?

—Tengo, por lo menos, la certeza de que la gente sensata lo juzgaría severamente.

El aparecido volvió a suspirar, meditó unos instantes y comenzó a andar hacia la puerta. Ya me creía libre; pero volvió con paso decidido.

—A pesar de todo —me dijo—, yo no quiero marcharme sin resolver la cuestión que aquí me trajo. Y para ello es preciso que le diga la verdad. No me juzgue usted mal; pero yo… estoy muerto.

No era posible prolongar la comedia.

—¡Querido Pedroso! —murmuré—. ¿Es cierto eso?

—Cierto es.

Busqué algunas frases adecuadas:

—¡Parece mentira! ¡Si hace una semana que le he visto sano y robusto!

—¡Así es la vida!

—Comprendo —me apresuré a añadir cortésmente— que tiene usted razones para estar indignado contra mí. ¡No haberme enterado! Pero le ofrezco a usted que mañana mismo haré una visita de pésame a su familia…

El rostro de Pedroso se serenó.

—Algo quejoso de usted estoy, en efecto; pero por causa bien distinta. Usted es director de una revista ilustrada. En esa revista hay una sección que se titula «Muertos ilustres», en la que publican los retratos de todas las personas notables que fallecen… ¿Cómo no se han acordado en la Redacción de mí? Cuando feneció Gutiérrez se publicó el retrato de Gutiérrez. Y ¿quién

era Gutiérrez, válgame Dios? Un poetilla ripioso. ¿Podía compararse conmigo? Francamente… Yo he pensado muchas veces que cuando me muriese mi retrato aparecería en esa sección… Era una idea que me hacía simpatizar con la tumba… Y ahora…

—Querido Pedroso —intenté disculparme—, hay mucho original… Disponemos de muy poco espacio…

—El original, el espacio!… —protestó—. Cuando se trata de un verdadero amigo…, de un hombre de mérito… Prométame usted que aparecerá en el próximo número.

Al fin cedí. Pedroso me estrechó las manos:

—¡Gracias, gracias! Me vuelvo satisfecho al sepulcro. No he salido más que para hacerle este ruego. Ya ve usted… ¡El ideal de toda mi vida!…

Quiso pagar el ponche. Me anticipé. Guardó maquinalmente, siguiendo su vieja costumbre, los terrones de azúcar que había sobre la mesa, y se fue feliz por ser muerto y aparecer fotograbado.